MVNDO HISPÁNICO

VIDA, AVENTURA Y GLORIA DE GABRIELA MISTRAL

OJOS DE UN SIGLO:

ANTOLOGIA DE CIEN AÑOS DE EXPOSICIONES DE PINTURA

SÃO PAULO: LA CIUDAD QUE MAS CRECE EN EL MUNDO

N.º 107 - 15 PESETAS



Hombres que dirigen los destinos del mundo llevan relojes Rolex

Usted conoce sus nombres como el suyo propio ; ha visto sus caras miles de veces en los periódicos ; ha leído las reseñas de sus vidas en centenares de artículos ; los ha visto y ha oído sus voces en el cine y por televisión. Sus actos y decisiones tienen gran influencia en nuestra norma de vida.

No mencionaremos sus nombres ni reproduciremos sus retratos. No es menester, porque pertenecen a la realeza, o son jefes de Estado o grandes caudillos ; pero le invitamos a usted a mirar con atención las próximas fotografías que de ellos vea, a observar sus muñecas, y no solamente sus caras y sus trajes. Podrá apreciar entonces que la mayoría de ellos llevan un reloj de pulsera y lo más probable es que ese reloj sea un Rolex fabricado en Ginebra.

Nos sentimos orgullosos por el servicio que los relojes Rolex prestan a hombres tan eminentes. Es innecesario decir que esos relojes funcionan con máxima precisión y seguridad.

El reloj-calendario Rolex « Datejust » es la realización más notable de la industria relojera de nuestros días. La extraordinaria precisión del cronómetro Rolex de Sello Rojo queda atestiguada por el hecho de que cada reloj-calendario va acompañado por el certificado oficial de marcha extendido por una Oficina Suiza de Control Oficial de la Marcha de Relojes, con la halagüeña mención de « Resultados particularmente buenos ». La máquina está protegida contra todo riesgo por la famosa caja hermética Oyster, invento de Rolex. Tiene cuerda automática gracias al dispositivo del « rotor » Perpetual, otro invento de la casa Rolex, que mantiene constante la tensión del muelle real, aumentando todavía más su precisión. La fecha se ve en la esfera, agrandada por una lente « Cyclops », para facilitar su lectura, y el indicador de fechas cambia automáticamente cada veinticuatro horas, a medianoche.



CRONOMETRO SELLO ROJO ROLEX

El Rolex Oyster Perpetual es la culminación de tres triunfos de la casa Rolex. En 1910, Rolex obtuvo el mejor certificado oficial de marcha para un cronómetro de pulsera. Rolex ha producido hasta ahora 250,000 relojes cronómetros de pulsera, con garantía oficial — tres veces más que el resto de toda la industria relojera suiza. En 1926, Rolex inventó la caja Oyster, que fué la primera caja verdaderamente hermética del mundo. La robusta caja Oyster protege constantemente el movimiento contra el agua, el polvo y la suciedad. En 1931, inventó Rolex el primer dispositivo «rotor» de cuerda automática. Gracias a un nuevo perfeccionamiento, el «rotor» Perpetual da cuerda silenciosa y automáticamente al Oyster Perpetual, accionado por el más leve movimiento de la muñeca.



ROLEX

Una etapa en la historia de la medida del Tiempo



CRONOMETRO SELLO ROJO ROLEX

VENTA EXCLUSIVA: MADRID, *Joyería* SOTO-LARGO S. L. - Avenida de José Antonio, 70



Joyeros-Relojeros AGENTES ROLEX seleccionados, con VENTA EXCLUSIVA:

ALICANTE: *Joyería GOMIS.* - ASTURIAS: *Joyería ROIBAS, GIJÓN.* - BADAJOZ: *Joyería ALVAREZ BUIZA.* - BARCELONA: *UNIÓN SUIZA DE RELOJERÍA.* BILBAO: *Joyería VICIOLA.* - CORUÑA: *Joyería MALDE.* - GRANADA: *Joyería SAN JERÓNIMO.* - PALMA DE MALLORCA: *RELOJERÍA ALEMANA.* SAN SEBASTIÁN: *Joyería FERNÁNDEZ DORADO.* - SALAMANCA: *Joyerías CORDÓN.* - SANTANDER: *Joyería GALÁN.* - SEVILLA: *Relojería ENRIQUE SANCHIS.* VALLADOLID: *Joyería y Relojería JAVIER.* - ZARAGOZA: *Joyería AGÜERAS.*

CORRESPONSALES DE VENTA DE "MVNDO HISPANICO"

ARGENTINA: José Pérez Calvet. Calle Rodríguez Peña, 1986, 1.º A. *Buenos Aires.—BOLIVIA:* Gisbert y Cía. Librería La Universitaria, Casilla núm. 195. *La Paz.—BRASIL:* Fernando Chinaglia. Distribuidora, S. A. Avenida Vargas, núm. 502, 19 andar. *Río de Janeiro.*—Consulado de España en *Bahía.—COLOMBIA:* Librería Hispania, Carrera 7.ª, núms. 19-49. *Bogotá.*—Carlos Climent. Instituto del Libro. Calle 14, núms. 3-33. *Cali.*—Unión Comercial del Caribe. Apartado ordinario núm. 461. *Barranquilla.*—Pedro J. Duarte. Selecciones Maracaibo, núms. 47-52. *Medellín.*—Abelardo Cárdenas López. Librería Fris. Calle 34, núms. 17-36-40-44. Santander. *Bucaramanga.—COSTA RICA:* Librería López. Avenida Central. *San José de Costa Rica.—CUBA:* Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, núm. 407. *La Habana.—REPUBLICA DOMINICANA:* Instituto Americano del Libro. Escofet Hermanos. Arzobispo Nouel, núm. 86. *Ciudad Trujillo.—CHILE:* Inés Mújica de Pizarro. Casilla núm. 3916. *Santiago de Chile.—ECUADOR:* Selecciones, Agencia de Publicaciones. Nueve de Octubre, núm. 703. *Guayaquil.* Selecciones, Agencia de Publicaciones. Venezuela, núm. 589, y Sucre, esquina. *Quito.—REPUBLICA DE EL SALVADOR:* Librería Cultura Salvadoreña, S. A. Edificio Veiga. 2.ª Avenida Sur y 6.ª Calle Oriente (frente al Banco Hipotecario). *San Salvador.—ESTADOS UNIDOS:* Roig Spanish Books. 575, Sixth Avenue. *New York II, N. Y.—FILIPINAS:* Andrés Muñoz Muñoz, 510-A. Tennesse. *Manila.—REPUBLICA DE GUATEMALA:* Librería Internacional Ortodoxa. 7.ª Avenida, 12, D. *Guatemala.*—Victoriano Gamarra. Centro de Suscripciones. 5.ª Avenida Norte, núm. 20. *Quezaltenango.—HONDURAS:* Señorita Ursula Hernández. Parroquia de San Pedro Apóstol. *San Pedro de Sula.*—Señorita Hortensia Tijerino. Agencia Selecta. Apartado núm. 44. *Tegucigalpa.*—Reverendo Padre José García Villa. *La Ceiba.—MEXICO:* Eisa Mexicana, Sociedad Anónima. Justo Sierra, núm. 52. *México, D. F.—NICARAGUA:* Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones. *Managua.* Agustín Tijerino. *Chinandega.—REPUBLICA DE PANAMA:* José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. Plaza de Arango, núm. 3. *Panamá.—PARAGUAY:* Carlos Henning. Librería Universal. Catorce de Mayo, núm. 209. *Asunción.—PERU:* José Muñoz R. Jirón Puno (Bejarano), núm. 264. *Lima.—PUERTO RICO:* Matías Photo Shop. 200 Fortaleza St. P. O. Box, núm. 1463. *San Juan de Puerto Rico.—URUGUAY:* E. I. S. A. Uruguaya. Calle Obligado, 1314. Teléf. 41 22 21. *Montevideo.—VENEZUELA:* Distribuidora Continental. *Caracas.*—Distribuidora Continental. *Maracaibo.—ALEMANIA:* W. E. Saarbach. Ausland-Zeitungshandel Gereonstr, núms. 25-29. Koln, 1, Postfach. *Alemania.—IRLANDA:* Dwyer's International Newsagency. 268, Harold's Cross Road. *Dublin.—BELGICA:* Agence Messageries de la Presse. Rue du Persil, num. 14 à 22. *Bruselas.—FRANCIA:* Librairie des Editions Espagnoles. 72, rue de la Seine. Paris (6ème).—Librairie Mollat, 15, rue Vital Carles. *Bordeaux.—PORTUGAL:* Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes. Rua San Nicolau, núm. 119. *Lisboa.*

MVNDO HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

N.º 107 - 1957 - AÑO X - 15 ptas.

MADRID - BUENOS AIRES - MEXICO

SUMARIO

CULTURA:

Marañón, Pemán y Anglada Camarasa, nuevos premios de la «Fundación March» 50

POLITICA:

La sombra de Gibraltar, proyectada ante el mundo.—Martín Artajo planteó en la O. N. U. la reivindicación española 6

El mundo del Islam en el tiempo presente, por el archiduque Otto de Austria-Hungría 10

La liberación de Alemania, por José Vasconcelos 47

Las Agencias Federales: un nuevo poder en la administración de los Estados Unidos de Norteamérica.. 48

BIOGRAFIAS, SEMBLANZAS:

Aventura y gloria de Gabriela Mistral, por Juan Mugica 13

Ha venido el cansancio infinito, por Eugenio Mediano Flores 16

La condesa de Quintanilla, una elegante mundial, por Arévalo 26

Agustín de Foxá, gran viajero de América, por Enrique R. García. 42

Camilo José Cela y Juan Antonio de Zunzunegui, camino de la Academia 43

Don Alfredo Sánchez Bella, embajador de España en la República Dominicana, por M. Z. 46

Don Blas Piñar, nuevo director del Instituto de Cultura Hispánica ... 46

Don Ernesto la Orden, nuevo director de MVNDO HISPANICO. 46

LITERATURA:

Breve antología de la obra de Gabriela Mistral. (Ilustraciones de Lara.) 13

Memoria de Castilla, poemas de Luis Hernández Aquino. (Ilustraciones de José Picó.) 18

El diario de Hiroshima, por Michihiko Hachiya 8

ARTES PLASTICAS Y ARQUITECTURA:

Pablo Serrano o un concepto total de la escultura, por José M.ª Moreno Galván. (Fotografías: en color, de Basabe; en negro, de Balmes.) 20

Ojos de un siglo nos miran (Exposición de cien años de exposiciones), por Manuel F. Arévalo ... 22

Estirpe hispánica de la caricatura personal, por J. M. M. G. 38

La arquitectura española, al servicio de la Costa del Sol, por L. G. de Candamo 34

GEOGRAFIA Y TURISMO:

La ciudad que más crece en el mundo: São Paulo, por Miguel M. Matos 31

MODAS:

La primera colección de primavera-verano en Madrid, por Pilar de Abia 28

Primavera en los zapatos 30

VARIA:

Relevo en el Instituto de Cultura Hispánica 44

Cómo se ingresa en la Real Academia, por Enrique R. García 40

PORTADA: Modelo de primavera (de Pedro Rodríguez). Fotocolor: Molina.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

Alcalá Galiano, 4 - Madrid

Teléfonos:

Redacción 37 32 10
Administración 37 03 12
Administración y Redacción ... 24 91 23

Dirección postal para todos los servicios:

Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA

Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.). Pizarro, 17 - Madrid.

IMPRESORES

Tipografía y encuadernación: Editorial Magisterio Español, S. A. (Madrid).—Huecograbado y Offset: Heraclio Fournier, S. A. (Vitoria).

PRECIOS

Ejemplar: 15 pesetas.—Suscripción semestral: 85 pesetas.—Suscripción anual: 160 pesetas (5 dólares).—Suscripción por dos años: 270 pesetas (8,50 dólares).

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, MONTLY: 1957, NUMBER 107. ROIG NEW YORK «MVNDO HISPANICO». SPANISH BOOKS, 576 6th. Ave. N. Y. C.

LA SOMBRA DE GIBRALTAR, PROYECTADA ANTE EL MUNDO



En el pasado mes de noviembre, España se ha presentado oficialmente en las Naciones Unidas. Superados con el triunfo más completo de nuestro país los años de conspiración internacional, impulsada por la propaganda soviética, España se ha incorporado normalmente a la Organización de las Naciones Unidas, con todos los títulos de su historia y con sus merecimientos presentes, como nación libre y amante de la paz.

Al comparecer ante las Naciones Unidas por primera vez, el ministro de Asuntos Exteriores de España, don Alberto Martín Artajo, tuvo la elegancia de no hacer ninguna alusión al pasado, en el que España se vió excluída del areópago internacional por un voto de la misma Organización. Se limitó a manifestar, eso sí, su agradecimiento muy de corazón para aquellas naciones que pidieron su entrada en la O. N. U., singularmente los países de nuestra misma estirpe. Esta referencia a la América hispánica, tema constante en el pensamiento del canciller español, se completó en el mismo discurso con la declaración de que «al continente americano corresponde una parte decisiva en los esfuerzos hechos por el mundo contemporáneo para dar vida y forma a la comunidad jurídica de los pueblos. Primero en la Liga de las Naciones y después en las Naciones Unidas, su inspiración fué visible y su opoyo decisivo. España, tan radicalmente unida a los pueblos de América, encuentra en ello un título más para incorporarse resueltamente a los comunes esfuerzos por la concordia internacional».

DEFENSA DE HUNGRIA

En la primera salida de España ante la O. N. U. no podía faltar—como en la de Don Quijote, nuestro héroe—una decisiva defensa de la víctima del más grave entuerto de nuestros días. Martín Artajo consagró un discurso al caso de Hungría, fustigando enérgicamente el crimen cometido por la Unión Soviética y recordando con eficaces palabras que España fué también víctima del comunismo, pero tuvo la suerte de sacudirse su yugo mediante su guerra de liberación. Como no podía ser menos, la viril actitud del representante de España suscitó una réplica airada por parte del ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética, Chepilof. La oportuna respuesta del señor Martín Artajo hizo notar ante la Asamblea de las Naciones que el ensañamiento y el desprecio de la víctima por parte del agresor constituyen todavía un agravante de su delito.

La reunión de Nueva York ofreció a nuestro ministro de Asuntos Exteriores la ocasión de hablar de aquellos temas que interesan más a España, y en los que nuestro país tiene una palabra que decir: la crisis de Suez, que hubiera tenido tan diferente desenlace si se hubieran escuchado las prudentes previsiones españolas formuladas en Londres en el verano de 1956; el Estatuto de los Santos Lugares, sobre el que España sostiene una propuesta concreta de internacionalización, de acuerdo con la Santa Sede, y la petición del pronto ingreso del Japón y Alemania en el seno de las Naciones Unidas. Pero quizá el mayor aporte doctrinal del Gobierno español ante la O. N. U. haya sido la definición de los deberes de las naciones europeas poseedoras de imperios coloniales ante los movimientos de emancipación nacionalista. En este sentido, España puede invocar sus relaciones con Marruecos como un ejemplo de rápida comprensión de los derechos nacionales de este pueblo, generosamente, sin reservas, satisfechos españoles y marroquíes de su mutua comprensión.

LA SOMBRA DE GIBRALTAR

Pero el señor Martín Artajo no podía llevar la voz de España por primera vez en el ágora internacional sin proyectar ante ella la sombra del peñón de Gibraltar, esa permanente reivindicación española, siempre en carne viva. Lo hizo de una manera rotunda pero elegante, sin nombrarla siquiera, describiendo los contornos del peñón como una mancha negra sobre las relaciones entre España e Inglaterra y sobre la conciencia moral de las Naciones Unidas.

He aquí su texto, que puede quedar en las antologías de la diplomacia: «La punta sur de la Península Ibérica ofrece ejemplo de una de esas anacrónicas supervivencias, a la que, no es preciso decirlo, nuestro país presta dolorida atención. Desaparecidas del todo las aparentes razones militares con que se trataba de *(Pasa a la página 64.)*

A la izquierda, la delegación de España en la O. N. U.: don Alberto Martín Artajo, ministro de Asuntos Exteriores; don Félix de Lequerica, representante permanente de España ante las Naciones Unidas; don Manuel Aznar y don Juan Pablo de Lojendio. A la derecha, el canciller español, señor Martín Artajo, en el momento de iniciar sus intervenciones ante la asamblea general.



MARTIN ARTAJO HA PLANTEADO EN LA O. N. U. LA PERMANENTE REIVINDICACION ESPAÑOLA



PRELUDIO AL APOCALIPSIS

EL DIARIO DE HIROSHIMA

"UNO DE LOS LIBROS MAS ATROCES QUE SE HAN ESCRITO JAMAS"

HABLA UN SUPERVIVIENTE

El doctor Michihiko Hachiya era director de un hospital de Hiroshima cuando los norteamericanos lanzaron sobre la ciudad la bomba atómica. Resultó gravemente herido por la explosión, y ahora, al cabo de los años, se ha decidido a publicar su «diario». Pero su «diario» no es sólo la descripción de lo que ha pasado años atrás en una isla del Pacífico, sino una prefiguración de lo que puede ocurrir mañana mismo en todo el planeta. Nuestro porvenir depende acaso de la impresión que la lectura de libros como éste produzca en nuestro espíritu y en nuestro corazón.

«Una cosa es echar una mirada al fondo del infierno y otra oír a un condenado que nos lo describe día por día», ha dicho un periódico norteamericano comentando la aparición de este libro, uno de los más atroces que se han escrito jamás, aunque también uno de los más bellos, porque marca de forma indeleble la victoria final del alma humana sobre la materia desintegrada, como ha dicho su traductor al francés.

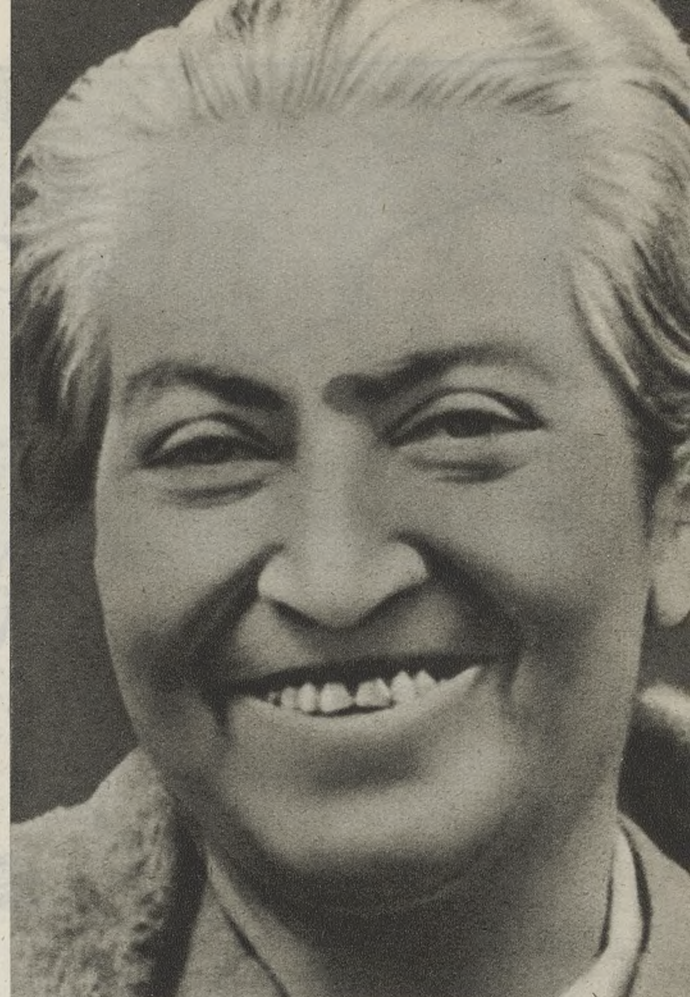
La explosión atómica de Hiroshima causó en una fracción de segundo la muerte de 240.000 personas y transformó la llamada «Ciudad de las Aguas» en un océano de escombros. Un relámpago deslumbrante, seguido de una gran explosión; un ciclón que se levanta para alimentar un incendio sin límites... Luego, escombros, muertos, supervivientes que corren como fantasmas, silenciosos y con el rostro abrasado...

El doctor Michihiko Hachiya, gravemente herido por la explosión, se preocupó, más que de sí mismo, de organizar la lucha contra el misterioso azote producido por las radiaciones atómicas. Y en este «diario» íntimo, escrito con suma sencillez y objetividad, sin estridencias ni efectismos, pero sumamente emocionante, fué dejando constancia tanto de sus impresiones profesionales sobre aquellos agobiantes problemas totalmente nuevos como de su profundo dolor humano ante la ajena tragedia irremediable de las muertes que no cesaban. Es un relato obsesivo, aleccionador, de la lucha palmo a palmo con el desaliento, la desesperación, la muerte...

Las heridas propias, la necesidad de enfrentarse con enfermedades nuevas de síntomas desconcertantes, la acuciosa falta de locales, material quirúrgico, alimentos; el aislamiento total del mundo, el pánico y los bulos tenaces, el terror ante el alcance de las nuevas armas del enemigo, la incertidumbre sobre el porvenir de la guerra, la desoladora sensación de la derrota, la mirada ante una nueva vida vacía..., todo esto va naciendo y formándose día a día en las páginas de este impresionante libro, del que nuestros lectores encontrarán un extracto en las páginas 55 a 62.

GABRIELA MISTRAL, POETISA, CHILENA Y PREMIO NOBEL

LA dolorosa enfermedad que padecía Gabriela Mistral tuvo su irreparable desenlace el día 10 de enero. Gabriela Mistral ha fallecido, a los sesenta y siete años de edad, en el hospital de Hampstead, cerca de Nueva York, y la poesía castellana pierde con su muerte una de las más importantes voces líricas de los últimos tiempos y uno de los dos poetas en lengua española que merecieron—mejor, que alcanzaron—el Premio Nóbel. Ella lo obtuvo en el año 1945. En la foto central de esta página aparecen llevando su féretro, tras los funerales celebrados en la catedral de San Patricio, de Nueva York: Roberto Aldunate y Enrique Bustón, de la delegación de Chile; James O'Brien, representante de Nueva York; José Félix de Lequerica, representante de España en la Organización de Naciones Unidas, y los doctores Ortega y Belaúnde, delegados de Chile y Perú en la misma Organización internacional.



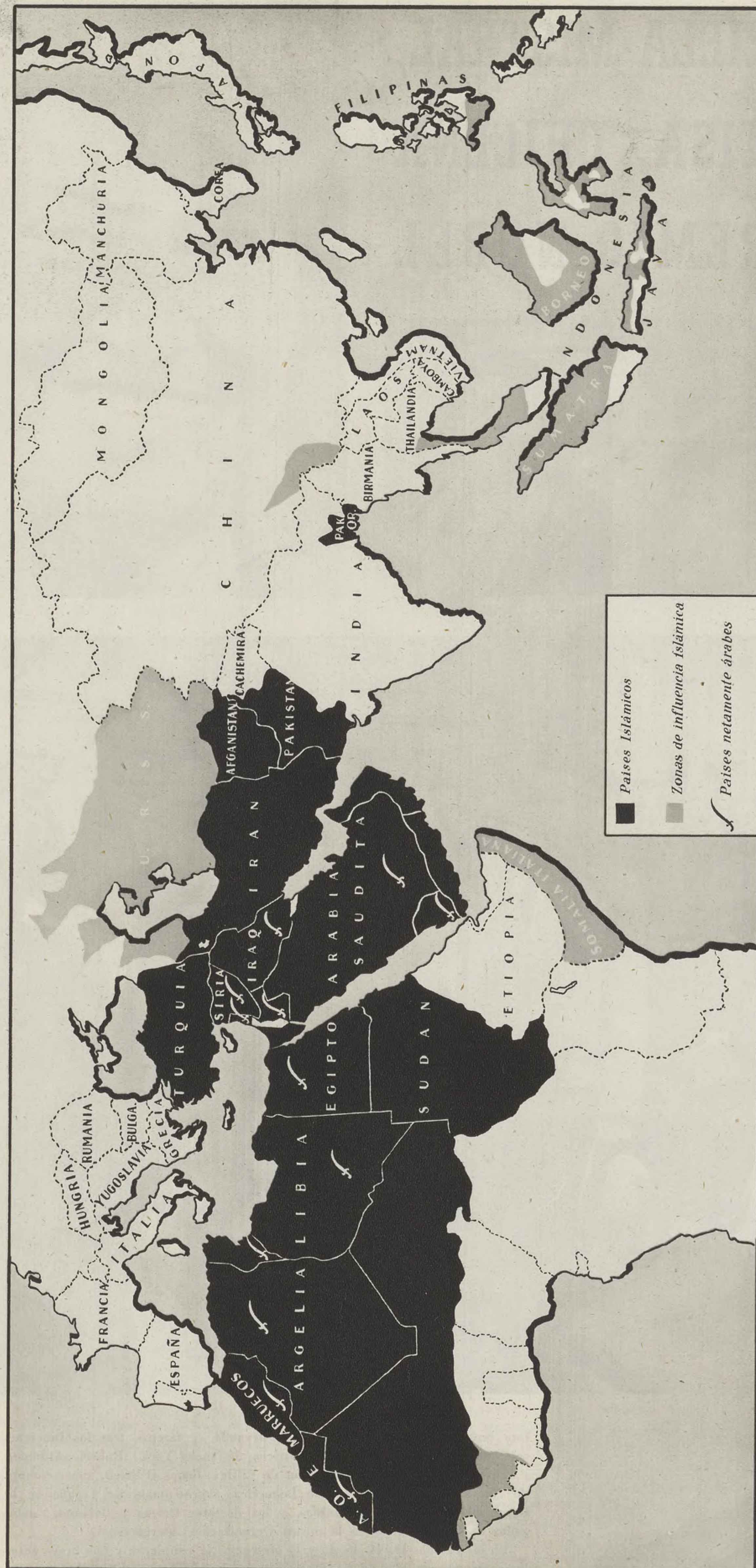








En las páginas 13, 14, 15, 16 y 17 ofrecemos la semblanza y una breve antología de poemas de esta excepcional mujer y escritora hispanoamericana.



Europa, durante siglos, estuvo en lucha con el Islam, considerado clásicamente por los pueblos de la cristiandad como el origen de todo mal. Este sería el primer obstáculo psicológico que nos apartara del exacto conocimiento del mundo islámico. Al que hay que añadir las diferencias lingüísticas, culturales y de costumbres, con las naturales dificultades para viajar y visitar aquellos países. Y resultado de todo esto es la falsa imagen que en el mundo aun subsiste y una gran dificultad para el establecimiento de auténticas relaciones amistosas. Los últimos acontecimientos mundiales han actualizado este problema. Y hemos visto cómo los pueblos islámicos se alzan con una renovación de voluntaria independencia frente a cualquier intervención militar. Es urgente que cuantos se interesan de corazón en las cuestiones europeas y en la gran política internacional, miren de lleno y estudien el vasto campo del Islam para poder enjuiciar atinadamente sus problemas Pues sólo la exacta interpretación de los hechos podría llevarnos a la conclusión de que las fricciones actuales nos dieran la firme paz de mañana. Nuestro ilustre colaborador el archiduque Otto de Austria-Hungría, conocedor como nadie de los pueblos y de los hombres, nos ofrece en este trabajo el más expresivo y acabado estudio de la actualidad política, en la que los pueblos del Islam juegan el papel más decisivo y trascendente.

LOS PUEBLOS DEL ISLAM

Por OTTO DE AUSTRIA-HUNGRIA

Mientras que en los pasados años eran Europa y el Extremo Oriente los que acaparaban la atención, en los últimos tiempos se une a ellos el Oriente Medio. La crisis de Palestina inevitablemente condujo a una guerra, que fué evitada justamente por la prudencia conjunta de los jefes árabes y del señor Dag Hammarskjoeld. Más tarde, la crisis de Suez dió lugar a un súbito retroceso, debido al ataque conjunto de Israel y de los aliados francoingleses contra Egipto. Así se desencadenó una auténtica guerra, localizada gracias al hecho de que la U. R. S. S. se encontraba en ese preciso momento en una de las crisis más graves de su existencia. Moscú se hallaba esta vez inmovilizada en el preciso momento en que se podían haber presentado grandes oportunidades en el mundo del Islam.

Sin embargo, estudiando el mundo del Islam, sería erróneo de nuestra parte sobreestimar los acontecimientos actuales. El coronel Nasser, en la historia de Egipto—mejor dicho, del Islam—, no tendrá más que una importancia pasajera. Y la pacificación por la fuerza, en una región, no puede dar soluciones duraderas. El problema renacerá. Y es más, en lugares como Jordania, Hahrein o Buraimi, hay demasiados puntos neurálgicos para que pudiésemos decir que no constituiría una ceguera peligrosa creer que una solución de la cuestión de Suez resolvería los problemas del mundo del Islam. Antes al contrario, el sentido de una violación del derecho dará a los pueblos islámicos el de una renovación de voluntaria independencia. Porque es muy dudoso que una intervención militar en situación parecida pueda conducir a la estabilidad. Lo contrario nos parecería más probable.

Estos hechos convocan a la urgente tarea de reforzar la atención presente al mundo del Islam entre cuantos se interesan de corazón en las cuestiones europeas y en la gran política internacional. Porque sólo la exacta interpretación de los hechos puede llevar a la conclusión de que, en buena política, el factor pacífico de mañana puede derivarse del peligro actual.

Por desgracia, nuestros conocimientos del mundo islámico son muy reducidos. Las diferencias lingüísticas, culturales y de costumbres representan su papel en este desconocimiento. Las dificultades para viajar y para visitar los países acumulan nuevos inconvenientes. Pero además existe todavía un obstáculo psicológico que solemos olvidar muy fácilmente. Durante siglos, Europa ha estado en lucha contra el Islam, en Oriente como en Occidente. La mayoría de los Estados se configuraron en estos campos de batalla. Las guerras medievales, como las guerras modernas, exigían la correspondiente propaganda. Cuando todavía eran enemigos los turcos y los moros, fueron calificados entre los pueblos de la cristiandad como el origen de toda desgracia, como lo peor. Luego de conseguirse la victoria, el recuerdo de esta propaganda permaneció vivo en boca del pueblo e incluso ha encontrado acceso hasta nuestros libros de Historia y nuestros textos escolares. Esta tierra estaba predestinada a recibir una propaganda ostensiblemente consabida y organizada por Inglaterra en el siglo XIX. Porque el Imperio británico, primero en reconocer el inmenso potencial del Oriente Medio, mostraba el máximo interés en cimentar su monopolio de forma que se mantuvieran los prejuicios existentes entre los pueblos de la Europa continental. El resultado fué la falsa imagen, que aun subsiste ampliamente, y una gran dificultad para el establecimiento de auténticas relaciones amistosas.

REALIDAD DEL MUNDO ISLAMICO

Para contemplar el mundo islámico en su realidad hemos de aclarar ante todo lo que entendemos por este concepto, ya que se interfiere en todas las posibles definiciones geográficas, históricas, políticas y económicas.

Sería un grave error pretender un retorno a las viejas categorías geográficas. La división del mundo en continentes no se corresponde a menudo con los hechos. Porque en muchos casos los montes, ríos y mares sólo tienen importancia secundaria. Tomemos por ejemplo pensar en cuánto se extiende más allá de las extiende hasta los Urales. Pero si decimos Europa, a nadie de nosotros se le ocurrirá pensar en cuanto se extiende más allá de las fronteras de Rusia. Semejante adscripción sería tan errónea como si se quisiera considerar como asiáticas las ciudades de Omsk o de Tobolsk. Apenas a nadie se le ocurriría considerar como africano a un egipcio. En suma, no es exacto que en esta nueva fase de la política internacional sigamos pensando siempre en la fraseología de antaño y nos adoctrinemos en ella. Mucho más acertado sería eliminar los obstáculos que nos separan e iniciar un nuevo enfoque como fundamento del trabajo práctico.

Señálese aquí que justamente la Unión Soviética, cuya competencia político-diplomática nadie pondrá seriamente en duda, adopta en la actualidad una actitud de relevante interés. Cuando, a finales de 1953, el embajador soviético en El Cairo, Daniil Semenovich Solod, abandonó el cargo que ostentaba hasta entonces para asumir una importante función en el Ministerio de Asuntos Exteriores, este relevo fué aprovechado para realizar una amplia transformación inicial en el enfoque geográfico de la diplomacia soviética. Solod fué ascendido al liderato del departamento del Oriente Medio. Hasta la fecha, este departamento atendía a los territorios comprendidos entre el Irán, Turquía, Arabia y Egipto. La sección africana, por otra parte, tuvo que desprenderse de Marruecos, Argelia, Túnez, Libia y los Sudanes, mientras al Buró indio se le enajenaban los territorios del Pakistán, incluída la zona oriental de este último. De esta forma se creó un departamento cuya autoridad abarcaba desde Rabat a Karachi, y en su caso a Dakka. En una palabra, prácticamente, el control absoluto del mundo del Islam.

Es indudable que se nos podrá objetar a este respecto que, por ejemplo, un país como Indonesia está vastamente islamizado. Es cierto. Pero en este caso, como acontece asimismo con las provincias occidentales de China, no cabe hablar de territorios puramente islámicos. Porque a las indudables influencias mahometanas existentes se mezclan otras también de importancia. Su significación es lo suficientemente grande como para provocar en estos países una orientación desligada del gran bloque islámico.

El enfoque aplicado más tarde por el Ministerio de Asuntos Exteriores soviético debe considerarse como muy lógico. Desde luego, habría que prescindir de la expresión «Oriente Medio», utilizada por nosotros con facilidad excesiva. Porque esta denominación es meramente geográfica. El concepto cultural y espiritual de «mundo islámico» se corresponde mejor con las realidades actuales, sobre todo con las políticas.

Aun habría que eliminar un segundo equívoco muy frecuente. Se habla con ligereza de un mundo arábigo, y se comprende en él una serie de países que pertenecen precisamente al Islam, pero no a la raza arábiga. Tal sucede con Turquía, Irán y Pakistán. Por añadidura, los sudaneses no son sino negros arabizados, mientras que el núcleo fundamental de la población de Marruecos y Argelia es bereber. De ahí que, bien entendido, el concepto de «árabe» deba limitarse a los países de Libia, Egipto, Jordania, Arabia Saudita, Yemen, Irak, Siria y Líbano.

En términos generales, podríamos decir, pues, que este mundo del Islam ni representa un concepto geográfico *estricto sensu* ni una unidad racial. Su elemento conjuntivo es religioso, cultural y, por tanto, francamente sociológico. Con la excepción del Líbano, el vínculo del Corán, seguro y común, es un documento religioso, filosófico y legislativo que se constituye en la biblia del perfecto mahometano.

Justamente este carácter del Corán ha inducido muchas veces a equívocos entre nosotros y el mundo islámico. En su forma original, la revelación de Mahoma es un producto típico del desierto arábigo. Para todo europeo es infinitamente difícil reconocerlo en sus versículos; creen en un terreno que nos es extraño. Además, los versículos son inclasificables tanto por su contenido como cronológicamente. El único principio de ordenación sería su longitud, en la que el Corán pierde su claridad. Hasta la fecha a muy pocos se les ha dado la oportunidad de leer este hermoso libro. Cierto que se dispone de numerosas versiones a nuestra lengua. Sin embargo, la mayoría de ellas han errado al ceñirse excesivamente al original, causando la incomprensión y el cansancio en el lector occidental. De ahí que no se pueda comprender a los mahometanos si no se ha familiarizado uno antes con el Corán. Muy recientemente, con mayor precisión, en el pasado año, se ha publicado una traducción en francés y en inglés del Corán, debido a la pluma del francés Henri Mercier. Esta versión se adapta a las circunstancias del europeo que quiera formarse un juicio sin tener tiempo para dedicarlo durante meses a un intenso estudio. Este nuevo Corán, ordenado según su contenido, brinda una interpretación fiel, reducida allí donde era lícito reducir, situando así la belleza y el alto valor moral de la obra de Mahoma en su auténtica perspectiva.

Esta excursión sobre un tema no relacionado directamente con la política y la economía, que pertenece al campo de la filosofía de las religiones y a la literatura, es, sin embargo, necesaria en nuestro caso. Porque, como ya lo acredita su nombre—mundo del Islam—, es lícito intentar el entendimiento de la religión para poder aprehender los fundamentos de la arquitectura total de un país.

En este orden de cosas hay algo fundamental que agregar aún sobre la religión mahometana. Continuamente oímos hablar sea de una resurrección fanática del Islam, sea de su decadencia. Los círculos franceses en particular previenen una y otra vez a Occidente contra un nuevo panislamismo. Al mismo tiem-

LOS PUEBLOS DEL ISLAM

po se pretende, a causa de la pérdida de sustancia religiosa, que el mundo islámico es un campo especialmente propicio al comunismo. Un estudio concienzudo nos demuestra que hay, efectivamente, una crisis del Islam. Un gran número de las disposiciones legales del Corán estaban destinadas a la economía y al orden político de los habitantes nómadas del desierto; de ahí que hoy queden trasnochadas. Pero la esencia del Corán es una doctrina moral que casi siempre está plagiada de nuestras Sagradas Escrituras. Su sustancia cristiana es manifiesta. Esta es la doctrina que presta al Corán su valor eterno, al mostrarse capaz hoy el Islam de separar cuanto constituye verdad permanente de lo que en el Corán es agua pasada. En este aspecto puede establecerse un paralelo con nuestras Sagradas Escrituras. En el Antiguo Testamento existían capítulos históricos, así como mandamientos para los judíos, que hoy han perdido su vigencia. En la actualidad trabaja ahora en los países islámicos una pléyade de sabios escriturísticos empeñados en separar del Corán lo caduco y lo eterno. Estos trabajos han progresado mucho en Turquía, en el Irán y en Túnez, y han aportado mucho a la renovación del Islam, sobre todo en Turquía. Simultáneamente, esta investigación ha conducido a un acercamiento íntimo entre el cristianismo y el Islam, ya que, como dijimos, la parte espiritual contenida en el Corán se cubre en gran parte por nuestros dogmas de fe.

Este nuevo Islam parece garantizar la permanencia de la fe incluso en el mundo moderno. Así, pues, la crisis del mahometanismo afecta principalmente a la superficie, y menos a la vida profunda, a la interioridad vital. Esta comprobación es particularmente significativa en una época en la cual el mundo islámico puede ser decisivo en el proceso internacional.

EL ISLAM Y LA POLITICA DEL MUNDO

La inquietud del mundo islámico, que no puede sustraerse incluso al lector superficial de la prensa, hay que atribuirla sólo en cierta proporción a los acontecimientos internos del Islam. Es más amplia la trascendencia provocada por las tensiones, hasta el punto de que el territorio comprendido entre Rabat y Karachi pese más que nunca en el campo de fuerzas de la política de las grandes potencias. Todas intentan apuntalar y expandir su influencia. Este movimiento se manifiesta por igual en el Este y en el Oeste.

En los últimos tiempos, Occidente ha hecho su aparición en el mundo del Islam en forma de algunos Estados europeos, más Inglaterra y los Estados Unidos.

Entre los Estados europeos tienen importancia especial Alemania, Francia, Italia y España.

El papel de *Alemania* se limitó en los últimos cincuenta años al de mero aliado de los Estados islámicos. Al menos exteriormente, no traspasó estos límites, lo que ha permitido a Alemania mantener una sólida amistad precisamente allí donde puede ser de gran interés en el futuro.

Merecen atención los procedimientos sutiles con que el mundo comunista ha explotado en provecho propio este prestigio de Alemania. Repetidamente observamos como los delegados comerciales del régimen comunista del Berlín oriental surgen como avanzadilla de las misiones económicas soviéticas en las capitales islámicas. Al propio tiempo, los representantes de las potencias occidentales, sobre todo los de Gran Bretaña, consideran a la Alemania Occidental como un competidor gravoso, que, en los límites de lo posible, hay que neutralizar y destruir. Gran error, si se piensa que de este modo se transfiere precisamente a los soviéticos una importante fuente occidental de energías.

Entre las potencias occidentales, *Francia* se encuentra hoy en el punto cumbre del progreso regresivo de su autoridad. A diferencia de los anglosajones, los franceses han iniciado colonizaciones directas en todas las latitudes. Sistemáticamente han establecido a su gente en Africa del Norte e intentaron algo semejante, aunque también sin éxito, durante su efímero mando en Siria y el Líbano. Estas colonizaciones han encontrado la oposición de las poblaciones interesadas, produciendo así el desplome del régimen. En el mejor de los casos, hoy sólo nos cabe asistir al forcejeo de una retirada. Las batallas decisivas han acontecido ya, y Francia ha dejado de constituir un primer factor político en el mundo del Islam.

Si bien los franceses han sufrido el fracaso de su sistema colonial en el mundo islámico, por otra parte, como representantes de la civilización, dieron gran rendimiento. La cultura francesa se mantiene en todas partes donde ha desaparecido ya la influencia política y económica. En Estados como Siria y el Líbano se observa claramente este fenómeno. Si las prácticas coloniales francesas han perjudicado tanto y tantas veces a los intereses occidentales, en cambio, y simultáneamente, su labor cultural ha sido provechosa. Cuanto vició el administrador francés, fué reparado por el profesor y por el sacerdote, no por el misionero. Nos encontramos aquí con un factor estable que también puede constituir una gran ventaja, en las próximas generaciones, para los intereses comunes de Europa.

Comparado con el francés, el papel de *Italia* es muy reducido, ya que se ha limitado a Libia, país de pequeña importancia. En contradicción con su habitual gentileza, los italianos se constituyeron en férreos amos, odiados extraordinariamente por las poblaciones autóctonas. Las innecesarias brutalidades de la administración colonial italiana contribuyeron, sin duda, a perjudicar ampliamente el buen nombre de Europa. Y puesto que las gigantescas realizaciones técnicas y económicas se hicieron exclusivamente a favor de los colonos italianos, éstas no provocaron admiración alguna, sino, antes al contrario, envidia y desagrado entre la población arábiga.

Se me perdonará seguramente que no haga mención de las influencias culturales y religiosas de *España* en el mundo islámico. Porque el elogio que, en honor a la verdad, estaría en la obligación de hacer, podría sonar a adulación precisamente en la capital de España. Sólo puedo decir a este respecto lo siguiente: que los españoles mismos vayan a estos países y contemplen con sus propios ojos lo que significa hoy el nombre de España y de Franco en los países del Islam. Los occidentales cuentan allí con una gran baza, que podría ser decisiva.

Junto a estas influencias continentales europeas, encontramos los factores meramente de política de fuerza de los *países anglosajones*, cuya importancia es mucho mayor. Con excesiva ligereza se mide a ambos con el mismo rasero. Lo cual es injusto. Porque Inglaterra y los Estados Unidos fueron y son radicalmente distintos en su política.

INGLATERRA Y EL PETROLEO ISLAMICO

De todos los poderíos comerciales del mundo, *Inglaterra* fué el primero en descubrir la importancia futura del mundo del Islam. Ya en el siglo XIX, cuando nadie pensaba todavía en el petróleo, Gran Bretaña comenzó a trabajar su situación, particularmente en el Golfo Pérsico. Sistemáticamente, paso a paso, los pequeños soberanos de la costa fueron comprados y adscritos a la soberanía protectora de Inglaterra. Así surgieron los diferentes y poco conocidos protectorados ingleses de Bahrein, Qatar Oman, Abu Dabi, Masqat, Kuria-Muria, Hadramaut y Aden, siendo el más importante de ellos el protectorado de Kuwait. En estos territorios los ingleses no se manifestaron como colonizadores directos ni tampoco como portadores de cultura. Se trataba en esencia de unas operaciones comerciales basadas en la política de fuerza. El comerciante inglés allí instalado tenía amplias relaciones con su Gobierno. Los unía repetidas veces el puño de hierro del Intelligence Service. De ahí que los comerciantes se convirtieran en agentes políticos del Gobierno, el cual, por su parte, les proporcionaba la protección de sus buques y sus cañones cuando no podían inclinar a su favor la voluntad de los potentados indígenas. Incluso hoy en día es frecuente e infinitamente dificultoso reconocer en estos territorios dónde acaban el banquero y el exportador y dónde comienza el representante de la metrópoli.

Aun fué más grande el desarrollo de la British Petroleum Co., como consecuencia de la primera guerra mundial. Bajo los nombres de Anglo-Iranian, Irak Petroleum y, en su caso, de Bahrein Petroleum, se continuó a gran escala la misma política practicada anteriormente en pequeño en los protectorados. Por lo demás, la imbricación de la política en las operaciones meramente comerciales se debió al hecho de que la mayoría de las acciones de la British Petroleum estuvieran también en manos de las autoridades político-militares.

Este hecho tenía una gran ventaja. A diferencia de los colonizadores franceses e italianos, el sistema británico previó muy raramente el contacto directo con la población. Se mantienen las formas externas del régimen. Por regla general se conserva al jeque soberano. En el mejor de los casos, y cuando el jeque no se muestra propicio, es sustituído por un hombre más acomodaticio, como, por ejemplo, en Egipto, cuando los ingleses sustituyeron a Khediven Abbas Hilmi por Fuad. Los soberanos indígenas tienen, por cierto, una competencia limitada. En su lugar se alza el consejero inglés, quien, de hecho y en última instancia, maneja el poder, puesto que puede disponer de los buques de guerra. Pero, a pesar de esta ventaja, la forma inglesa de posesión ha cometido un grave error fundamental. El negociante pretende conseguir lógicamente las mayores ganancias posibles. Este caso se acentúa si—como ocurre con los ingleses—se comercia con un pueblo con el que no se tiene comunicación, del que se desconoce su idioma, salvo en casos rarísimos, y al que se desprecia con todo el alma. Para la mentalidad puritana de los británicos, es justo y está justificada en el inglés la explotación de la inferioridad indígena. Si este talante constituye ya de por sí un serio peligro, puesto que el comerciante, a diferencia del nativo, goza de mayores conocimientos y de relaciones muy amplias, este proceso se hace precisamente intolerable cuando el comerciante al ejemplo del sistema inglés del mundo islámico puede incluso contar con los instrumentos de poder de una gran potencia para realizar sus deseos. Se llega así a un intento de desmesura a la que pagan tributo con excesiva frecuencia las grandes empresas de los británicos. Un buen ejemplo de ello es el acuerdo por el cual se transfirió a la Anglo-Iranian las concesiones petrolíferas. Una auténtica muestra de explotación.

Estos hechos—contacto deficiente y explotación bajo amenaza de los poderes militares—, unidos a una influencia corruptora sobre las autoridades políticas, han llevado a un espíritu de enemistad contra Inglaterra, hoy ampliamente extendido por todo el mundo del Islam. Hasta hace relativamente poco tiempo, Inglaterra pudo dominar a la opinión pública; esto, mientras pudo conducirse como gran potencia. El rápido y sorprendente desplome de la influencia británica en el Oriente Medio nos lleva fácilmente a la conclusión de que el odio, represado, de momento se convirtió en una fuerza irresistible en la que los pueblos islámicos reconocieron que la protección militar del comerciante inglés no volvería jamás a tener eficiencia. La derrota más severa que ha padecido Inglaterra hasta el momento fué la victoria póstuma de Mossadegh sobre la Anglo-Iranian. Porque, si bien Mossadegh desapareció, asimismo Zahedi y Hussein-Ala—sus continuadores—han proseguido con prudencia y serenidad las líneas generales de su política.

Cabe esperar también que las consecuencias de los acontecimientos presentes limiten a largo plazo aún más la influencia británica. No es preciso ser un gran profeta para prever que en los años venideros la situación de la Irak Petroleum se hará extraordinariamente difícil, por no decir algo peor. En Bahrein, la caída del consejero inglés Sir Charles Belgrave, ocurrida el 18 de agosto, ha señalado la dirección en que evoluciona el proceso incluso en las pequeñas soberanías. El conflicto de Buraini puede también agudizarse mucho en el futuro, hasta adoptar formas peligrosas para la Gran Bretaña.

Inglaterra podrá mantenerse todavía por algún tiempo en los pequeños Estados alejados del Golfo Pérsico. Pero incluso allí están contadas las horas del régimen actual. En situación semejante, cobra cumplida venganza el desprecio de los contactos culturales y sociológicos que caracterizó a los días de gloria. Porque justamente estos vínculos impalpables, y por ello más fuertes, adquieren a largo plazo más alto valor que *(Pasa a la pág. 51.)*

AVENTURA Y GLORIA DE GABRIELA MISTRAL

Por JUAN MUJICA

EL PANORAMA

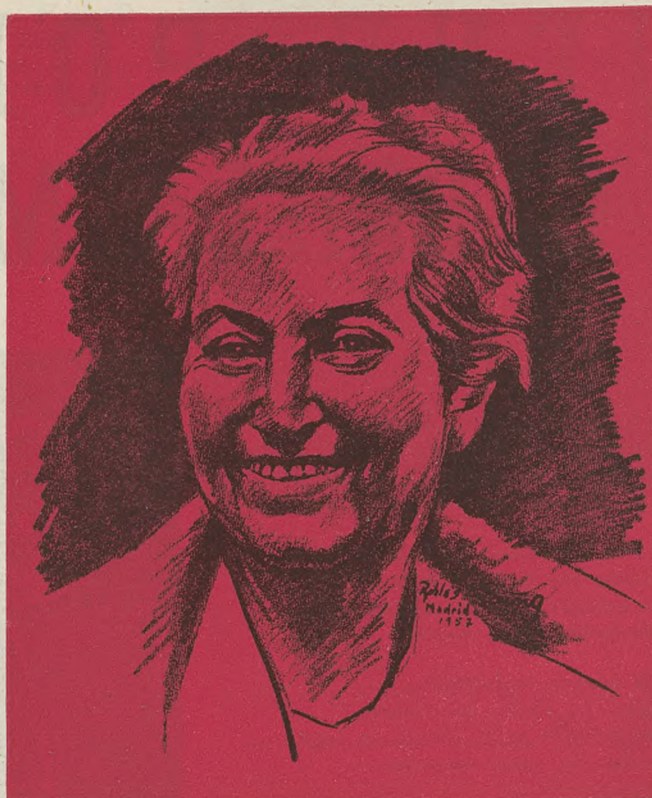
La provincia de Coquimbo se caracteriza por sus valles transversales, que nacen en los veneros de la cordillera andina y acaban en el mar. Es una de las provincias más extensas de Chile y su tierra goza la buena fama de sus minas y sus riquísimos productos agrícolas. En esos valles, con el agua repartida prolijamente, se cultivan las añosas higueras, las vides, los almendros y los naranjos con predilección. No faltan los demás frutales de origen europeo y se dan pródigamente chirimoyas, papayas, paltas y lúcumas, allí aclimatadas por los aborígenes. No faltan las papas, de auténtico origen andino; el maíz peruano y los tomates de México. Largo sería describir todas las especies vegetales y todo lo que la zoología concentra en aquella hermosa región del país más largo del mundo. Gabriela Mistral ha dejado páginas admirables en prosa y animados versos sobre su tierra natal. En los últimos años de su vida trabajaba en la prolija redacción de un libro que contendría lo antes hecho y lo nuevo que movía su pluma para describirnos los aspectos físicos del suelo en que Dios la hiciera nacer.

Esta fértil provincia es afamada por sus vinos, aguardientes y sus pasas. En la cordillera hay montes que pasan de los seis mil metros, y toda la inmensa cadena orogénica luce sus cumbres inmensas con la nieve dormida eternamente.

Antes de plasmarse la cultura incásica floreció en Coquimbo una vieja civilización llamada atacameña. Luego avanzó la conquista del imperio del Cuzco por la tierra de Chile hasta el gran Bío-Bío, que sería cantado por Lope de Vega. Realizado el descubrimiento por Almagro y la conquista por Valdivia en sus heroicas jornadas, esta tierra de Coquimbo se incorpora a la cristiandad. Las huestes españolas fundan La Serena en 1544 y se van creando las parroquias rurales que darán origen a poblaciones donde florecerá la cultura occidental. Los nombres de estos pueblos aparecen con honda evocación de lugares geográficos hispanos, junto a la noble realidad de lo autóctono: La Higuera, Incaguasi, Ovalle, Vicuña, Hurtado, Tongoy, La Paloma, Monte Grande, Illapel y Salamanca. En la parte central se cobija el célebre santuario de Andacollo, el más famoso de Chile, donde se venera la antigua imagen de la Virgen del Rosario o Nuestra Señora de las Rosas. Allí se conserva la tradición del culto genuino de los primeros cristianos en la nueva tierra americana. Al rito católico romano se unen las expresiones indígenas de arte primitivo, con cantos y danzas, que se amenizan con música vernácula, ejecutada con instrumentos de su propia invención. El atuendo usado en estas manifestaciones artísticas completa la danza, evocando viejas edades.

LA ESTIRPE

Varios personajes pasaron en los tiempos de la conquista al reino de Chile portando el apellido ilustre de Godoy. Como tronco de la estirpe de que desciende la insigne Lucila Godoy, debemos reconocer al capitán castellano Francisco de Godoy. La escritora chilena tendría toda su vida preferencia muy notable por este nombre de varón y dedicaría al Serafín de Asís páginas admirables. En su primer viaje a Italia se hizo imponer el cordón de los humildes hermanos terceros en el maravilloso santuario donde reposan las reliquias del santo fundador que tuvo corazón de lis. Francisco de Godoy había nacido en Medina del Campo, en la villa ilustrísima donde muriera Isabel la Católica. Debió de jugar en su niñez junto a los muros del castillo de la Mota y haría sus primeras cabalgadas donde al acecho perdiera la vida el caballero de Olmedo. El futuro capitán de los reales ejércitos de Chile, donde se consumieron a España la flor de sus guzmanes, obtuvo la indispensable licencia para pasar a Indias con real cédula especial. Con esto se demuestra su categoría social y la claridad de su linaje. El documento aparece firmado en Valladolid, por la real mano, con fecha 18 de febrero de 1555. El viajero quedó autorizado para llevar consigo espadas, dagas y arcabuces, como también liberado de pagar derechos en otros artículos suntuarios por valor de trescientos pesos castellanos de buen oro. Realizada su gestión inicial de joven conquistador, recibió la bendición de sus padres y partió en busca de su destino ignoto hacia el Nuevo Mundo. Las etapas del viaje: Madrid, Córdoba, Sevilla. Aquí, junto a la Torre del Oro, aguardaba la nave, muy semejante a las colombinas, para surcar el proceloso Atlántico. Luego, en Tierra Firme, se junta con el grupo de soldados que servirán cerca del virrey marqués de Cañete. Entre estos jóvenes veinteañeros va el poeta Alonso de Ercilla. La muerte heroica del gobernador de Chile, Pedro de Valdivia, determi-



PRESENTACION

La veréis llegar y despertará en vosotros las oscuras nostalgias que hacen nacer las naves desconocidas al arribar a puerto; cuando pliegan las velas, y entre el susurro de las espumas, siguen avanzando como en un encantamiento lleno de majestad y ensueño.

Llegará recogido el cabello, lento el paso, el andar meciéndose en un dulce y grave ritmo.

Es una de esas naves, perladas de rocío, que vienen de las profundidades de la noche y emergen con el alba, trayendo al puerto, que duerme, la luz del nuevo día.

Cuencos llenos de agua que la noche roba a las estrellas; claros, azules, verdes y grises, sus ojos brillan con el suave fulgor de un constante amanecer.

Tiene la boca rasgada por el dolor, y los extremos de sus labios caen vencidos como las alas de un ave cuando el ímpetu del vuelo las desmaya.

La dulzura de su voz a nadie le es desconocida: en alguna parte créese haberla escuchado, pues, como a una amiga, al oírla se le sonríe.

Ultimo eco de María de Nazaret, eco nacido en nuestras altas montañas, a ella también la invade el divino estupor de saberse la elegida; y sin que mano de hombre jamás la mancillara, es virgen y madre; ojos mortales nunca vieron a su hijo, pero todos hemos oído las canciones con que le arrulla.

¡La reconoceréis por la nobleza que despierta!

De todo su ser fluye una dulce y grata unción. ¡Oh suave lluvia invisible!, por donde pasas ablandas los duros terrones y haces germinar las semillas ocultas que aguardan.

No hagáis ruido en torno de ella, porque anda en batalla de sencillez.

Feliz aquel que calla o niega triste, por amor a las palabras justas, si algún día encuentra que para lograrlas, como yo ahora, debe emplear las cálidas voces del olvidado regocijo y de la perdida admiración.

Los taciturnos montañeses de mi país no la comprenden, pero la veneran y la siguen. ¡Oh ingenua y clara ciencia!

La llamáis y os la entregan: saben que es su mayor tesoro y sonríen complacidos de ser su dueño.

Hoy al mar la confiamos; y para que la nostalgia no la oprima, buscaremos entre las aguas inciertas la gran corriente que viene del sur y va hacia vuestras costas, logrando así que sean olas patrias las que escolten su barco, y durante el largo viaje, en busca de su olvido y alegría, ¡canten!

PEDRO PRADO

(Dibujo de Robles Acuña.)

NUEVE POEMAS DE GABRIELA MISTRAL



VIEJA

Ciento veinte años tiene, ciento veinte,
y está más arrugada que la tierra.
Tantas arrugas lleva, que no lleva otra cosa
sino alforzas y alforzas, como la pobre estera.

Tantas arrugas se hizo como la duna al viento,
y se está al viento que la empolva y pliega;
tantas arrugas muestra, que le miramos sólo
sus escamas de pobre carpa eterna.

Se le olvidó la muerte inolvidable,
como un paisaje, un oficio, una lengua.
Y a la muerte también se le olvidó su cara,
porque se olvidan las caras sin cejas.

Arroz nuevo le llevan en las dulces mañanas;
fábulas de cuatro años al servirle le cuentan;
aliento de quince años al tocarla le ponen;
cabellos de veinte años al besarla le allegan.

Mas la misericordia que la salva es la mía.
Yo le regalaré mis horas muertas,
y aquí me quedaré por la semana
pegada a su mejilla y a su oreja.

Diciéndole la muerte lo mismo que una patria;
dándosela en la mano como una tabaquera;
contándole la muerte como se cuenta a Ulises,
hasta que me la oiga y me la aprenda.

«La Muerte», le diré al alimentarla,
y «La Muerte», también, cuando la duerma;
«La Muerte», como el número y los números,
como una antífona y una secuencia.

Hasta que alargue su mano y la tome,
lúcida entera en vez de soñolienta;
abra los ojos, la mire y la acepte
y despliegue la boca y se la beba.

Para que al fin se doble de obediencia
y de una gran dulzura se disuelva
con la ciudad fundada el año suyo
y el barco que lanzaron en su fiesta.

Y yo pueda sembrarla lealmente
como se siembran maíz y lenteja
donde ha tiempo las otras se sembraron,
más dóciles, más prontas y más frescas.

Su corazón aflojado soltando
y su nuca acostando sobre arena,
las viejas que pudieron no morir:
Clara de Asís, Catalina y Teresa.



RIQUEZA

Tengo la dicha fiel
y la dicha perdida:
la una como rosa,
la otra como espina.

De lo que me robaron
no fuí desposeída:
tengo la dicha fiel
y la dicha perdida,
y estoy rica de púrpura
y de melancolía.

¡Ay qué amante es la rosa
y qué amada la espina!
Como el doble contorno
de dos frutas mellizas,
tengo la dicha fiel
y la dicha perdida.

PIECESITOS

Piecesitos de niño,
azulosos de frío,
cómo os ven y no os cubren, ¡Dios mío!

Piecesitos heridos
por los guijarros todos,
ultrajados de nieves y lodos.

El hombre, ciego, ignora
que por donde pasáis
una flor de luz viva dejáis;

que allí donde ponéis
la plantita sangrante,
el nardo nace más fragante.

Sed, puesto que marcháis
por los caminos rectos,
heroicos como sois perfectos.

Piecesitos de niño,
dos joyitas sufrientes,
¡cómo pasan sin veros las gentes!



---

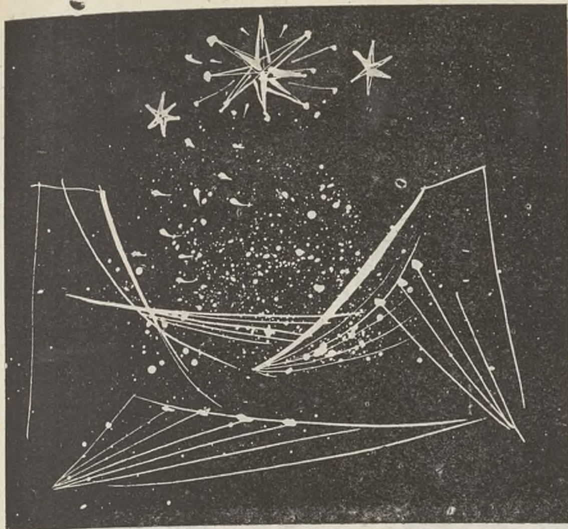
na que el virrey envíe a su hijo, García de Mendoza, para ejercer el mando civil y militar, acrecentando los dominios de España en la tierra más austral del mundo. Más tarde cantará Ercilla la grandeza del poder cristiano, movida y mantenida por el denuedo español: «del Gange a Arauco y de uno al otro polo». El capitán Godoy llega a Talcahuano en 1557. Participa en las tareas de levantar los fuertes de la Concepción, peleando casi diariamente con los indomables araucanos. El gobernador Mendoza le señala un destino en la ciudad de La Serena, donde se casa con Isabel de Aguirre, hija del célebre gobernador de Tucumán y caballero de Santiago Francisco de Aguirre, nacido en Talavera de la Reina. La poesía y el teatro darán acogida feliz a este ambiente guerrero de la vida chilena en el siglo XVI, que se plasmó en tres obras, tituladas *La Araucana*, escritas por los madrileños Ercilla y Lope de Vega y el sevillano Alvarez de Toledo. También tenemos con la misma temática, *Arauco domado*, producido para encomiar las empresas militares y virtudes cívicas de Hurtado de Mendoza, como gobernador, como guerrero, como virrey y caballero ejemplar. Los autores de estas obras fueron Pedro de Oña, el primer poeta americano, nacido en Chile, y el «Monstruo de la naturaleza», Lope de Vega.

Del matrimonio antes citado nació otro Francisco de Godoy, noble vecino de La Serena, capitán de caballos, regidor del Cabildo y acaudalado terrateniente. Casó con la ilustre criolla Agustina de Alvarado y Cervantes, cuya estirpe prócer sería labor muy dilatada analizarla. La prole que en sucesivas generaciones van dando a la nación chilena, y también a la argentina, los creadores de esta estirpe, ha sido fecunda en hechos generosos. El apellido luce en el sacerdocio y en las armas, en las letras y en la educación. El nombre de Juan Godoy se hace famoso por su descubrimiento de las ricas minas argentíferas de Chañarcillo.

EL HOGAR

En la apacible ciudad de Vicuña, situada a 750 metros de altitud, se constituye el honrado hogar del maestro y poeta don Jerónimo Godoy Villanueva, al contraer matrimonio con doña Petronila Molina. Esta señora se encontraba viuda y con una hija: Emelina Molina, luego también maestra de una escuela rural. Al comenzar el dulce otoño de aquella región, con las vides cuajadas en dorados racimos, nace en la reposada casona familiar una niña. Aquello fué el 7 de abril de 1889. La neófita cristiana es llevada a la pila bautismal de la iglesia parroquial de San Isidro y recibe con las aguas lustrales el armonioso nombre de Lucila. Ya sabemos que San Isidro, celeste patrono de Madrid, su patria, tiene por mandato pontificio el universal patrocinio de la más vieja y noble tarea humana: la agricultura. El humilde santo madrileño fué canonizado junto con Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola y Francisco Javier. Las fiestas que en toda la hispanidad ocasionará la elevación al culto de esta gavilla de fecundidad asombrosa para todo el mundo, tuvieron su resonancia fervorosa en la tierra chilena.

La vida familiar de los Godoy transcurre compartida tanto en Vicuña como en Monte Grande. Doña Petronila, que es hacendosa



CANCION DE LAS MUCHACHAS MUERTAS

¿Y las pobres muchachas muertas,
escamoteadas en abril,
las que asomáronse y hundiéronse
como en las olas el delfín?

¿Adónde fueron y se hallan,
encuclilladas por reír,
agazapadas, esperando
voz de un amante que seguir?

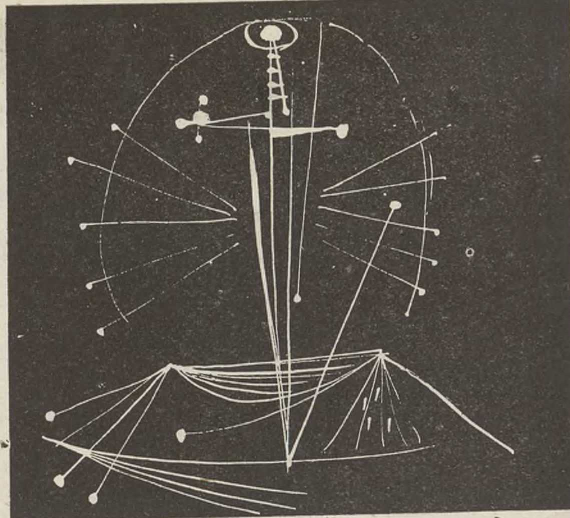
¿Borrándose como dibujos
que Dios no quiso reteñir,
o anegadas poquito a poco
como en sus fuentes un jardín?

A veces quieren en las aguas
ir componiendo su perfil
y en las carnudas rosas-rosas
casi consiguen sonreír.

En los pastales acomodan
su talle y bulto de ceñir,
y casi logran que una nube
les preste cuerpo por ardid.

Casi se juntan las deshechas,
casi llegan al sol feliz,
casi rompen la nuez del suelo
y van llegándose hasta mí.

Casi deshacen su traición
y caminan hacia el redil,
¡y casi vemos en la tarde
el divino millón venir!



MIENTRAS BAJA LA NIEVE

Ha bajado la nieve, divina criatura,
el valle a conocer.
Ha bajado la nieve, esposa de la estrella.
¡Mirémosla caer!

¡Dulce! Llega sin ruido, como los suaves seres
que recelan dañar.
Así baja la luna y así bajan los sueños.
¡Mirémosla bajar!

¡Pura! Mira tu valle cómo lo está bordando
de su ligero azahar.
Tiene unos dulces dedos, tan leves y sutiles
que rozan sin rozar.

¡Bella! ¿No te parece que sea el don magnífico
de un alto Donador?
Detrás de las estrellas su ancho pelo de seda
desgaja sin rumor.

Déjala que en la frente te diluya su pluma
y te prenda su flor.
¡Quién sabe si no trae un mensaje a los hombres,
de parte del Señor!

EL SUPLICIO

Tengo ha veinte años en la carne hundido
—y es caliente el puñal—
un verso enorme, un verso con cimeras
de pleamar.

De albergarlo sumisa, las entrañas
cansa su majestad.
¿Con esta pobre boca que ha mentido
se ha de cantar?

Las palabras caducas de los hombres
no han el calor
de sus lenguas de fuego, de su viva
tremolación.

Como un hijo, con cuajo de mi sangre
se sustenta él,
y un hijo no bebió más sangre en seno
de una mujer.

¡Terrible don! ¡Socarradura larga
que hace aullar!
El que vino a clavarlo en mis entrañas,
¡tenga piedad!



ama de casa, educa celosamente el alma de Lucila y pule con tesón cada día las facetas del brillante que en ella luce desde la primera infancia. También con celo constante se afirma en el alma de la niña el sentimiento religioso. Su espíritu católico se eleva en la férvida oración hogareña y en los solemnes ritos del templo.

Tanto el padre como la hermana mayor se desvelan porque la hermosa Lucila, que mira con ojos verdes maravillosos las cosas del mundo, vaya adquiriendo conocimientos, que mucho le valdrán para su formación intelectual.

LA ESCUELA

El espíritu de Lucila se abre en la niñez generoso ante la belleza. Su alma de poeta descubre las maravillas del cielo que la cubre luminoso y de la pródiga tierra que sostiene sus pasos. Cada día hay para ella una grata novedad entre las flores y los árboles o cerca de los animales domésticos que complementan vitalmente la existencia humana. Ingresa en la escuela primaria cuando ya se entregaba secretamente a componer sus iniciales versos. Poco debe existir aún de esos infantiles poemas. La disciplina escolar le impone en cierta ocasión una injusta reprimenda, que produce a la niña un sufrimiento que exaspera su tímida naturaleza. Reparado el daño inmerecido, vuelve a los estudios. Muchas veces la distraen durante las lecciones el canto de los pajarillos o la mirada perdida entre las nubes vagabundas. Como no avanza en el trabajo escolar con la estricta norma que la maestra desea, la niña poeta es eliminada del aula. Acude su madre a interrogar a la maestra sobre tan desagradable situación, y aquélla, secamente, le responde: «Quizá sirva para los quehaceres domésticos.» Cuarenta y cinco años después, la misma niña obtendría el máximo premio universal de las letras. Empeñosamente continúa Lucila estudiando casi sola cuanto podía, más y más. El hondo sufrir que cosechara en su primera escuela levanta su espíritu en afán de superación. Todo lo perdona y su alma derramará la bondad durante larga vida y hará que la sencilla escuela de ladrillo se transforme en santuario de fe, de amor y de esperanza.

LA MAESTRA

Cuando Lucila tiene quince años, comienza su larga tarea de maestra, hasta llegar a lo admirable y ejemplar. No tiene títulos oficiales y trabaja como interina. Después le normalizan la situación y se mejoran sus nombramientos en colegios de mayor categoría. Muchas son las escuelas que recogieron sus pasos lentos, nunca apresurados. Muchas son las aulas que guardan para siempre su voz inconfundible. Muchas son las maestras que con su maternal consejo aprendieron a enseñar mejor.

De quienes allanaron su camino en la enseñanza debemos también recordarnos. Fué la primera Teresa Prats Bello. Esta noble dama, que desempeñaba el cargo de inspectora general de Educación Primaria, encontró en una pequeña escuela del valle de Elqui «una jovencita de porte majestuoso, de bellos ojos verdes de limpio mirar, con manos de princesa», que se llamaba Lucila Godoy. Aquella funcionaria le obtuvo un nombramiento en el Liceo de



EL FUEGO

Señor, tú sabes cómo, con encendido brío,
por los seres extraños mi palabra te invoca.
Vengo ahora a pedirte por uno que era mío,
mi vaso de frescura, el panal de mi boca,

cal de mis huesos, dulce razón de la jornada,
gorjeo de mi oído, ceñidor de mi veste.
Me cuido hasta de aquellos en que no puse nada;
¡no tengas ojo torvo si te pido por éste!

Te digo que era bueno, te digo que tenía
el corazón entero a flor de pecho, que era
suave de índole, franco como la luz del día,
henchido de milagro como la primavera.

Me replicas, severo, que es de plegaria indigno
el que no untó de preces sus dos labios febriles,
y se fué aquella tarde sin esperar tu signo,
trizándose las sienes como vasos sutiles.

Pero yo, mi Señor, te arguyo que he tocado,
de la misma manera que el nardo de su frente,
todo su corazón dulce y atormentado,
¡y tenía la seda del capullo naciente!

¿Que fué cruel? Olvidas, Señor, que le quería
y que él sabía suya la entraña que llagaba.
¿Que enturbió para siempre mis linfas de alegría?
No importa. ¡Tú comprende: yo le amaba, le amaba!

Y amor (bien sabes de eso) es amargo ejercicio;
un mantener los párpados de lágrimas mojados,
un refrescar de besos las trenzas del cilicio
conservando bajo ellos los ojos extasiados.

El hierro que taladra tiene un gustoso frío
cuando abre, cual gavillas, las carnes amorosas.
Y la cruz (Tú te acuerdas, ¡oh Rey de los judíos!)
se lleva con blandura como un gajo de rosas.

Aquí me estoy, Señor, con la cara caída
sobre el polvo, parlándote un crepúsculo entero,
o todos los crepúsculos a que alcance la vida
si tardas en decirme la palabra que espero.

Fatigaré tu oído de preces y sollozos,
lamiendo, lebrel tímido, los bordes de tu manto,
y ni pueden huirme tus ojos amorosos
ni esquivar tu pie el riego caliente de mi llanto.

¡Di el perdón, dilo al fin! Va a esparcir en el viento
tu palabra el perfume de cien pomos de olores
al vaciarse; toda agua será deslumbramiento;
el yermo echará flor y el guijarro esplendores.

Se mojarán los ojos oscuros de las fieras,
y, comprendiendo, el monte que de piedras forjaste
llorará por los párpados blancos de sus neveras;
¡toda la tierra tuya sabrá que perdonaste!



INTIMA

Tú no oprimas mis manos.
Llegará el duradero
tiempo de reposar con mucho polvo
y sombra en los entretejidos dedos.

Y dirías: «No puedo
amarla, porque ya se desgranaron
como mieses sus dedos.»

Tú no me beses mi boca.
Vendrá el instante lleno
de luz menguada, en que estaré sin labios
sobre un mojado suelo.

Y dirías: «La amé, pero no puedo
amarla más, ahora que no aspira
el olor de las retamas de mi beso.»

Y me angustiara oyéndote,
y hablarás loco y ciego,
que mi mano será sobre tu frente
cuando rompan mis dedos,
y bajará sobre tu cara llena
de ansia mi aliento.

No me toques, por tanto. Mentiría
al decir que te entrego
mi amor en estos brazos extendidos,
en mi boca, en mi cuello,
y tú, al creer que lo bebiste todo,
te engañarías como un niño ciego.

Porque mi amor no es sólo esta gavilla
reacia y fatigada de mi cuerpo,
que tiembla entera al roce del cilicio
y que se me rezaga en todo vuelo.

Es lo que está en el beso, y no es el labio;
lo que rompe, y no es el pecho:
¡es un viento de Dios, que pasa hendiéndome
el gajo de las carnes, volandero!

Antofagasta. Después, inesperadamente, en un concurso literario, como integrante del jurado, dió su voto para la composición que presentaba una desconocida, «Gabriela Mistral». Grande sorpresa le produjo encontrar que el seudónimo correspondía a la joven maestra Lucila Godoy. Años más tarde le prestan generosa ayuda don Pedro Aguirre Cerda y su esposa, doña Juana Aguirre. A ellos dedicaría la genial escritora su obra fundamental: *Desolación*. El ilustre estadista, como ministro de Educación, le dió la dirección de un Liceo, y más tarde promovió la ley que reservó para la insigne escritora un puesto vitalicio en el servicio consular.

LA ESCRITORA

Tanto y tanto habría que decir de Gabriela Mistral como figura señera de las letras hispánicas, que, sin disponer de espacio amplio para analizar su obra portentosa, sólo bastará con indicaciones sumarias. Sus versos de la infancia se conocen muy poco. Luego colabora en el periódico *La Voz de Elqui* con breves trabajos en prosa. En 1914 envía, desde su pequeña casa de los Andes, a los juegos florales de Santiago, *Sonetos de la muerte*, que ganan la flor natural, premio máximo. Su nombre se consagra dentro de la patria y traspasa las fronteras, adquiriendo fama, casi incomparable a los veinticinco años de edad. Algo más de una cincuentena de poemas suyos se incorporan a los textos de lectura escolar del ilustre profesor Guzmán Maturana. Los grandes mexicanos Amado Nervo, González Martínez y José Vasconcelos cultivan su amistad con cartas, que la persuaden para aceptar la invitación de México. Allí cumplirá una noble tarea educativa y vinculará para siempre su nombre con el gran pueblo de Sor Juana Inés de la Cruz. A su recuerdo se alza un monumento y se impone su nombre a una escuela. El ilustre profesor español Federico de Onís, que dirigía el Instituto de las Españas en Nueva York, promueve la primera edición de un libro de Gabriela Mistral. Así aparece en aquella gran urbe *Desolación* el año 1922, obra que se traducirá a las principales lenguas europeas, y así se difunde por todo el mundo. Su despedida de México se hace en el parque de Chapultepec con discursos magistrales y con el coro infantil de cuatro mil voces, que cantan sus *Rondas*. Allí es proclamada la «madre de América». Todos los niños del inmenso territorio que va del río Colorado al confín de la Tierra del Fuego, serán sus hijos al cantar sus versos. Estos se publican en *Ternura*, Madrid (1924), y luego en Barcelona.

Todo lo que sigue con el correr del tiempo va aumentando su gloria. En 1924 visita los Estados Unidos, Francia, Italia y España. Aquí ya siente la vuelta al hogar de sus mayores y el alma se le expande con ternura infinita. Encuentra en la región vascongada la estirpe de su madre y en la extensa Castilla sus ancestros paternos. En Avila se emociona ante los recuerdos teresianos y en Segovia con las reliquias de San Juan de la Cruz. Madrid la recibe con fraterna amistad. Su paso deja una huella de hondos afectos, que con el tiempo serán muy fuertes. Vuelve a España en 1928, y luego, por tercera vez, como cónsul de su patria, en 1933, cargo que ejerce hasta 1935. Aquí escribe gran parte de su libro *Tala*, con el peso constante que

FUTURA

El invierno rodará blanco
sobre mi triste corazón.
Irritará la luz del día,
me llagaré en toda canción.

Fatigará la frente el gajo
de cabellos, lacio y sutil.
¡Y del olor de las violetas
de junio se podrá morir!

Mi madre ya tendrá diez palmos
de ceniza sobre la sien.
No espigará entre mis rodillas
un niño rubio como mies.

Por hurgar en las sepulturas,
no veré el cielo ni el trigal.
De removerlas, la locura
en mi pecho se ha de acostar.

Y como se van confundiendo
los rasgos del que ha de buscar,
cuando penetre en la Luz Ancha,
no lo podré encontrar jamás.





el duelo de perder a su madre le ha traído. Pasa a Portugal, a Francia y al Brasil en sus funciones consulares. En noviembre de 1945 se le concede el Premio Nóbel. Sus poemas últimos están en *Lagar*.

ULTIMOS DIAS

En la primavera de 1955, Gabriela Mistral recibió en su patria chilena el amplio y fervoroso homenaje de toda la nación. No pueden describirse en breves líneas los actos realizados con esta oportunidad. La genial poetisa salió de Chile para someterse a urgente tratamiento médico en los Estados Unidos. El Gobierno chileno promovió una ley que concedería a la escritora una situación equiparable a superintendente de Educación Pública, que es uno de los más altos grados en la administración. La ley aprobóse por unanimidad, pero Dios dispuso que la beneficiada no pudiera regresar a su tierra para exhalar su postrer aliento. La enfermedad que la aquejaba desde hacía muchos años fué minando rápidamente su naturaleza. En noviembre último se hizo la intervención quirúrgica. Volvió a su domicilio con la esperanza del regreso a la patria. Internada al comenzar este año en el amplio hospital de Hempstead, próximo a Nueva York, la ilustre enferma agonizó allí durante siete días, y su corazón se detuvo para siempre en la madrugada del 10 de enero. En sus últimas miradas contempló amorosamente la imagen de la Virgen del Carmen, patrona de Chile, que maternal le hacía compañía. Gabriela Mistral había entregado su alma a Dios cuando la nieve silenciosa caía y cubría el contorno de su hospitalario asilo. Ahora ya su cuerpo reposa, hasta el día de la resurrección, en la tierra chilena.

«HA VENIDO EL CANSANCIO INFINITO»

Por EUGENIO MEDIANO FLORES

Ya se ha llenado, en las antologías, la fecha en blanco que dejan a los vivos. Tras el guión de la cifra que indica el nacimiento, se ha completado el paréntesis. La poetisa de los sonetos a la muerte ha finalizado el verso catorce de sí misma, dando un nuevo y triste trabajo a los cajistas: un día de diciembre y los cuatro guarismos que señalan el año se han instalado silenciosos en el espacio blanco, como brotes negros de una primavera tenebrosa o como el fruto normal que en invierno han de dar esos esqueletos desalmados que son los árboles sin hojas.

¡Qué terriblemente frío resulta hojear una antología ante un acontecimiento como éste!... La línea rígida de los versos impresos está allí, igual, sin que una letra-lágrima caiga, sin que un temblor emocionado trastorne su recta insensible. Y es que una antología es algo así como el esquema del paisaje lapidario de un camposanto, donde nada—ni aquel que baja ahora a la fosa recién abierta golpeando la tierra—perturba la quietud de las demás sepulturas. Al llegar a una antología penetramos ya, un poco, en el mundo de las lápidas, de la insensibilidad; en el santuario de lo invariable; y tan sólo queda esa fecha para añadir a los que, consciente o inconscientemente, van haciendo historia día a día.

Por eso es tan simple, tan sencilla, la muerte en las antologías. Cuántos, ante la noticia, no se habrán preguntado: «¿Pero la Mistral vivía?» Es uno de los inconvenientes de haber merecido antologización temprana, de haber trazado demasiado pronto las letras de oro inmortales que sólo corresponden a las lápidas, de haberse acomodado entre los muertos gloriosos.

No obstante, Gabriela vivía; aunque mejor sería decir que Gabriela moría poco a poco en los últimos años. Como si hubiera querido experimentar la realidad de sus estupendos sonetos hasta el máximo, palabra por palabra y verso por verso, Gabriela agonizaba lenta, muy lentamente, en sus años de vida postreros, tomándole gusto y confianza a la muerte. Cuando la vi por última vez en Chile, aun no hace dos años, apenas si era ella la que pasaba en viaje de despedida de su país; apenas si su espíritu, fantasma ya, percibía el homenaje rendido por sus compatriotas. Apenas si era pavesa última aquello que yo conocí, en los días de mis primeros pasos literarios, fuego intenso, ardor vehemente, cuando la visitábamos en su hotelito de la Ciudad Lineal.

Tenía entonces Gabriela una mirada viva, intensa y desconfiada, a través de la cual percibía el menor movimiento de los que se reunían en derredor suyo, como si temiese cualquier gesto de impaciencia o aburrimiento mientras ella hablaba; y dirigía la conversación hacia el autor del movimiento, que las más de las veces era para situarse en postura más atenta aún. Le gustaba que fuéramos a verla los domingos por la tarde y nos tomaba en cuenta cuando faltábamos, ya que ir hasta la Ciudad Lineal era la única forma de verla. Ella salía poco, lo menos posible, y le gustaba, más que el trato de las gentes, el rodearse de plantas y flores. Tenía, no sabemos por qué, un como miedo a salir al encuentro de las gentes y prefería recibir en su casa a quien fuese a verla, porque allí se sentía segura de sí misma; sabía que el que llegaba iba por verla a ella, y eso le agradaba. No creemos que fuera por vanidad, sino porque Gabriela era fundamentalmente tímida, con los naturales rasgos de audacia correspondientes a esta psicología.

Nos hablaba de su país, de los países que había conocido y por los que había pasado; pero siempre dejaba en nosotros la impresión de que en todas partes su vida se había desenvuelto como en España, con tres o cuatro lugares predilectos por ella vividos, y que de los demás hablaba por referencias o por conocimiento libresco. Y es que Gabriela, en cada sitio, vivía su propio paisaje, el que ella se creaba, y lo defendía con el mayor tesón como típico del país. Lo mismo le pasaba con las personas, a las que juzgaba por la primera impresión. Yo la oí definir a alguien, que tan sólo había estado una vez en su casa, como una persona que siempre tropezaba con la mesa del té; así como de Madrid solía decirnos que era la capital de los tranvías («carros» decía ella) blancos y ruidosos, sencillamente porque eran de ese color los llamados «maquinillas» que pasaban por la Ciudad Lineal. En estas apreciaciones se parecía a nuestro Juan Ramón Jiménez, aunque la torre marfileña de Gabriela se abría más a la vida, tal vez por el cauce de la ternura hacia la infancia.

En sus filias y en sus fobias era más rotunda aún. Su entusiasmo por Gerardo Diego era ilimitado; aseguraba que no había habido en toda la poesía castellana un sonetista mejor, y su admiración por él la había llevado hasta imprimir un soneto de nuestro gran poeta en el reverso de sus tarjetas de visita. Asimismo, si intentábamos defender a algún escritor de los que caían fuera de sus gustos, trataba por todos los medios de disuadirnos; si no lo conseguía, terminaba echándose a reír y nos lanzaba una frase irónica que hacía mella en nuestra juvenil petulancia: «Hay demasiada juventud en sus apreciaciones.» Y con esto nos callaba, aunque por dentro fuera la procesión.

Sin embargo, esto ocurría rara vez, porque Gabriela nos trataba de igual a igual, haciéndonos ver que un poemita nuestro, recién aparecido en una revista de apenas cien lectores, tenía ya tanta importancia como su propia obra. Y lo que ya nos parecía magnífico, haciéndonos crecer en importancia, es cuando cogía su última cuartilla de encima de la mesa y nos leía el manuscrito recién trazado, consultando luego nuestra opinión. ¡Qué escritores hechos y derechos nos hacía sentirnos!

Después Gabriela marchó; luego, nuestra guerra... Y aun no hace dos años saludé en Chile a una sombra sobre la que ya gravitaba el cansancio infinito.

MEMORIA DE CASTILLA

Por Luis Hernández Aquino

A UNA AMAPOLA

Amapola coral del Guadarrama
que contemplé una tarde de verano,
mientras del corazón el sueño vano
se iba apagando como fútil llama;

castellano arrebol, sencilla flama
que yo toqué con delicada mano,
ya llegó la estación, y ahora, lejano,
mi corazón tu frenesí reclama.

Una nueva Castilla va surgiendo
de mi memoria en esta aurora fría,
en que de nuevo estás ahora naciendo.

¡Quién pudiera tenerte como el día
en que sentí todo tu ser latiendo,
mariposa, en la dura mano mía!

CHOPO DEL MANZANARES

Chopo que junto al río Manzanares
crecía en la mañana cenicienta,
ajeno a la nevada o la tormenta,
viendo el agua alejarse hacia sus mares;

asta verde, de sueños estelares,
de tiernas hojas y de rama lenta,
que hundías en la tierra soñolienta
tu raíz, por cercanos hontanares;

feliz tú, que en el sueño de Castilla
gozas la luz y el aire de tu España,
al discurrir del agua por la orilla.

Tu imagen con el tiempo no se empaña,
y si el otoño tórnala amarilla,
más la aferro a la tierra de mi entraña.

VINO DE VALDEPEÑAS

A Manuel Durán.

Vino de Valdepeñas, que solía
florecer en mi vaso, viva rosa
que ocultaba en su esfera una furiosa
locura, que serena se fingía.

Materia ardiente, en apariencia fría;
sosegado volcán, linfa armoniosa
que en la caña delgada y silenciosa
sus coléricas fuerzas reprimía.

¡Cuántas veces sorbí la luz de España
en tus dominios de materia pura,
para llenarme de ella hasta la entraña!

Apague tu recuerdo la amargura
que sube al labio y que mi labio empaña
con esta sed, de contenerse, oscura.

CANTARES CASTELLANOS

I

Era pura de Castilla,
entre Avila y Guadarrama:
murallas, torres y sombra,
también cielo y luz dorada.

II

¿Fué en la ciudad de Segovia?
¿O fué acaso por la Mancha?
Sólo sé que todavía
escucho de madrugada
su fina voz, que repite:
«Adiós, que ya viene el alba.»

III

Agua, ¡qué fresquita el agua
que venía de Lozoya!;
mas nunca apagó la sed
que sentía por tu boca.

IV

A orillas de un olivar
pude oír otro cantar,
que recuerdo todavía:
«Se van las aguas al mar,
al viento la pena mía,
al viento la pena mía,
y hasta que amanezca el día,
soñar, mi vida, soñar.»

Luis FERNANDEZ AQUINO









PABLO SERRANO

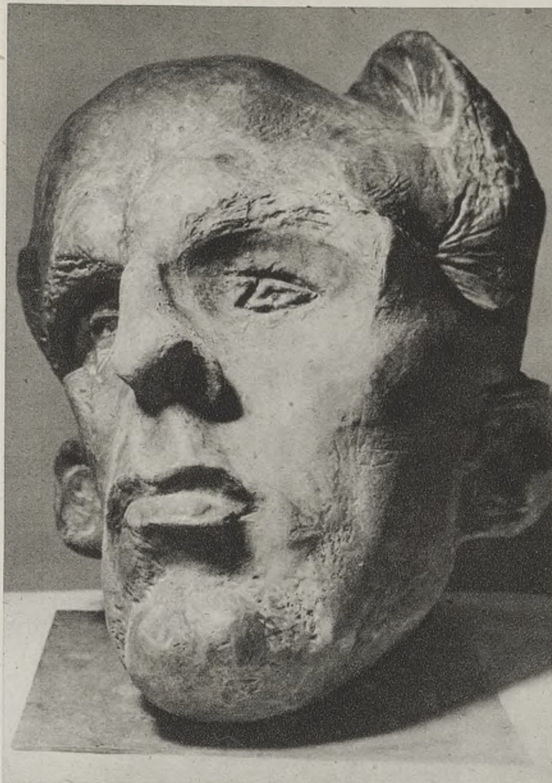
O UN CONCEPTO TOTAL DE LA ESCULTURA

Por JOSE MARIA MORENO GALVAN

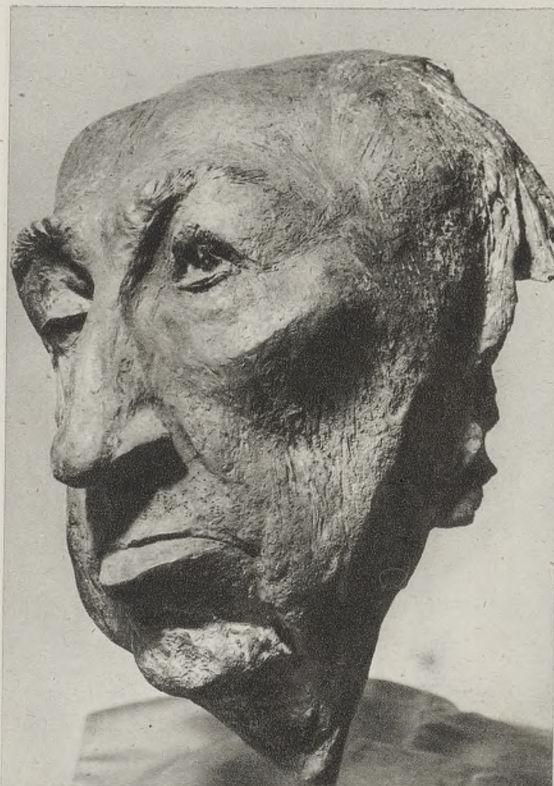
Una tarde, en el austral Montevideo—rincón de las Américas en donde, por no se sabe qué misterioso determinismo, deambula con más frecuencia el vientecillo ático—, don Eugenio d'Ors, acaso asistido por el numen superviviente de Próspero, escribió sobre el cuaderno de un artista estas sencillas palabras: «Gloria al escultor que sabe encontrar en el cuerpo mortal el cuerpo glorioso.»

Era el taller de Pablo Serrano. Y en torno al maestro, las huellas de una labor de muchos años inundaban el ambiente con el desorden que preside siempre los lugares laboriosos, con ese orden que al desorden le presta la tarea de una superación en ciclos regulares. Arrinconadas, las obras de un primer período de entrega naturalista; en un segundo término, las obras en las que ya se intuye la gloria clásica, pero en las que aun se delata un leve retorno a lo cotidiano; en primer término, en el término de la última hornada, los momentos convertidos en *(Pasa a la pág. 63.)*

FOTOS COLOR: BASABE. NEGRO: BALMES



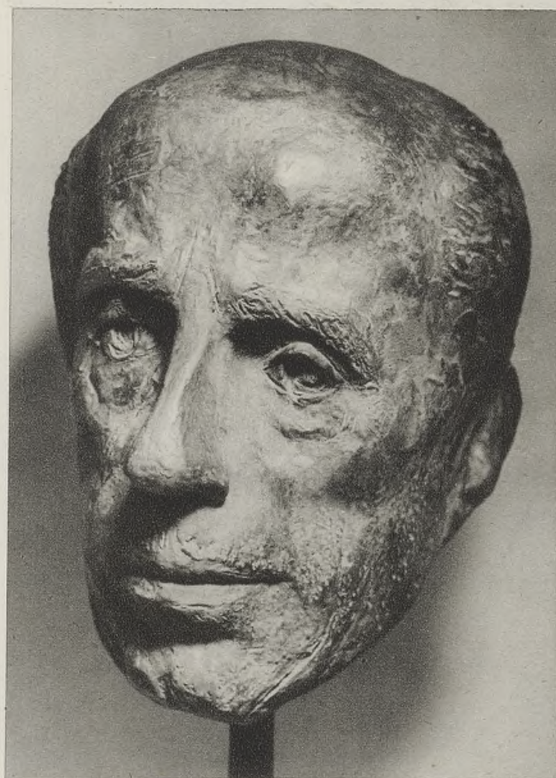
HECTOR POLANIA



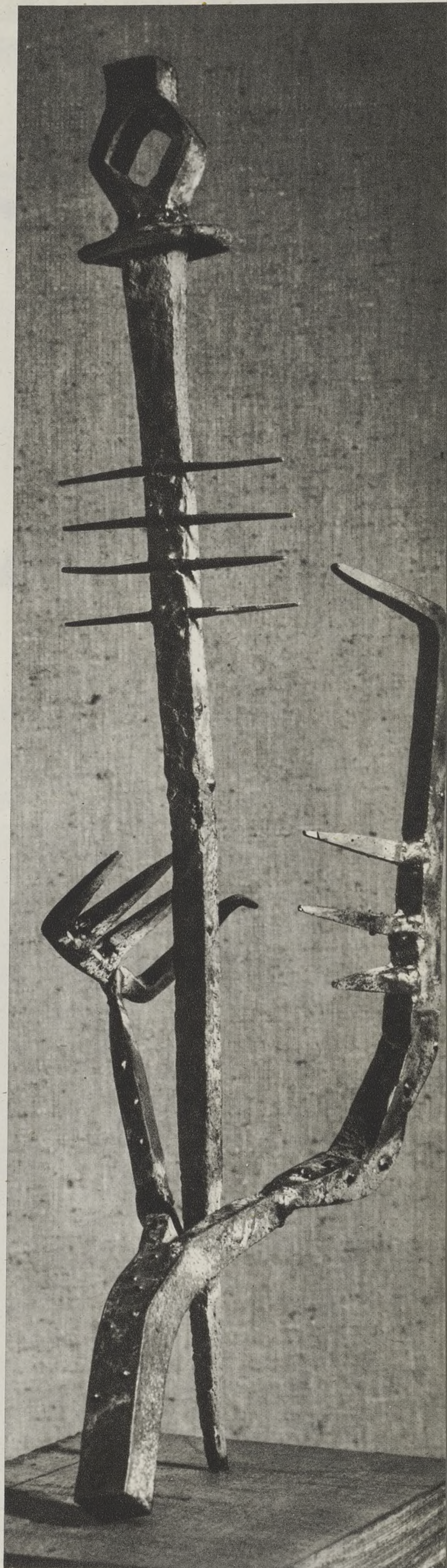
JOSE CAMON AZNAR



JULIANA ARIOLI DE CALVO SOTELO



PABLO MARTINEZ ALMEIDA



EL TROVADOR



LOS OJOS QUE NOS MIRAN

EXPOSICION DE UN CENTENARIO DE EXPOSICIONES

La creación de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, por real decreto de Isabel II de 28 de diciembre de 1853 y reglamento de 1 de mayo de 1854, constituye uno de los acontecimientos más fructíferos e importantes para la historia artística española durante los cien años cumplidos en este de 1956 de la primera de aquéllas, inaugurada por la reina en 20 de mayo de 1856.

Para conmemorar tan significativo suceso, la Dirección General de Bellas Artes presenta en los palacios del Retiro madrileño una exposición antológica de artistas fallecidos, que anhela ser expresiva de la ingente tarea desarrollada por las generaciones que tuvieron mejor ocasión de trascender al ámbito nacional, gracias a los certámenes bienales organizados por el Estado.

Propiamente, tal conjunto antológico abarca casi íntegro el siglo XIX, pues en 1856, al abrirse la I Exposición de Bellas Artes, contribuyeron al más brillante éxito de la feliz iniciativa estatal los artistas que, en la plenitud de su madurez, constituían la representación aun actuante de los estilos y corrientes de los cincuenta primeros años de la pasada centuria.

Así, desde el romanticismo a las corrientes modernistas y postimpresionistas comprende la selección hecha para celebrar el primer centenario de las Exposiciones Nacionales. Y tan memorable suceso será motivo de que se pueda llevar a cabo la obligada y necesaria recapitulación de un tiempo fecundo y pleno de autenticidad.

Los ricos y varios movimientos artísticos con esta ocasión representados, serán muestra de cómo una vez más los hombres de España vertieron con elocuente entusiasmo su mensaje de emoción y belleza, con el ímpetu de quienes a toda hora amaron la vida y su gozosa aparición revelada por la forma, la luz y el color en el continuo milagro del Arte.

IDO 1956, se cierra el siglo artístico que inició la I Exposición Nacional de Bellas Artes en 1856. Hasta entonces, desde el resplandor de Goya abriéndole nuevos caminos al arte universal, el español de casa parece agrisarse en la orfandad del genio aragonés. Pero la universalidad de Altamira, hasta la de Velázquez, el Greco, Zurbarán o Goya, a lo largo del arte español, revela precisamente que la cantera está en el genio nacional. Después de Goya, lo español posterior, hasta Picasso, semeja desvaírse.

Sin embargo, esta antología secular del Retiro demuestra que la antorcha *(Pasa a la pág. 63.)*

FOTOGRAFIAS: BERNARDO

CASADO DEL ALISAL (1832-1886). Isabel II, con corona, pectoral y juego de esmeraldas. Majestuosa y chatilla, mira con una rara serenidad. El cuadro del pintor palentino está en el Palacio Real.

MANOLO MARTINEZ HUGUE (1872-1945), barcelonés. Torero en grandes planos estilizados y en síntesis que exalta el gesto dominador del diestro. En el Museo de Arte Moderno de Barcelona.





JOAQUIN ESPALTER (1809-1880), barcelonés. Y esposo de esta bella dama que nos mira desde la tela en que la inmortalizó el artista en 1852. Propiedad del Museo de Arte Moderno de Barcelona.

JOSE GUTIERREZ SOLANA (1886-1945), madrileño. «El pelele» está en el aire, manteado por las máscaras, mientras los aldeanos componen la mascarada humana. Es propiedad de don José Francés.





ISIDRO NONELL (1873-1911). En el Museo de Arte Moderno de Barcelona, cuna del pintor, se encuentra «La Trini», esta aceitunada gitana de perfil vigoroso. El cuadro data del año 1907.





LUIS ALVAREZ (1841-1901), asturiano (izqda.); **FRANCISCO PRADILLA** (1842-1921), zaragozano (arriba), y **EDUARDO ROSALES** (1836-1873), madrileño (abajo), pintaron a Isabel la Católica.



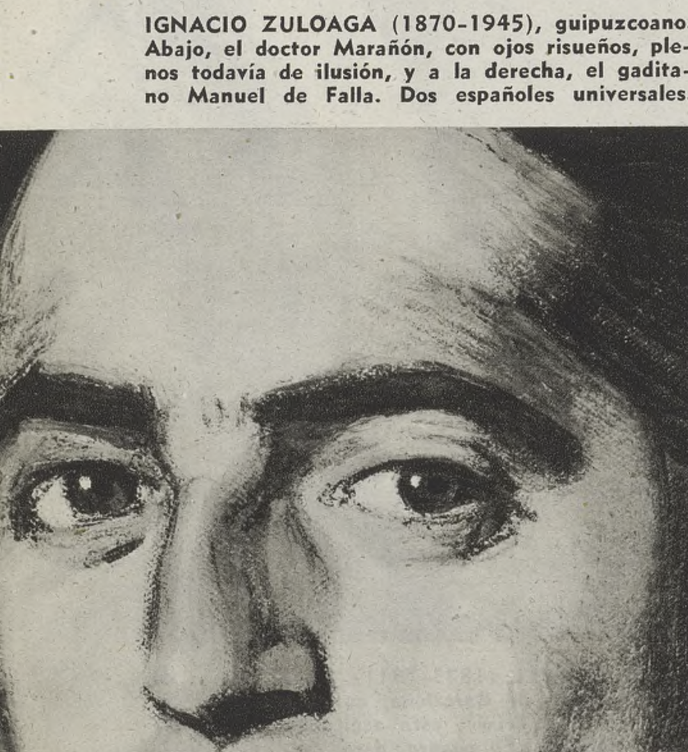


JOAQUIN SOROLLA (1863-1923), valenciano. «El borracho». Vidriado, sudoroso, se esfuerza por vernos con claridad desde el cuadro que en 1910 compuso el gran pintor español. Otra obra maestra.



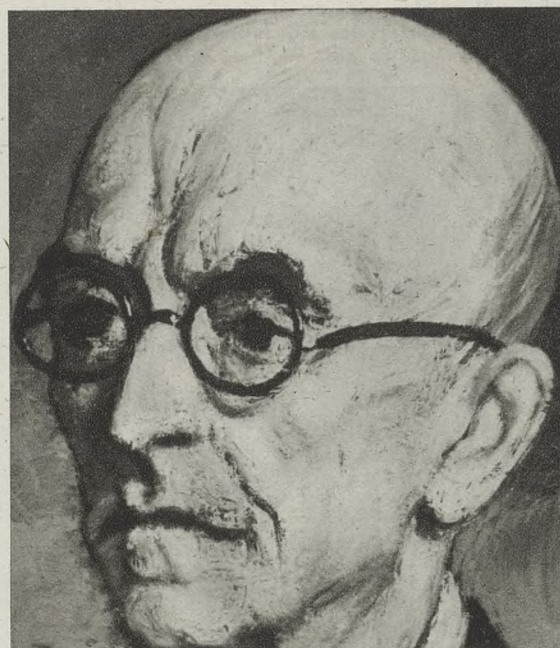
JOSE MONGRELL (1874-1934), valenciano. Pepito duerme. He aquí un niño sin más gloria conocida que la propia heredada del gran pintor levantino, autor de sus días y del expresivo cuadro.

IGNACIO ZULOAGA (1870-1945), guipuzcoano. Abajo, el doctor Marañón, con ojos risueños, plenos todavía de ilusión, y a la derecha, el gaditano Manuel de Falla. Dos españoles universales.

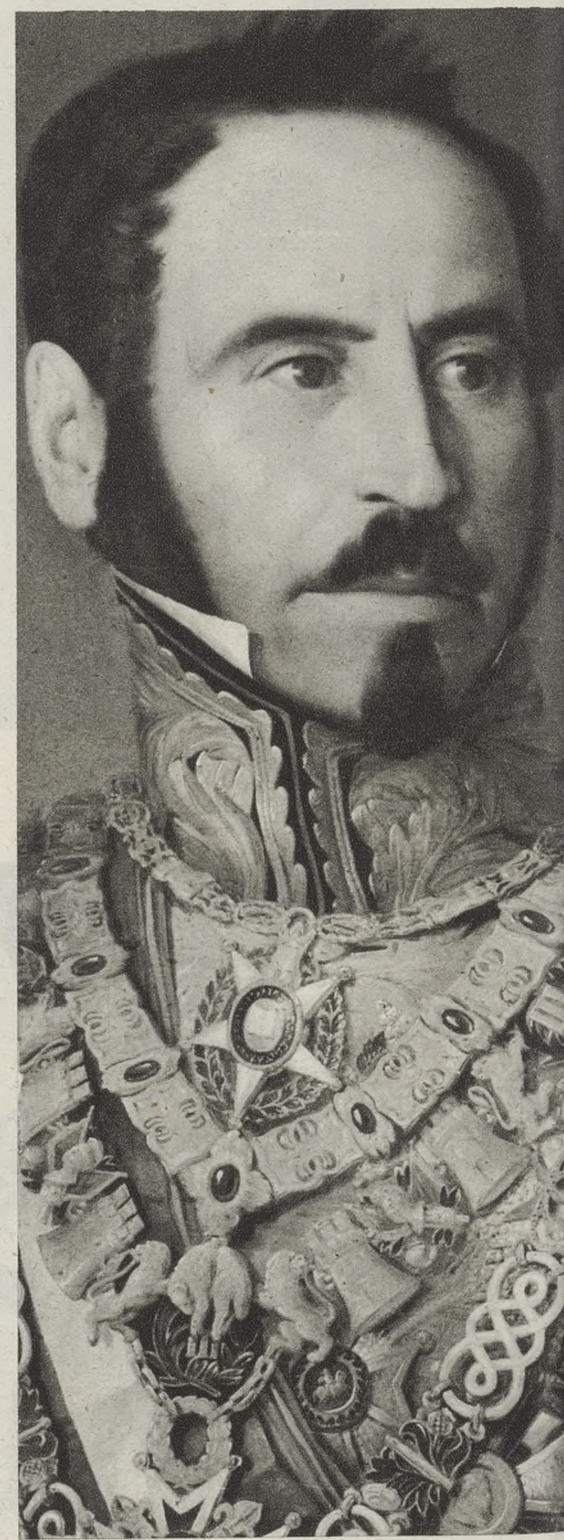




MARIANO BENLLIURE (1862-1947), valenciano. La famosa belleza de Cleo de Merode, ídolo del que tanto se habló y escribió, se esconde con pudor de nuestra mirada curiosa y exigente de 1957.



ANTONIO MARIA DE ESQUIVEL (1806-1857), sevillano. Este es el general Espartero, príncipe de Vergara, que se dejó retratar en el año 1842 con la piel de cordero del vellocino de oro del Toisón.

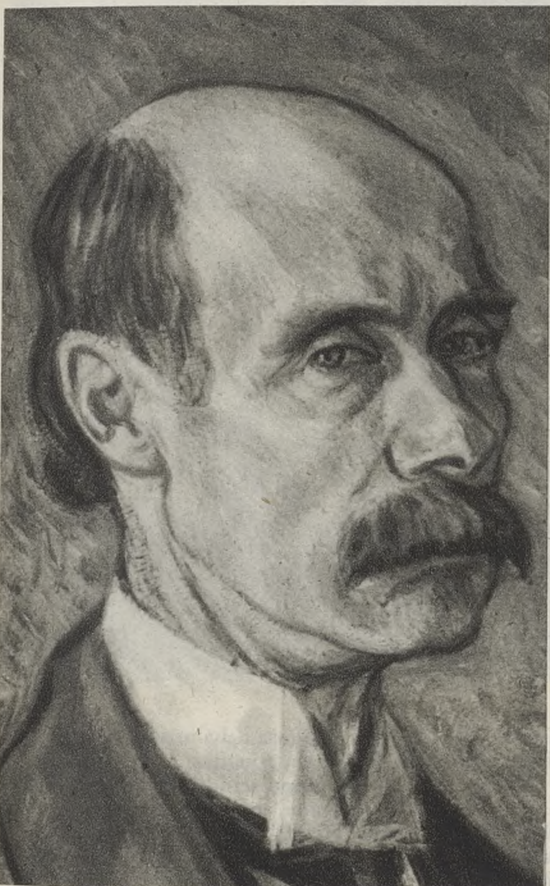




JUAN DE ECHEVARRIA (1872-1931), bilbaíno. José María de Salaverría (abajo), el gran escritor vasco y españolísimo, nos mira a través de la bella obra maestra realizada por su famoso paisano.

ANTONIO GISBERT (1835-1902), alicantino. Juan Padilla (arriba), el líder del pueblo castellano, va a ser degollado. Así lo interpretó el artista en «Los comuneros de Castilla», el popular cuadro.





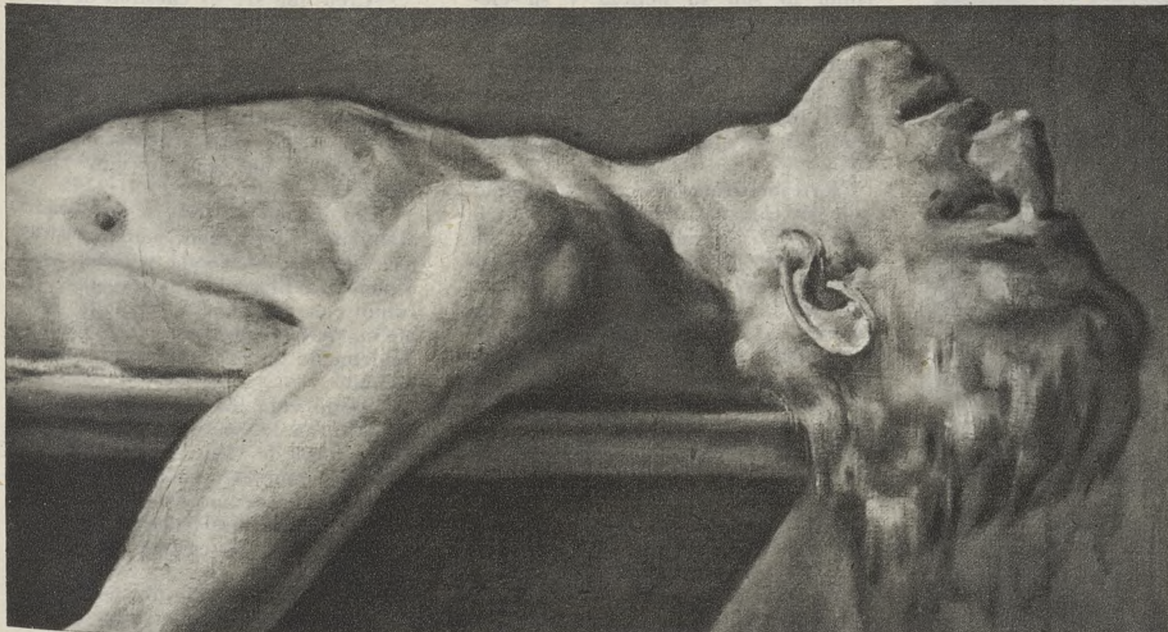


PABLO GARGALLO (1881-1934), zaragozano. Con esta mueca irónica, o escéptica, a tono con la personalidad del genio, el andaluz Pablo Picasso fué captado en la piedra por otro Pablo español.

JOSE MORENO CARBONERO (1860-1942), malagueño. En sitial gótico de alto respaldo tallado, un desdichado personaje de la historia de España: el príncipe de Viana, absorto, meditabundo o ido.

MANUEL DOMINGUEZ (1840-1906), madrileño. El gran andaluz, escritor y filósofo estoico, Lucio Anneo Séneca, se ha cortado las venas acatando una orden de su discípulo el emperador Nerón.

JULIO ROMERO DE TORRES (1880-1930), cordobés. El cuadro completo lo componen una joven desnuda, de espaldas, y cuatro viejas. «El pecado» expresa el erotismo literario de una época.





LA CONDESA DE QUINTANILLA

Nueva York declara su elegancia y ella niega la justicia del fallo



Hemos visitado a la condesa de Quintanilla en una clínica de Madrid. No es que la condesa esté enferma, pero está al lado del quirófano porque uno de sus hijos va a ser operado de amígdalas. La salud de la condesa es perfecta, como lo son su belleza y su elegancia.

La condesa fué norteamericana. Hace años que es española. Y sus tres hijos, madrileños. El mayor, de siete años, es el que ahora ha entrado en el quirófano para ser operado.

Norteamericana de origen, reconocida su elegancia ahora ante un tribunal de designios mundiales, ha descollado siempre entre la elegancia europea y española. Y es natural que su opinión sobre el tema interese a las demás mujeres, sean elegantes o aspiren a serlo. Quizá no sea momento éste, en que la preocupación por el hijo enfermo hace que la condesa atraviese por un natural estado de nervios; sin embargo, inicia la conversación tal como ella es: serena, atenta, afable.

—Mi concepto de la elegancia es sólo sencillez y buen gusto.

—¿Es indispensable para ser elegante poseer una figura tan perfecta como la suya?

La condesa, halagada, sonríe y niega, para añadir:

—Lo imprescindible quizá resulte ser delgada, pero se puede ser elegante siendo bajita y fea.

—Una mujer sin elegancia innata, ¿puede llegar a tenerla?

—Creo que sí; es cuestión de preocuparse de ella.

—¿Hay que seguir la moda con absoluta fidelidad?

—Desde luego, pero adaptándola a cada personalidad.

—Esa línea que usted conserva, ¿se debe a un régimen muy riguroso?

—No. Como de todo y de manera abundante. Desayuno, norteamericano. Comida, merienda y cena, a la española... El cocido me encanta. Lo como con frecuencia. Si todo esto no me hace demasiado efecto, indudablemente se lo debo a mi constitución.

—¿Qué vida hace, condesa?

—Alterno la ciudad con el campo. En la finca de Cáceres me dedico a cazar y a montar a caballo. Nado en el verano y tres horas del día las dedico a tareas intelectuales. Preparo un libro, que se editará en Norteamérica.

Hemos acusado nuestro temor sobre unas cifras elevadas para vestir,

Hace veinticuatro horas que los tres hijos de los condes de Quintanilla fueron —los tres a una—operados de amígdalas. Y ya juegan tan contentos con mamá.

pero ella condena como perjudicial la parte de lo superfluo. Las mujeres que tienen un ropero excesivo hay veces que quieren ponérselo todo. Eligen mal o se recargan. Creo que se debe comprar lo mínimo después de elegir y pensarlo muy bien.

—¿Dedica usted mucho tiempo diario a su tocado?

—No; me aburre y me irrita. Estoy en el tocador lo menos posible, no más de diez minutos. Al día, una media hora. Y cada temporada, unos odiosos momentos sacrificada para elegir con los modistos un mínimo de vestidos.

—¿Influye su marido en la elección?

—Cuando él me indica que le agrada algo, lo uso. Si le consulto y él contesta negativamente, acepto su opinión.

—¿Qué influye más en su elegancia: su naturaleza americana o su actual nacionalidad española?

Pero la pregunta queda cortada por el paso de una camilla que se cruza con otra camino del quirófano. No es uno. Son dos los hijos de la condesa que se van a extirpar las amígdalas. La madre se ha acercado con unas oportunas palabras de consuelo. Sigue con la misma naturalidad contestando a nuestras preguntas.

—La elegancia que hayan podido ver en mí es española. La mujer americana es detonante, lo que está reñido con la elegancia. El pequeño grupo distinguido que existe en Nueva York es de personas que han viajado y conocen mucho; de modo que su elegancia es internacional.

—¿Cómo ve la moda española en relación con la de otros países?

—De la moda española me gusta la sobriedad; es antidetonante. De la francesa, el corte. De la americana, lo deportivo; en esto no tiene rival.

—¿Cree que tiene mucha importancia el modisto?

—Muchísima; sin ellos no podríamos seguir los dictados de la moda.

—¿A cuáles prefiere?

—A los españoles, en primer lugar. Me sirvo de Pedro Rodríguez, del venezolano Miguel Dorian, de Marbel y de *(Pasa a la pág. 64.)*

FOTOGRAFIAS: BASABE



LA PRIMERA COLECCION PRIMAVERA-VERANO 1957 EN MADRID

UNA AUDACIA DE PEDRO RODRIGUEZ

Por PILAR DE ABIA





¿Es el tiempo el que pasa de prisa, o somos nosotros los que le empujamos? ¿En qué cabeza humana podría caber que el 19 de enero, a dos grados bajo cero según el Observatorio, y las calles con salpicaduras de nieve, para más señas, hiciese su entrada triunfal la primavera? No se asusten los lectores; no estoy delirando. Lo que digo es verdad, y ahora se lo aclararé.

Sobre el espejo de mi tocador ha estado varios días la tarjeta invitación del modisto Pedro Rodríguez al pase de su colección primavera-verano. Cuando veía la nieve caer y me miraba al espejo, tropezaban mis ojos con la tarjeta, y, no podía remediarlo, su contenido actuaba sobre mi organismo como una estufa de dos mil vatios. Esto fué lo que debió de animar a la nutridísima y selecta concurrencia que llenaba los grandes salones azul-gris de Pedro Rodríguez, adornados con un exquisito gusto por una experta mano de florista, que consiguió darles el ambiente primaveral que el acto requería. Y la primavera, señores, desfiló ante nosotros. Las diez señoritas maniquíes de Pedro, a quienes vimos llegar muy envueltas en pieles, con sus «verdugos» y bufandas por la cabeza, en el breve intervalo de media hora transformaron su rostro invernal, un tanto encogido por el frío, por uno tan radiante y primaveral, al aparecer en los salones, que obligó a las señoras más frioleras a desprenderse de los abrigos. ¿No se le puede llamar a esto empujar al tiempo? Yo creo que sí; pero como no es éste el momento de dedicarnos a filosofar, y sí el de darles un avance de lo que ha sido esta colección

Comienza a desfilar la primavera, vestida con un traje de noche en raso blanco bordado en brillantes. La faja que lleva es de glacé color malva.



Una selecta expectación colmó los grandes salones azul-gris de Pedro Rodríguez para recibir a la primavera. Mientras, en el exterior, caía la nieve...



Traje de cock-tail en glacé blanco bordado en tul y brillantes. En la fotografía, la estrella española Elisa Montés y el productor Cesáreo González.

primavera-verano 1957, primera que se presenta desde hace algunos años en Europa, comenzaremos por decir a ustedes lo que más me chocó de su conjunto.

Este más ha sido el color. Un color digno de ponerse con mayúsculas, brillante, vivo, alegre, algo que nos sorprendió al principio, pero a lo que se fueron acostumbrando nuestros ojos con gran regocijo, pensando en que, si las señoras aceptan esta innovación lanzada por el gran creador español que es Pedro Rodríguez, no tendrá ocasión de repetirse la anécdota que cuentan de un diplomático extranjero, el que, a una pregunta que le hicieron sobre qué era lo que más le había impresionado en la mujer española, dijo: «Pues, aparte de su belleza, de la que ya tenía noticias, el verlas en todas las fiestas vestidas de negro.»

También habrá de cambiar la pregunta que antes hacíamos a las amigas que habían asistido a un *cock-tail* o recepción elegante: «¿Qué tal iba fulanita?», por esta otra: «¿De qué color vestía fulanita?»

Ya era hora de que alguien se atreviera a imponer la novedad del colorido en una colección. Podrá no ser comercial, como opinaban algunas señoras, pero nadie podía discutir que aquello que estábamos viendo era la imaginación de un gran creador plasmada en un fantástico arco iris de modelos.

Ningún color ha sido despreciado por Pedro Rodríguez, pero sus simpatías se han visto inclinadas hacia el verde esmeralda y los malva amatista, de los que a veces ha hecho una acertada combinación.

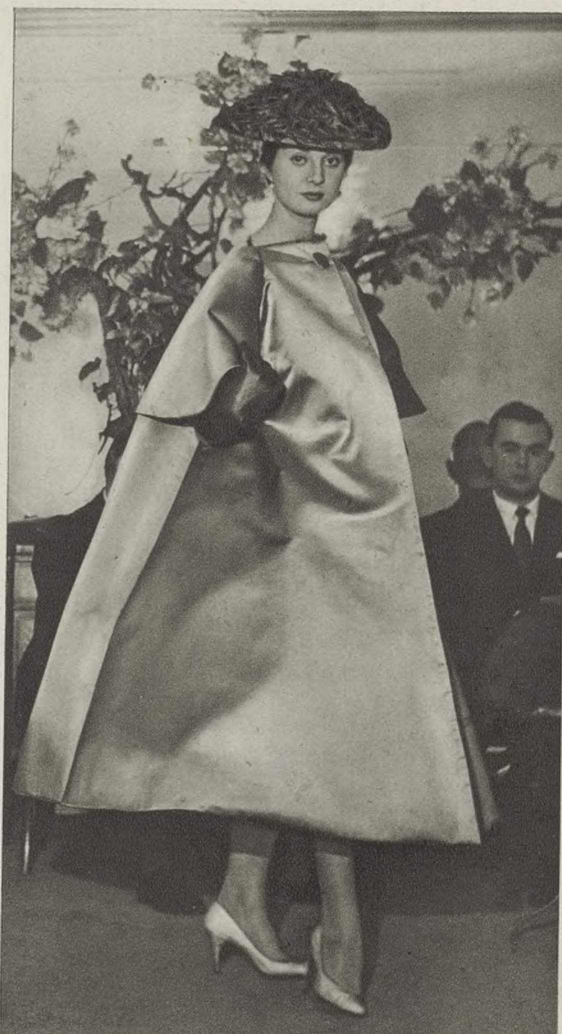
En cuanto a las hechuras, un conjunto de trajes sastre, con chaqueta floja, corta y de cuello desbocado, en cuadros pequeños «príncipe de Gales» y de color unido.

Abrigos de lanas esponjosas en tonos claros, confundiéndose algunos con capas por tener la graciosa característica de haberles suprimido las mangas.

Chaquetones cortos de color vivo, con la misma característica de los abrigos en cuanto al confusionismo con la capa se refiere.

Trajes camiseros sencillos, *(Pasa a la pág. 65.)*

FOTOGRAFIAS: AUMENTE



Abrigo de noche en raso color turquesa. La valentía de los colores lanzados por el modisto Pedro Rodríguez ha sido nota destacada de su colección.



No es cosa de ponerse a discutir la elegancia y la decidida personalidad—que eso es elegancia—de este traje de cock-tail realizado en glacé beige.





«Saba» se llaman estos interesantes zapatos de noche. Son de plástico transparente, con un gran lazo de terciopelo negro adornado con brillantes.

Modelo apropiado para boda, en cuero de becerro blanco decorado con diamantes. Su creador le dió un nombre entre poético y meteorológico: «Halo».

PRIMAVERA EN LOS ZAPATOS

DICE el decir que «la primavera la sangre altera». La sangre, la savia, la vida, la moda... ¿Por qué no, en este mundo tan cambiante y azaroso? El modo—que esto es moda—de calzar las mujeres, también cambia, aunque sigan pisando con la misma gracia y delicada firmeza de siempre. Y este distinto modo de calzar para la primavera (que, sin duda, se acicala, impaciente, sonriéndonos ya al otro lado de estos fríos triunfantes hoy sobre la geografía española) se apresuran a anunciárnoslo las grandes casas, las famosas firmas europeas, con estos cuatro modelos, que nosotros difundimos también para los plácidos otoños de Hispanoamérica, tan primaverales...

FOTOGRAFIAS: TORREMOCHA



«Estambul»—la cosa no es para menos—se titula este modelo de zapatos en forma de babuchas, primorosamente enjoyados y adornados con arabescos. ¿Es o no caprichosa la moda femenina?...

Esto sí que es nuevo. Y sorprendente. El modelo se llama «Joya» y fué expuesto en Londres. Se trata de unos zapatos de ante negro adornados con una pulsera de pedrería. ¿Bonitos? Ustedes dirán.



LA CIUDAD QUE MAS CRECE EN EL MUNDO

Los más altos edificios de São Paulo. A la izquierda, el Banco do Brasil; a la derecha, el edificio Martinelli. Al fondo destaca el Banco do Estado de São Paulo.

SÃO PAULO



La moderna São Paulo tiene también, como Madrid, su calle de Alcalá en la maravillosa avenida Ipiranga.

Este es el Viaducto do Chá, que une la parte antigua—fin de la rua Direita—con el comienzo de la parte nueva.

La zona industrial paulista: barrios de la Mooca, Belém, Belénzinho, Penha...





SÃO Paulo, comúnmente, sirve de ejemplo para mostrar el progreso. Así, no nos debe extrañar que esta muy digna y noble ciudad de Piratininga de los indios sea designada con nombres que, si no fuera por las estadísticas, no pasarían de ser meras posibilidades al servicio de un fin turístico. Mas, realmente, São Paulo bien puede llamarse "La ciudad que más crece en el mundo", o "El mayor centro industrial de América del Sur".

Cuando el padre jesuíta español Anchieta y el portugués Nóbrega lanzaron la semilla del coloso municipio de São Paulo, mal sospechaban que aquellos parajes salvajes, donde los llevaron su fe y su amor a los indios, se transformarían en tierras fértiles, donde los hombres construyeran el ejemplo de la vitalidad ibérica ultramarina.

En 1872—vale la pena de recordar que São Paulo fué fundada en enero de 1554—sólo vivían sobre las pequeñas colinas paulistas 31.385 personas, suma que ni por mucho podía predecir el vertiginoso crecimiento de la



Si dijimos que São Paulo tiene «su» calle de Alcalá, no nos olvidaremos de su Gran Vía: la avenida de São João.

hoy cuarticentenaria ciudad. En cuestión de dieciocho años se multiplicó su número, debido especialmente a la corriente emigratoria europea, encabezada por portugueses, italianos y españoles. Al comienzo del siglo XX, São Paulo tenía 239.567 habitantes, frente a los 691.765 de Río de Janeiro, que ganaba entonces al resto de las capitales brasileñas en población. En 1920, Río de Janeiro creció vertiginosamente, pasando a contar con más de un millón de ciudadanos, conformándose São Paulo con sólo medio millón. Desde 1940 comienza la lucha por la preponderancia entre las dos grandes metrópolis. Río de Janeiro, que contaba en 1940 con 1.781.765 habitantes, salta en 1950 a 2.456.856, al paso que São Paulo consigue alcanzar, en 1940, 1.318.892, y en 1950, 2.234.567. Desde ese año toma el primer lugar. Según los últimos datos estadísticos extraoficiales, en el año que terminó contaba con 3.217.462 habitantes...

¿POR QUE SÃO PAULO ES LA QUE MAS CRECE?

São Paulo crece en todos los sentidos. Esa es la cuestión. São Paulo se sirve de innú- (Pasa a la pág. 64.)

La belleza de São Paulo de noche queda bien representada aquí por esta deslumbrante rua Barao, de Itapetininga.



LA ARQUITECTURA, AL SERVICIO DE LA

Ibiza, Cataluña y la costa entera del Mediterráneo español inspiran a los arquitectos de escuela más avanzada en los conceptos que presiden las nuevas construcciones residenciales de la Costa del Sol.

En la costa malagueña el clima suave brinda el constante deseo de convivir con la naturaleza. He aquí una original piscina, situada casi a la orilla del mar, que adopta la forma de una embarcación.



POR LUIS G. DE CANDAMO

LAS cualidades esenciales que resaltan el interés de la costa mediterránea española emanan de la posibilidad de disfrute que todos los elementos naturales nos ofrecen allí. Un Mediterráneo especialmente sugestivo, una vegetación subtropical exuberante y un clima siempre benigno determinan las condiciones más favorables para convivir con la naturaleza. Por eso la costa mediterránea de la Península Ibérica ha experimentado en los últimos años un gran auge turístico y constructivo. A las ya tradicionalmente escogidas calas y playas de la Costa Brava y de Garraf, en la civilizada y magnífica Cataluña, ha venido a añadirse en la sugestión turística la que se denomina con el bello apelativo de «Costa del Sol», que comprende el litoral andaluz desde Almería hasta Málaga. El sector granadino de esta costa posee una serie de asombrosas circunstancias, imposibles de reunir en cualquier otra parte del mundo. Paisaje, evocaciones históricas, buen comer, clima templado, monumentos artísticos, proximidad de la alta montaña—con nieves perpetuas—, jardines de tradición morisca y pesca submarina abundantísima, se ofrecen en un haz, al alcance de la mano, en este asom-

broso paraje. La naturaleza parece aquí dispuesta a complacer al espíritu más variable y *dilettante*, puesto que en el espacio de escasos kilómetros se puede pasar de contemplar la vegetación alpina a un paisaje antillano de plantaciones de caña y tabaco. ¿En qué otro lugar del mundo resulta posible arrancar una *edelweiss* por la mañana y el fruto de un nogal o una platanera por la tarde?

Este asombroso territorio es el ideal para unas vacaciones rápidas y variadas sin tener que realizar grandes desplazamientos. Al llegar a la vega de Motril el viajero experimenta el primer contraste al verse sumido en un paisaje que podría situarse en Cuba o Puerto Rico. Entre los diversos cultivos predominan en efectismo las plantaciones de caña. El tipo racial de los habitantes cambia notablemente en comparación con el de Granada y la misma lengua adquiere un acento gutural, verdaderamente africano, que resulta extraño para los de la capital. Se cuenta la anécdota de unos granadinos que se lamentaban de haber sufrido una avería en su coche cerca de Motril: «Fijaos bien—decían—, nos quedamos parados en medio de la carretera... ¡y sin conocer el idioma!»

Desde Motril, pequeña metrópoli pesquera, agrícola e industrial, la carretera adquiere un atractivo extraordinario al sucederse la ruta entre plantaciones de caña con vistas al mar. Pronto se alcanza el pueblo de Salobreña, en cuyo castillo, dominante sobre las aguas del Estrecho y avizor de la costa africana, residió el penúltimo rey de Granada, Muley Hacén, con su esposa, Zoraya, cuando fué destronado por su hijo Boabdil. Quince kilómetros después se llega a Almuñécar, la antigua Sexi, una de las primeras factorías establecidas por los fenicios en España, que fué utilizada como escala para la navegación a Gades, según el periplo de Massalio. Aquí se hicieron en los tiempos

COSTA DEL SOL

hispanorromanos las famosas salsas que ilustraban la mesa de los patricios, y en su playa se produjo un desembarco que determinó el cambio total de los destinos del Islam. Me refiero a la llegada a España del príncipe omeya Abd al-Rahman, que, huyendo, de la persecución desencadenada contra su familia en Arabia, desembarcó en Almuñécar y fijó su primera residencia en Loja y luego en el castillo de Torrox, derrotando, tras diversas vicisitudes, al gobernador de Al-Andalus y proclamándose emir independiente, en la Mezquita de Córdoba, el 15 de mayo del año 756.

Domina Almuñécar un histórico castillo y rodean su caserío fincas que, apoyándose en las estribaciones de la sierra, descienden hasta el mar. En sus paratas se cultivan, entre las plantas de flor, nísperos, chirimoyos y plataneros, adquiriendo los cultivos utilitarios un máximo valor ornamental.

En Almuñécar la arquitectura mediterránea ha alcanzado en los últimos años una ejemplar versión moderna gracias a los edificios residenciales construídos por el arquitecto Francisco Prieto Moreno, uno de los más profundos conocedores de la proyección arquitectónica ultramoderna que las culturas antiguas nos sugieren en esta zona meridional de España. Prieto Moreno, que es el director general de Arquitectura de Es-

Distintas terrazas, espacios compartimentados y siempre dirigidos a la contemplación del paisaje, que está constituído por el mar y los arrecifes del Estrecho. En días claros se ve la costa africana.

La arquitectura dominante de las residencias de recreo en la Costa del Sol española responde a las características clásicas de las construcciones del Mediterráneo. Predominan los volúmenes cúbicos.





La arquitectura mediterránea esquiva siempre la posibilidad de distraer la noble belleza de los elementos naturales. Por eso sus volúmenes adquieren la máxima simplicidad a través de fórmulas nuevas.

Este género de arquitectura, de extraordinaria pureza moderna, por su simple juego de volúmenes y superficies encaladas, expresa la congruencia de la nueva estética con la tradición mediterránea.



Insistiendo en juego de volúmenes simples, pero de extraordinario movimiento, el recuerdo de los precedentes árabes se hace patente en esta recentísima arquitectura alzada en la Costa del Sol.



paña y el conservador de la Alhambra de Granada, ha estudiado la fórmula de esas construcciones clásicas del Mediterráneo y ha observado su coincidencia con las tendencias vigentes en nuestros días.

En efecto, la arquitectura árabe granadina puede servir de lección en el empleo del paisaje y la naturaleza como elementos de convivencia con la casa. Estructuras ligeras, espacios íntimos que atraen los panoramas hasta su recóndita intimidad, vegetación en simbiosis con lo constructivo, exquisita simplicidad de volúmenes, son las premisas de esta ultramoderna arquitectura española, arraigada en las tradiciones, y que Prieto Moreno nos demuestra en Almuñécar, tanto en los pequeños edificios de residencia particular, que se descuelgan por los desniveles del terreno sobre el mar, como en el hotel Sexi, establecido en forma de rotonda, con una galería de columnas ante el paisaje marítimo.

A partir de Almuñécar, la carretera se convierte en una cornisa, desde la que cada punto de vista supera en belleza al anterior. Así se llega a Nerja, dominada también por las ruinas de su alcázar, y, a través de pintorescos paisajes y pueblos, hasta El Palo, donde puede decirse que empieza Málaga, con el bellísimo barrio de La Caleta. Más allá, Torremolinos, Marbella, Estepona..., con hoteles ultramodernos y zonas residenciales que permiten valorar del modo más confortable las bellezas de esta costa.

L. G. de C.









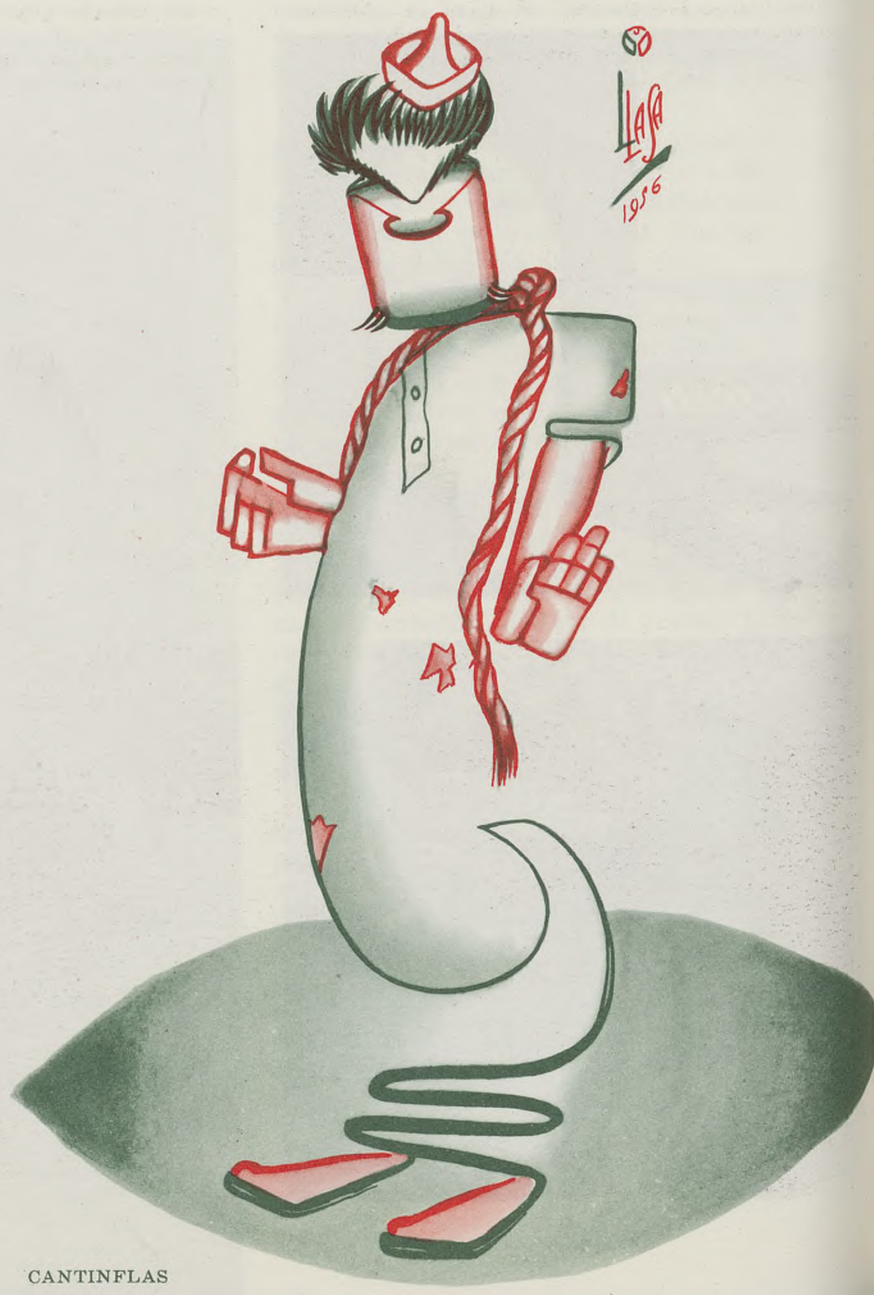
BENAVENTE



DI STEFANO



CHAMACO



CANTINFLAS

EL ARTE MAS DIFICIL

ESTIRPE HISPANICA DE LA CARICATURA PERSONAL

POR JOSÉ M.ª GARCÍA BARÓ

Se ha dicho de la caricatura personal que es un arte tan sutil y preciso, tan agudo y profundo, que, a su lado, cualquiera de las demás artes se empequeñece, y que el arte mismo del retrato, como la literatura, se confiesa avergonzado de sus artificios retóricos.

Se han dicho muchas cosas de la caricatura personal a través del tiempo. Cosas profundas, agudas, sutiles y precisas. Y siempre, natural e irremediablemente, por el retórico camino de la literatura. De la que no puede escapar la más pura crítica artística.

Pero, ahora hace tres años, se reunieron algunos de los entusiastas cultores de este arte en España y decidieron «decir» de veras la suprema verdad de la caricatura personal. ¿Y cómo, sin retórica, sin literatura?

Sencillamente, con sus lápices, con sus pinceles, con su entusiasmo y enamoramiento por este arte singular, tradicionalmente difícil e incomprendido.

Porque apenas si echaron mano de la literatura para alzar como un banderín su breve y curioso manifiesto. Y en seguida a plantar exposiciones: dos en Madrid, en Barcelona, en Santander, dos en Tenerife... Para continuar exponiendo en otras muchas ciudades españolas antes de lanzarse al exterior a tratar de imponer en el mundo la verdadera caricatura personal de estirpe hispánica.

Aquel breve escrito alzado, como un limpio toque de clarín que convoca, lo suscribía un selecto grupo de caricaturistas españoles: Angel Chávarri, Carlos Flores, Jacinto Gil, Luis Lasa, José M.ª de Martín, Luis Marquerie, Francisco Martínez y Javier Sacristán. Y bien pronto acudieron nuevas firmas a la llamada.

A nadie se le escapará la presencia en este grupo del ilustre maestro de caricaturistas el filipino y españolísimo Luis Lasa. Pero que nadie diga que él capitanea el equipo. Aunque sea moralmente cierto, Luis Lasa sólo quiere ser uno más en la esperanzada y ambiciosa agrupación. El no impondrá nunca su criterio, sino que dejará hacer, estimulará o aconsejará muy últimamente si alguien le pide parecer.

Todos ellos aspiran no a hacer caricaturas a la medida del público, sino a algo mucho más ambicioso y constructivo: a crear un público para sus caricaturas. Y esto es así porque se saben poseedores de la verdad artística de la caricatura. De su importancia. De su trascendencia.

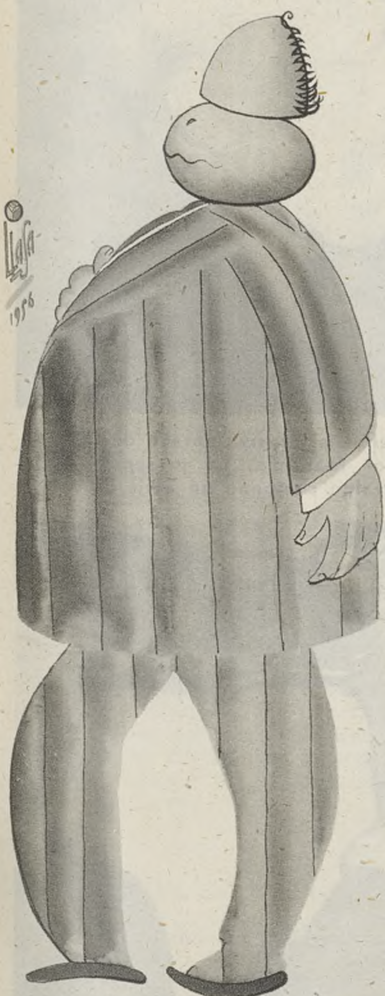
Dijeron entonces valientemente: «Renovamos nuestra convicción de que la caricatura personal pura es un arte viril al que no debieran tener acceso desaprensivos ni plagiarios con sus falsías y trucos. Estamos hartos de que se consideren como prototipo de caricaturas tantos repugnantes engendros, que no pasan de ser malos dibujos con pretensiones, carentes de toda visión humorística y presentados tan rutinaria y amaneradamente como hace siglos.»

Y tras este grito revolucionario se aprestaron a predicar con el ejemplo. A luchar airosamente por que España, que ha ido siempre a la vanguardia de la caricatura, no pierda su rango y proyecte sobre el mundo la luz orientadora de la belleza y trascendencia auténticas de la caricatura personal, todavía hoy no suficientemente comprendida.

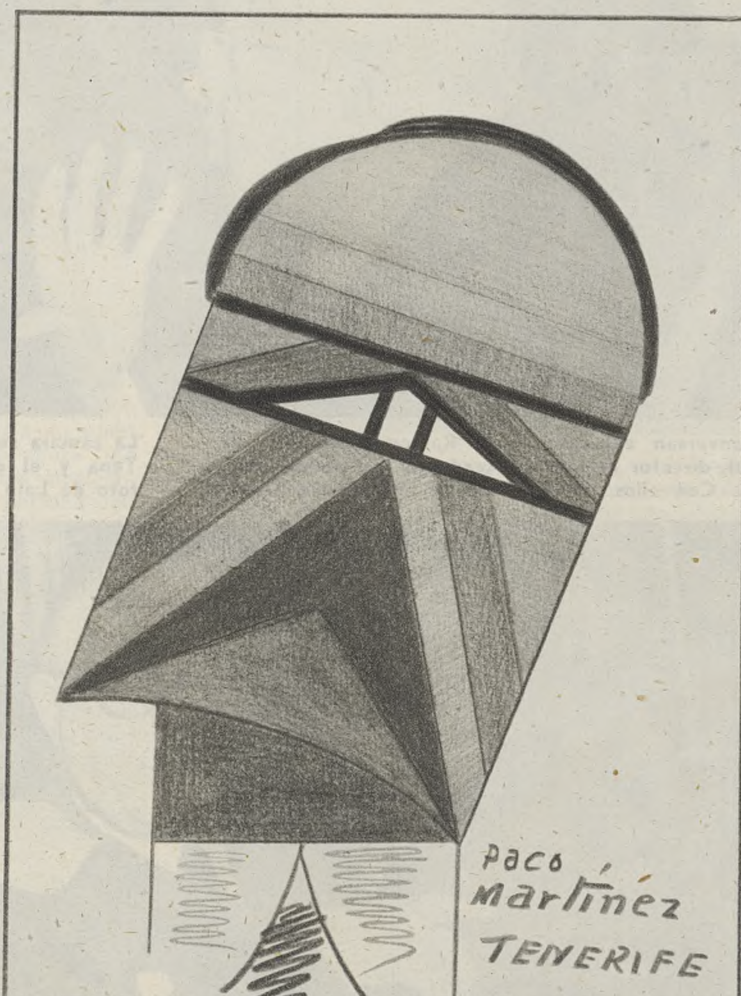
Estos caricaturistas españoles se enfrentan con quienes consideran la cari- *(Pasa a la pág. 63.)*



W. FERNANDEZ FLOREZ



EDUARDO CARRANZA



ENRIQUE LARRETA



AGUSTIN LARA

COMO SE INGRESA EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA



Esta es la clásica urna y éstas las clásicas papeletas, discretamente dobladas, de la última votación de los académicos de la Española. En los blancos papeles se leyó repetidamente: «Señor conde de Foxá.»

ES TRADICIONAL LA RESISTENCIA A PRESIONES EXTERIORES

LA TERNA DE PRESENTACION: FORMULA NUEVA DE INGRESO





Conversan expresivamente Ramón Menéndez Pidal, director de la Real Academia, y Dámaso Alonso. Con ellos, la nariz de W. Fernández Flórez.

La cámara sorprende el efusivo abrazo de Luca de Tena y el doctor Marañón. La presencia en la foto de Laín Entralgo compone un «trío de ases».



UNA de las tradiciones ejemplares de la Real Academia Española, la que «da esplendor», es su permanente y clásica tradición de resistencia a las presiones exteriores. El gran caserón de la Academia, situado en una de las zonas más bellas y armoniosas de Madrid, a un paso del Museo del Prado, tiene también en sí mismo algo de la callada melancolía y de la dulce firmeza del ámbito geográfico en que se levanta.

El hecho cierto es que existen casos, algunos de ellos extremadamente famosos, que revelan la extrema sensibilidad y susceptibilidad académica cuando, desde fuera, desde el ámbito popular o político, se presionó a la institución y a sus hombres para acoger a un nuevo académico.

Ha habido casos notorios de esa manera de reaccionar de la Academia. En alguno de ellos, si bien era verdaderamente justo el intento, la presencia del escritor en la Academia se retrasó por muchos años, como si con ello se le hiciera purgar, al hombre y a la opinión pública, la cuarentena de esperar el momento en que el ingreso no implicara oficialmente un predominio de causas o presiones externas.

Wenceslao Fernández Flórez, Gregorio Marañón, Ramón Menéndez Pidal y Julio Casares, secretario perpetuo de la Real Academia Española. Aquí aparecen, de izquierda a derecha, cuatro españoles universales.

Evidentemente, con el paso del tiempo, la Real Academia, sin modificar ese limpio y honesto criterio, ha pasado a formar parte, de una manera más activa y popular, de las manifestaciones vitales de la vida española, y estando más cercana e inmediata a ella, percibe también, sin la clásica tensión y con mayor interés, la vida inmediata y cercana del mundo artístico e intelectual de la nación. No han cambiado, pues, los hábitos ni las tradiciones, sino la vida misma, y, pasando a ser la Academia un objeto de interés humano cada día más creciente, sus características funcionales cobran también esa porción de cosa pública e inmediata que quizá no poseyera antes con tal evidencia.

Lo cierto es que la Academia, la Real Academia, si siempre fué centro y núcleo de los seminarios de estudio y de investigación filológica, siente sobre sus espaldas en la actualidad el sentimiento absorbente y público de la importancia general de su trabajo. Este es, sin duda, otro aspecto interesante de la vida académica.

LA TERNA DE PRESENTACION

A la vieja fórmula que hacía posible la presentación por sí mismos de los candidatos a un sillón vacante en la Real Academia, sucede ahora una fórmula nueva y de gran interés: tres académicos—la terna—presentan a la posible personalidad que, a su juicio, debe suceder en el sillón al académico desaparecido.

Corrientemente, y con todos los respetos, pero de acuerdo con las formas humanas, una serie de pequeñas conversaciones han ido definiendo las distintas opiniones y poco a poco los nombres más destacados son los que van quedando en esta primera y sutil batalla sin demasiado fuego. Después, dentro de los cauces formales, puede ocurrir, y ocurre con evidente frecuencia, que varias ternas académicas concurran con distintos nombres. Cuando ocurre esto se procede a distintas votaciones.

LOS JUEVES DE LA ACADEMIA

Quizá la norma académica de los «jueves» podría invocarse y mantenerse para resolver otros conflictos. De hecho, como decimos, cuando en la primera presentación no *(Pasa a la pág. 65.)*



El crítico Melchor Fernández Almagro, con la papeleta de la votación en la mano, y el poeta José Carlos de Luna, correspondiente por Andalucía.

Wenceslao Fernández Flórez charla animadamente con el doctor Marañón en la puerta de la Academia. Con ellos, el académico Julio Palacios.





CONTRERAS

AGUSTIN DE FOXA EL NUEVO MIEMBRO DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA ES UN GRAN VIAJERO DE AMERICA

Por ENRIQUE RUIZ GARCIA

Fuerte, rotundo, melancólico. De mediana estatura, grueso, con una cabeza grande y una nariz aguileña, ligera y penetrante. Los ojos, brillantes e irónicos, bajo unos párpados pesados. He aquí el retrato.

Agustín de Foxá, conde de Foxá, nuevo académico español, escritor y diplomático, busca cien posturas en el sillón antes de encontrar, medianamente, una que le haga estarse quieto.

Hablamos. Una conversación melancólica. De recuerdos, palabras y pasado. América es para este viajero—la América de habla española—un camino sorprendente. Un hallazgo.

«AMERICA ME HA DADO LA IDEA DE ESPAÑA EN CINEMASCOPE»

—Yo siempre he tenido muy vivo el sentimiento nacional. Para un escritor no hay otra fórmula mejor que la de su país. De la raíz de él, aunque sea discrepante, nace el escritor.

Es importante decir eso: la raíz de las cosas. La lengua. Por eso, repentinamente, sale en la conversación el nombre de América. Como diplomático, el conde de Foxá ha recorrido sus caminos. Los anduvo, andará. Todavía no hace mucho, recogía yo mismo, durante mi estancia en México, anécdotas de su paso. Estábamos en Cuernavaca, en el viejo palacio de Cortés, y, como al azar, me dijeron: «Hombre, cuando estuvo aquí el conde de Foxá...»

—Sin hacer comparaciones, sin calar en el particularismo y la originalidad de cada una de las repúblicas americanas, lo cierto es que América me ha dado la idea de España en relieve, casi en cinemascope o tridimensionalmente, por usar una imagen cinematográfica.

Esta es su contestación a mi pensamiento. Ahora prosigue. La chispa está encendida.

—Recuerdo que en una ocasión hice un largo viaje en coche por México. Lo tomé, por cierto, en Mérida, muy cerca de las ruinas de Chichen-Itza, las ruinas mayas, y fuí en él hasta Salamanca. ¿Se imagina usted la serie de emociones que producían esos dos nombres en mi espíritu?... Me parece ver todavía la cara del conductor del coche. Parecía, verdaderamente, un relieve del antiguo mundo maya, y, sin embargo, para mi asombro, me empezó *(Pasa a la pág. 65.)*





J. A. DE ZUNZUNEGUI

Juan Antonio de Zunzunegui es alto, fuerte y siempre va afeitado y sin bigote. Tiene el típico aspecto de un hombre de negocios. Nació en Portugalete (Bilbao) en 1901. «Yo, señores, soy vascongado por los cuatro costados de la costa vascongada...» Y como buen vasco, da más importancia a los hechos que a la forma de contarlos; clasifica sus obras en «de pequeño tonelaje» o «de gran tonelaje», según el tamaño; y aunque ni es ni pretende ser un artista de la palabra, no es raro hallar en sus libros hermosas páginas llenas de lirismo y de ásperas y eficaces metáforas.

Certero observador de nuestra sociedad, la analiza en todas sus dimensiones y estratos desde su primer libro de narraciones, publicado en 1926, hasta su novela *El camión justiciero*, aparecida hace pocos días.

Dotado de una poderosa vocación de novelista, ocupa, sin lugar a dudas, uno de los primeros puestos en tan difícil género. Trabajador constante, el número de sus libros aumenta al compás de los años, sin que desdeñe ningún tema. Ya en 1931, aparece *Chiripi*, su primera novela grande, y la única relacionada con el fútbol que se ha escrito en nuestra literatura. Publica después los *Cuentos y patrañas de mi ría*, en la que se revela como un maestro del relato breve. Y a continuación entra de lleno en la empresa de botar «obras de gran tonelaje». Obtiene el Premio Fastenrath con *¡Ay..., estos hijos!*, y el Premio Nacional de Literatura 1948 con *La úlcera*. Pero es en *La quiebra* donde Juan Antonio de Zunzunegui acomete de lleno, con todo éxito, el análisis de los imperativos económicos que mueven a la sociedad actual.

Las ratas del barco, *Esta oscura desbandada*, *La vida como es*, *El hijo hecho a contrata*..., plantean desde sus expresivos titulares los problemas que va examinando a lo largo de su fecunda labor. Describe la psicología de sus personajes con tan rara habilidad como sus retratos físicos, adueñándose del interés del lector a través de las peripecias a que continuamente se hallan sometidos.

Juan Antonio de Zunzunegui está, por el número, extensión y profundidad de sus obras, muy cerca de la meta que alcanzaron los grandes novelistas del siglo XIX. Nosotros creemos que, a pesar de las repetidas ediciones que alcanza, su popularidad llegará al máximo cuando sean llevados al cine los argumentos, los ambientes, los hombres que él, incesantemente, va arrancando de la realidad.

Ahora, en plena madurez, su nombre llama a las puertas de la Academia con clara y fuerte razón. En las tertulias literarias se baraja su candidatura con la de Camilo José Cela, quedando las apuestas a la par. Pero estos dos escritores, tan individualistas, tan personales, nunca podrán ser comparados, justamente, entre sí. Muy en breve llegarán ambos a ocupar su merecido puesto entre los académicos, y esa sola circunstancia será la única que tengan de común. Para bien de los dos y de las letras españolas.

CAMILO JOSE CELA

Con sus cuarenta años recién cumplidos, Camilo José Cela es actualmente uno de los escritores más populares de España.

Gallego de nacimiento y de selección, Camilo José Cela «lleva sangre de tres naciones en los riñones», y por eso es imposible pillarle indocumentado en historias, literaturas y vivencias. Toda su vida es una pura y ordenada contradicción. Hizo la guerra en la españolísima Legión Extranjera. Luchó en el «bando de los vencedores», como él mismo ha declarado sin jactancia alguna. Y cuando, apenas licenciado, en 1942, publicó *La familia de Pascual Duarte*, logró con este primer libro, con este libro que había sido rechazado por varios editores, alcanzar mayor número de traducciones que cualquier libro español, a excepción del *Quijote*.

Todos los libros de Camilo José Cela se tornan, a fuerza de discutidos, en indiscutibles. *La familia de Pascual Duarte* es un escueto relato que compendia las más escuetas, clásicas y castellanas maneras de narrar. *Pabellón de reposo* y *El nuevo lazarillo*, libros publicados a continuación, muestran hasta qué punto se puede ser moroso sin dar sensación de cansancio y sin que el interés del lector decaiga en una sola línea.

Poeta surrealista en *Pisando la dudosa luz del día*, llano y mágico en su *Cancionero de la Alcarria*, une a su visión poética de los hombres y las cosas su pagano humor y su cristiana ternura en los tomos de cuentos: *Esas nubes que pasan*, *Baraja de narraciones* y *El molino de viento*.

Caminante solitario, cada vez que sale con su morral de militar, con su calzado de militar, vuelve con un libro de aventuras y sorpresas. De sencillas aventuras, de cotidianas sorpresas, que nadie más que él pudo y supo hallar en los comunes itinerarios de su *Viaje a la Alcarria* y *Desde el Miño al Bidasoa*. Su polifacética mirada enfoca la ciudad desde todos los ángulos posibles y nos da en *La colmena*, el libro que deseaba darnos: «...un trozo de vida narrado paso a paso, sin reticencias, sin extrañas tragedias, sin caridad, como la vida discurre, exactamente como la vida discurre...»

Cruza el charco en avión, pronuncia conferencias en distintas capitales americanas y publica *La Catira*, novela que le hace ganar el Premio de la Crítica.

Vive, y vive bien, de su oficio de escritor. Dirige y edita en Palma de Mallorca la revista *Papeles de Son Armadans*, revista de ensayos y literatura, en la que colaboran los más prestigiosos autores.

Y mientras corrige un libro de viajes sobre el Pirineo catalán y termina *La cesta de agua*, segundo tomo de la serie iniciada con *La colmena*, la firma de Camilo José Cela es invitada a entrar en la Real Academia. Firma indiscutible ya, firma creadora de un movimiento literario que el agudo crítico Rafael Vázquez Zamora bautizó de «tremendismo», firma perfectamente capicúa: C. J. C.

Dos novelistas, camino de la Real Academia Española



Un momento del importante discurso pronunciado por el ministro de Asuntos Exteriores, don Alberto Martín Artajo, en el acto de la toma de posesión del nuevo director del Instituto de Cultura Hispánica.

Toma de posesión en el Instituto de C. Hispánica del nuevo director del organismo, don Blas Piñar.



Habla el señor Sánchez Bella, que, tras diez años de fervorosa entrega a la causa de la Hispanidad, ha cesado en la dirección del Instituto de C. H.



El nuevo director del Instituto, don Blas Piñar, pronuncia unas palabras en el acto de su toma de posesión, a la que asistieron relevantes personalidades.

RELEVO EN EL INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA

D. Alfredo Sánchez Bella, embajador de España en C. Trujillo

D. Blas Piñar, director del Instituto de Cultura Hispánica



Don Alfredo Sánchez Bella, nombrado embajador de España en la República Dominicana, durante el discurso de despedida como director del Instituto, en presencia del ministro de A. Exteriores, señor Artajo.



Don Blas Piñar agradece el nombramiento de director del Instituto de Cultura Hispánica y expone sus puntos de vista sobre los planes futuros de la entidad. En primer plano, los señores Martín Artajo y S. Bella.



Se ha celebrado en el Instituto de Cultura Hispánica el relevo del director, don Alfredo Sánchez Bella, que ha sido designado para representar a España en Ciudad Trujillo. Para sustituirle ha sido nombrado don Blas Piñar López, vinculado al organismo por pertenecer a la Junta de gobierno desde tiempos atrás. Al acto de su toma de posesión asistió el ministro de Asuntos Exteriores, don Alberto Martín Artajo, y relevantes personalidades de la vida oficial, cultural y social de España, así como los embajadores de los países americanos. Ofrecemos en estas páginas diversas fotografías del acto.

Con motivo de su nuevo nombramiento, los señores de Sánchez Bella ofrecieron una recepción en su domicilio, a la que pertenecen algunas de las fotos. Por último, gran número de sus amistades le acompañaron al aeropuerto de Barajas con motivo de su viaje a Nueva York, primera etapa del camino a Ciudad Trujillo, adonde el señor Sánchez Bella marchó con el archiduque de Austria-Hungría, Otto de Habsburgo. A este acto corresponden las fotografías que cierran nuestro reportaje.

En vísperas del viaje a Ciudad Trujillo, los señores de Sánchez Bella ofrecieron una recepción. Con la señora de Sánchez Bella, los señores Hergueta y Otero.



El secretario general del I. de C. H., don Pedro Salvador, con la señora de Laín Entralgo y el poeta Leopoldo Panero en la recepción de despedida de S. Bella.





Arriba: El embajador de Chile, el archiduque Otto de Habsburgo, el embajador de la República Dominicana y el de Colombia, don Luis Calvo y el marqués de las Marismas. Abajo: La señora de Sánchez Bella, el embajador de Chile, el archiduque de Habsburgo, el embajador de la República Dominicana, el señor Corveje, don Luis Hergueta y la señora de Comprés, en la cordialísima despedida tributada a don Alfredo Sánchez Bella en el aeropuerto de Barajas.



Don Pedro Laín Entralgo despide en el aeropuerto de Barajas al nuevo embajador en la República Dominicana, en presencia de don Javier Martín Artajo.



SANCHEZ BELLA



1946. Primavera sureña. La Universidad de Buenos Aires está reunida en pleno para oír la palabra encendida, cordial y convincente de un joven español. Por su voz, la nueva generación de España transmite a América un mensaje. A la luz de las hogueras del campamento, la juventud española ha redescubierto su comunidad de destino con las de Hispanoamérica. Este es el mensaje. El mensajero, que hace su vela de armas en la política de la Hispanidad, es Alfredo Sánchez Bella.

Desde aquella actuación, todo el hacer y la vida toda de Alfredo Sánchez Bella se entrega al servicio del acercamiento de las patrias hispánicas. Denodadamente va a ser fiel a un programa de conducta que vale por una divisa: «Americano en España, español en América.» Con este programa escueto toma la dirección del Instituto de Cultura Hispánica, sucediendo en el cargo al gran adelantado de la Hispanidad, Joaquín Ruiz-Giménez.

Sánchez Bella, o mejor, Alfredo, sueña con la Comunidad de Naciones Hispánicas; con que se concrete en formas tangibles la poderosa y latente realidad de un bloque de pueblos hijos y herederos de Iberia. Pero Alfredo no es un soñador ensimismado; está tallado en la madera de los realizadores. Le espera una tarea que tiene mucho de lucha. Dinámico, dialéctico, dionisíaco, se multiplica en mil actividades convergentes, sortea o arrolla los obstáculos, y su prédica, confirmada en actos, convence y arrastra las voluntades.

El Instituto de Cultura Hispánica le debe el no haberse anquilosado en una entidad pura o mediocremente académica. Alfredo puso especial énfasis en sostener que cultura y vida hacen ecuación. Y tuvo la visión clara de que la Hispanidad es una empresa en que todas las manifestaciones de «ese temblor ubicuo que es la vida» tienen que tener su adecuada participación. Convocó a intelectuales y artistas, citó a religiosos y educadores, llamó a economistas y profesionales y se preocupó, sobre todo, de que no faltara la aportación de la juventud, cualquiera que fuera el signo de su vocación.

Político, en la más pura acepción del vocablo, Alfredo tiene una natural tendencia a extrovertir su intimidad, a darse sin reservas, a hacer caudal de su simpatía y a contagiar el ánimo de sus interlocutores de sus propios afanes. Así fué como agrupó en torno a la empresa de la Hispanidad las condiciones humanas e ideológicas más diversas y pudo realizar el difícil quehacer de crear, institucionalizando a la vez, toda esa inmensa red de entidades que hoy cubren el ámbito de Iberoamérica. Asociaciones e Institutos culturales hispánicos, revistas, editoriales, oficinas internacionales, Bienal de Arte, Plan de Desarrollo Económico, Casas Hispánicas, etc., etc., han surgido de su flexible tenacidad, de su constancia, de su fervor y de su enorme capacidad de trabajo.

Alfredo Sánchez Bella, embajador de España. Her. *(Pasa a la pág. 63.)*

BLAS PIÑAR



BUENA ciudad para nacer la ciudad de Toledo. Son buenos la tierra y el paisaje, y lo es también el toledano, castellano alto, de ciudad en monte, que ha venido produciendo mucha de la universal historia española. Séase pastor o clérigo, poeta o labriego, que de todo dió Toledo, bien asomada al Tajo, río por donde pasó mucha del agua de los grandes días.

De esos campos, de esas subidas y repechos, es Blas Piñar, hombre joven, nacido el 22 de diciembre de 1918, y mozo de Derecho.

Estudió, dividiendo el tiempo, en Toledo y Alicante, para llegar al final a la Universidad de Madrid, donde se doctoró en 1944. El joven de veintiséis años no perdió el tiempo, porque aquel mismo año ingresaba en Notarías, pasaba un tiempo en la de Cieza, y en 1947, en la lid de las oposiciones, alcanzaba el ejercicio de su profesión en la ciudad de Murcia. Dos años después, por oposiciones directas, conseguía un éxito profesional importante: notaría en Madrid.

Sería injusto, no obstante, creer que la historia de un hombre se compone sólo de eso: de unas cuantas fechas, más o menos satisfactorias, a la hora de la mención. Al margen de esa excelente ficha técnica del oficio y la norma, cada hombre tiene otros registros, que son los que congruentemente anuncian su carácter y su personalidad. Al final son ellos los que nos dan, mejor que todo lo demás, la extinta o inextinta calidad humana de cada uno.

Blas Piñar andaba por los catorce años cuando le hicieron directivo de la Federación de Estudiantes Católicos de Alicante. Partiendo de ese momento, aprendiz de bachiller, doctor en Derecho o notario, Blas Piñar significará siempre algo dentro de las cosas y del pensamiento católico español. Pasa de un lado a otro de España, con el bagaje doctrinario de un católico, en tiempos en que era difícil serlo.

En Toledo, Blas Piñar formó parte del grupo de hombres que rodeó a Antonio Rivera, presidente de Acción Católica, que más tarde, durante el asedio de la Academia Militar, sería conocido como el «ángel del Alcázar». No deja de ser curioso que en esa amistad entre los dos hombres existiera, como cruce medular, la propia historia de los Piñar. El padre de Blas, profesor de la Academia, era uno de los defensores de la fortaleza.

Tras las vicisitudes de los días difíciles, después de haber pasado por la cárcel y el asilo de dos Embajadas hispanoamericanas, Blas Piñar prosiguió sus actividades en el campo católico, formando parte siempre de sus cuadros directivos, hasta llegar a la vicepresidencia de la Junta Central de Acción Católica Española.

Hombre de estudio y de trabajo, su tarea de seglar apostólico no interrumpió nunca su característica vocación jurídica, y así van *(Pasa a la pág. 63)*

ERNESTO LA ORDEN



DIRECTOR DE «MVNDO HISPANICO»

ESCRITOR, periodista, diplomático, llega Ernesto la Orden Miracle a la dirección de MVNDO HISPÁNICO, del que ha sido brillante colaborador, con la mejor experiencia para desempeñar el cargo.

Ernesto la Orden Miracle nació en Valencia en el año 1911, y su juventud, sus estudios, sus primeras inquietudes, se desarrollaron en Murcia, donde publicó algunos artículos—en el diario *La Verdad*—y en cuya Universidad, en el año 1930, se licenció en Derecho.

El año 1933 es decisivo en su porvenir, porque en él obtiene el título de doctor en Derecho, con premio extraordinario, por la Universidad de Madrid, e ingresa como redactor en *El Debate*, de Madrid—uno de los más importantes periódicos españoles—, para encargarse principalmente de la reseña de las Cortes. En este difícil cometido se mantuvo hasta 1936. Pasó la guerra en Madrid, refugiado en la Legación de Panamá.

Una vez liberado Madrid y felizmente acabada la guerra, publica su primer libro: *Romancero nacional* (Barcelona, 1939), y se incorpora, como encargado de la sección de extranjero, a la Redacción del diario *Ya*, de Madrid, con los anteriores compañeros de *El Debate*.

Al año siguiente publica su *Jaime Balmes, político* (Editorial Labor, Barcelona, 1940), y continúa en la Redacción de *Ya* hasta su ingreso en la carrera diplomática, en 1943.

Su primera actuación profesional la cumple en Montevideo como cónsul adjunto de España, donde permaneció desde 1943 a 1947, y seguidamente pasó a desempeñar el cargo de secretario de la Legación de España en Quito, hasta 1949.

De nuevo en España, actúa como jefe de publicaciones de la Dirección General de Relaciones Culturales y jefe de intercambio del Instituto de Cultura Hispánica. Edita en Madrid, en las colecciones del Instituto, dos libros de amor a Hispanoamérica: *Uruguay, benjamín de España*, y *Elogio de Quito* (1950). En 1954 ha publicado también *Avila, el castillo de Dios* (Ediciones MVNDO HISPÁNICO).

De 1950 a 1955 ha sido consejero cultural de la Embajada de España en París. Es actualmente segundo jefe del Gabinete Diplomático del Ministerio de Asuntos Exteriores y director de MVNDO HISPÁNICO desde enero de este año.

Ernesto la Orden, escritor y diplomático, nuestro director, es uno de los españoles más conocedores y enamorados de Hispanoamérica. Y se enorgullece con el título de ciudadano de honor de Quito, que le ha concedido recientemente el Ayuntamiento de la capital del Ecuador.



LA LIBERACION DE ALEMANIA

Don José Vasconcelos, el ilustre pensador mexicano, una de las primeras plumas hispanoamericanas, ha publicado en la prensa de su país este trabajo. La redacción de tan excelente artículo, como verá el lector, ha sido suscitada por la intervención del canciller español, señor Martín Artajo, en la última asamblea general de la O. N. U.

Por JOSE VASCONCELOS

LA porción de Alemania que tiene su capital en Bonn y logró escapar de la tutela soviética tiene dados al mundo muchos ejemplos de la forma en que debe organizarse un país moderno.

En la Alemania de Bonn se han consumado progresos económicos y políticos que son modelo para todas las naciones civilizadas de la posguerra.

Por el éxito alcanzado en la Alemania de Bonn se puede ver que Europa, lejos de hallarse de cabeza, tiene todavía en sus manos la antorcha del mundo. Una Europa federada es la solución que buscan los estadistas del momento de las naciones libres. Y en esa Europa federada, Alemania tendrá el papel inevitable de modelo y de guía.

Alemania ha realizado milagros de la posguerra a la fecha, pero Alemania está mutilada. Los estadistas de la hora, embargados por preocupaciones que afectan a su propio destino, tienen olvidado el compromiso de devolver a Alemania la posesión de todo su territorio legítimo. Una obligación que es consecuencia de haber dejado desarmada totalmente a Alemania después de su derrota.

En los años transcurridos después de esa derrota se ha visto palpable el resultado de un experimento trágico. De un lado tenemos a la Alemania Occidental—la Alemania de Bonn—, erigida en modelo de progreso en todos los órdenes de la civilización, y del otro lado, la Alemania Oriental—provincia de la Rusia soviética—, colonia del imperialismo más brutal que han visto los siglos y que, pese a la laboriosidad y la inteligencia de sus pobladores alemanes, padece el atraso y la amargura comunes a los pueblos que viven detrás de la «cortina de hierro».

La hipocresía y el terror del llamado «mundo libre» frente a los esclavizadores soviéticos tiene sellados los labios de muchos estadistas. Todos temen a la verdad. Por eso es tan singular y digno de atención aquel que se atreve a proclamar la verdad, siquiera una verdad.

En este caso se encuentra el ministro de Asuntos Extranjeros de España, don Alberto Martín Artajo, que en su primer discurso ante la asamblea de las Naciones Unidas acaba de expresar:

«...Pero no puede la delegación española, siendo la primera vez que su país comparece en esta asamblea, ocultar el dolor que le produce no hallar en ella a la representación de Alemania. Y digo expresamente de Alemania, sin hacer distingos territoriales, porque a los ojos de los españoles, y yo creo que ante el mundo entero, no hay más Alemania que una, aunque le esté hoy segregada una parte de sus provincias, ni se puede reconocer más Gobierno que el de Bonn, que representa legítimamente a todos los alemanes, por más que una porción de su población esté violentamente sustraída a su obediencia.

»La representación española pide a las Naciones Unidas que, en la forma y por los trámites que proceda, considere el caso de Alemania, facilite la reintegración de las provincias segregadas al seno de la República federal alemana y llame a ésta a formar parte de la Organización. Es un derecho de Alemania pertenecer a las Naciones Unidas y es un derecho de las Naciones Unidas contar con la valiosa colaboración de ese gran pueblo.»

Las declaraciones del ministro español han producido reconocimiento profundo en todo el pueblo alemán.

Mucho se ha hecho para impedir que Alemania vuelva a tener posición dirigente en la lucha mundial contra la barbarie soviética. Pero en los últimos años Alemania ha seguido una política prudente y salvadora. La nueva Alemania está en condiciones de sorprender al mundo con su poderío, no moral, que, aunque es la base de todo, no es lo que está haciendo falta en estos momentos. No se necesita, en efecto, mucha moral para combatir a quien no tiene ninguna, como son los soviets. Hay un momento en que lo que hace falta es decidirse, como se han decidido los húngaros. Hay un momento también en que los pueblos se dedicen a desaparecer antes que transigir. Ante la indiferencia, la impotencia, la perversidad de ciertos políticos de Occidente, Hungría parece haber adoptado el camino del suicidio nacional: el único que le dejaba el destino.

No sabemos lo que harán los «grandes» a la hora en que a Rusia se le ocurra sofocar las rebeliones internas por medio de un ataque dirigido a Alemania, que no tardará en verse comprometida en rebeliones inevitables de su sector oriental. Es posible, porque todo parece posible en esta época decadente, que también entonces sobren quienes, con regocijo secreto interno, asistan impasibles a un nuevo intento para acabar con Alemania, sobre todo ahora, que en gran parte Alemania se ha vuelto católica. Pues no se sabe hasta cuándo el noble ideal de la paz seguirá sirviendo de máscara a los aliados secretos del poderío soviético, que no se limita al imperio marxista, sino que tiene extendida su amenaza al mundo entero de la época.

Por lo pronto, es consolador advertir que todavía hay estadistas, como el ministro Artajo, capaces de hacer a un lado las conveniencias del momento y los sobrentendidos de la política secreta, para poner de manifiesto la verdad. La verdad que exige contestar al atropello con la acción de la justicia y oponer a la guerra solapada de los unos la decisión de usar hasta la violencia si lo que se defiende es la justicia.

Condenación del principio de la paz a toda costa va a ser muy pronto la campaña más urgente de parte de los intelectuales de nuestro tiempo, que tenemos la responsabilidad de la defensa de los intereses morales de la especie.

Pues ¿qué va a ser de este mundo contemporáneo así que la violencia cínica, con la complicidad de los hipócritas, haya terminado la destrucción de pueblos selectos de la moral y de la luz, como el pueblo húngaro, que no podemos defender, no obstante habernos sido tan fácil salvar a Nasser?

En los EE. UU.—y en algunos países europeos—un CUARTO PODER se une a los tres clásicos: Ejecutivo, Legislativo y Judicial

Las Agencias Federales surgen en Norteamérica con poderes a veces superiores a los del Congreso

LOS DECRETOS DE ESTAS AGENCIAS NO PUEDEN SER ANULADOS POR EL PRESIDENTE

En los Estados democráticos, el sistema constitucional define y separa claramente los tres «poderes» tradicionales: el Ejecutivo (Presidente, Gobierno, Administración), el Legislativo (Parlamento) y el Judicial (Tribunales, supremo o alto tribunal administrativo). Ante el extraordinario complejo de la economía moderna, ante los progresos técnicos de todas las clases, que plantean problemas cada vez más numerosos y apremiantes, parece que esta trilogía está desbordada—dice *Informations et Documents* en su número 58. De una manera del todo empírica, al nivel precisamente de nuevos problemas, un cuarto poder se está añadiendo a los tres primeros, al menos en los países fuertemente industrializados, como los Estados Unidos y las principales naciones de la Europa Occidental. A este poder se le puede bautizar con el nombre de «técnica».

En el mes de agosto de 1955, la Federal Power Commission (agencia federal que regula los problemas relativos a la explotación de recursos energéticos norteamericanos) provocaba una controversia apasionada entre los republicanos, partidarios de la construcción de grandes embalses hidroeléctricos por empresas privadas, y los demócratas, que preconizan más bien el aprovechamiento de las grandes vías fluviales por los poderes públicos. La comisión había optado por la solución republicana, adjudicando a tres compañías privadas el derecho de construir las fuentes energéticas de la Snake River, en Oregón.

El 25 de noviembre de 1955, una decisión histórica, concerniente a la segregación racial, era tomada no por un tribunal, sino por otra «agencia especializada»: la Interstate Commerce Commission. Y desde ese momento se prohibía en todo el país a cualquier compañía de ferrocarril, de autocar o de barco que atravesara varios Estados, establecer discriminación entre negros y blancos en los vehículos.

Al fin, a principios de febrero de 1956, una conferencia de la Air Force Association, en Wáshington, aprobaba una ley, otorgando a una agencia especializada, la Civil Aeronautics Administration, el control de los movimientos de todos los aviones que volasen sobre territorio norteamericano, gracias a un extenso sistema electrónico.

Estos tres hechos, aparentemente aislados, no hacen más que subrayar la importancia de un nuevo fenómeno americano: la *agencia independiente*, gozando de un poder casi absoluto en su campo de acción especializado. Creadas por un Congreso que se sentía desbordado por una mecanización creciente, las *agencias independientes* han tomado más importancia y autoridad a medida que se afirmaba la injerencia del Gobierno en los nuevos dominios de la técnica.

En el cuadro de una ley-base, votada por el Congreso de los Estados Unidos, cada *agencia independiente* goza de extensos poderes legislativos, ejecutivos y judiciales, constituyendo en sí, en la esfera que le es propia, un régimen completo y autónomo. Que esta revolución político-técnica se haya consolidado gradualmente y sin hacer ruido, no quita nada al sentido profundo que le conceden los que estudian los procedimientos constitucionales de los Estados Unidos.

En el siglo XIX, la proliferación de los ferrocarriles obligó al Congreso a crear la primera agencia independiente: la Interstate Commerce Commission (Comisión del comercio inter-estados). Las vías férreas se desarrollaron con una rapidez desconcertante a través del continente a partir del momento (1869) en que la *Unión-Pacífico* había unido el *Central Pacific* con *Promontory Point*, en el Oregón, lo que hacía posible, por primera vez, el viaje en «caballo de hierro» de San Francisco a Nueva York. Pero las nuevas sociedades que regían los ferrocarriles no se comportaban siempre con las consideraciones debidas al público. Algunas sociedades, por ejemplo, favorecían descaradamente a los poderosos clientes, desatendiendo al pequeño agricultor, deseoso de enviar sus productos al mercado. En 1886, el Tribunal supremo, en el Wabash Case, rehusó a los Estados el derecho de prohibir esta manera injusta de proceder, y el Congreso nacional se vió en la obligación de legislar para controlar las comunicaciones ferroviarias.

En 1886 y 1887, los legisladores del Congreso se dieron cuenta pronto de que no era posible actuar como en el pasado. Ni el Congreso ni el Presidente tenían los conocimientos necesarios y la facilidad de adaptación suficiente para reglamentar una extensa actividad técnica en pleno desarrollo. Había que encontrar algo nuevo; sólo los expertos podían tener suficiente autoridad para hacer respetar las decisiones tomadas.

De estas deliberaciones y de la legislación que siguió (tales como el Hepburn Act, de 1906, y el Motor Vehicle Act, de 1935), resultó la potente Interstate Commerce Commission. Los once miembros de la comisión, nombrados por el Presidente (con la aprobación del Senado), por siete años—tres años más que el mandato presidencial y un año más que el de los senadores—, poseen, en los Estados Unidos, todo el poder en materia de transporte ferroviario, fluvial y por carretera. La comisión controla la inspección de los vehículos, puede abolir la segregación racial, como hemos visto antes, e incluso fijar las tarifas de transportes.

En 1914, el Congreso delegó por segunda vez una importante parte de sus poderes. Se trataba de una cuestión no menos compleja: la de los grandes «trusts».

En 1890, el Congreso había votado la ley Sherman, previendo una multa severa para «los contratos, combinaciones en forma de "trust" u otra cualquiera y conspiraciones, con el fin de restringir el comercio entre Estados así como con el extranjero». Pero, aparte de algunas persecuciones (bajo las presidencias Roosevelt y Taft), a menudo más espectaculares que eficaces, la ley quedó sin efecto. El Congreso creyó suficiente crear una ley un tanto ambigua en un ambiente singularmente complejo, sin otro arbitraje que el del Congreso y del Ministerio de Justicia.

El Congreso tuvo que remediar estos defectos votando, en 1914, la creación de la Federal Trade Commission. El mismo año, la ley Clayton precisó lo que faltaba a la ley Sherman, prohibiendo, por ejemplo, a todo fabricante, exigir a ciertos comerciantes que vendan sus productos en exclusividad. Era a la nueva E. T. C. a la que incumbía dar fuerza de ley a las reglamentaciones antimonopolistas. Compuesta de cinco expertos, nombrados por siete años, como los de la I. C. C., la Federal Trade Commission goza hoy de poderes muy extensos en lo que concierne a la prohibición de los manejos irregulares de las grandes sociedades americanas.

Desde 1941, gran cantidad de agencias especializadas se han unido a éstas. En 1920, el Congreso creó la Federal Power Commission, encargada de controlar cualquier instalación hidroeléctrica por las vías navegables de los Estados Unidos. Durante el «New Deal» de los años 1930, otras nuevas agencias fueron creadas. En 1934, la creciente multiplicación de emisoras de radio provocó la fundación de la Federal Communication Commission; además de la reglamentación de las cadenas de emisoras, esta comisión vela por las buenas gestiones de las sociedades telefónicas y telegráficas.

Fué también en 1934 cuando nació la Securities and Exchange Commission. Su fin es el de restringir la especulación bolsera, en gran parte responsable de la crisis de 1929. Para proteger las inversiones, la S. E. C. está autorizada no solamente a exigir de cualquier sociedad cuyas acciones son vendidas en bolsa, informes detallados sobre grandes negocios, sino también prohibir la creación de algunos grandes «trusts» financieros, los «holdings».

A estos organismos independientes debían añadirse otros, cuyos po-

1. **COMISION DE ENERGIA ATOMICA**
Asegura su desarrollo, la utilización y el control de la energía nuclear.

2. **OFICINA DE LA AERONAUTICA CIVIL**
Rige el funcionamiento de las compañías aéreas, determina los «standards» de seguridad

3. **COMISION DE LA ADMINISTRACION**
Establece las reglas del reclutamiento y de anticipo a los funcionarios.

4. **OFICINA DE CREDITO AGRICOLA**
Coordina la actividad de los organismos cooperativos para préstamos a los agricultores.

5. **COMISION FEDERAL DE TELECOMUNICACIONES**
Supervisa la labor de las compañías de telégrafo, teléfono y radiodifusión.

6. **CONSEJO FEDERAL DE DEPOSITOS ASEGURADOS**
Garantiza los intereses de los depositarios en los bancos asegurados por su custodia.

7. **SERVICIO FEDERAL DE MEDIACION Y RECONCILIACION**
Se interpone con el fin de negociar en los conflictos entre personal y directores de empresa.

8. **COMISION FEDERAL DE LA ENERGIA**
Regula todos los problemas relativos a la explotación y a la administración de las fuentes de energía.

9. **ORGANISMO FEDERAL DE LOS BANCOS**
Vigila las operaciones bancarias, fija el interés del descuento.

10. **COMISION FEDERAL DE COMERCIO**
Protege la libre empresa contra las prácticas comerciales irregulares de los monopolios.

11. **OFICINA DE SERVICIOS GENERALES**
Reglamenta el funcionamiento de todos los servicios públicos.

12. **AGENCIA DE FINANZAMIENTO DE LA VIVIENDA**
Dirige los programas que afectan a la vivienda, la construcción pública y privada.

13. **COMISION DEL COMERCIO INTER-ESTADOS**
Detenta un poder absoluto en materia de transportes ferroviarios, fluviales y por carretera entre Estados.

14. **COMITE NACIONAL CONSULTIVO DE LA AERONAUTICA**
Centraliza las investigaciones para el desarrollo de la aeronáutica civil y militar.

15. **OFICINA NACIONAL RELACIONADA CON LA MANO DE OBRA**
Fija los contactos entre directores de empresa y empleados para respeto mutuo de sus derechos.

16. **OFICINA NACIONAL DE MEDIACION**
Interviene en los diferentes conflictos entre dirección y personal de las compañías ferroviarias y aéreas.

17. **OFICINA DE PENSIONES FERROVIARIAS**
Cuida del pago de las jubilaciones, pensiones e indemnizaciones diversas, de las que se benefician los ferroviarios.

18. **COMISION DE TITULOS Y VALORES**
Limita la especulación de la Bolsa, lucha contra la malversación y el fraude financieros.

19. **ORGANISMO DE RECLUTAMIENTO**
Procede al empadronamiento, al examen y el reconocimiento médico de los hombres susceptibles de ser llamados a filas.

20. **OFICINA DEL PEQUEÑO COMERCIO**
Defiende los intereses del pequeño comerciante, le asegura préstamos y contratos con el Gobierno.

21. **COMISION DE TARIFAS ADUANERAS**
Estudia las tarifas aduaneras y las cuestiones relativas al comercio exterior.

22. **ADMINISTRACION DEL VALLE DEL TENNESSEE**
Pone en valor las fuentes hidroeléctricas del valle del Tennessee.

23. **AGENCIA DE INFORMACION DE LOS EE. UU.**
Informa al extranjero sobre los Estados Unidos.

24. **OFICINA DE EX COMBATIENTES**
Agrupa todos los servicios de ayuda a los ex combatientes y víctimas de la guerra

deres son también grandes: el Federal Reserve Board, que dirige el sistema bancario americano, y que por sus decretos en materia de descuentos u otros ejerce una fuerte presión contra la inflación o la deflación; el National Labor Relations Board, que castiga toda infracción a las leyes de 1935 (Wagner Act) y 1947 (Taft Hartley Act), precisando los contactos entre empresas y sindicatos; la Civil Aeronautics Board, que regenta todas las compañías aéreas americanas; la Federal Maritime Board and Maritime Administration, cuyos extensos poderes en materia de construcción y explotación de las líneas de navegación provienen de los subsidios considerables que el Gobierno concede a las compañías de navegación marítima; la Atomic Energy Commission, que tiene toda autoridad en materia de energía nuclear, y, por fin, la famosa Tennessee Valley Authority, que, pese a su ambiente regional, merece ser incluída entre las agencias de carácter regional, a causa de su envergadura y la importancia de sus realizaciones. Aprovechando solamente parte de los recursos hidroeléctricos de esta región, ha acrecentado, en proporciones considerables, la prosperidad de varios Estados del Sur.

En un decreto de 1935, delimitando las actividades de estas agencias especializadas, el supremo decidió que el Presidente no tenía derecho a despedir un miembro de la Federal Trade Commission (y, por consecuencia, de otras comisiones análogas), a menos que su incapacidad, su negligencia o sus malos actos fuesen probados. Así, los «comisarios» gozan de los mismos privilegios que los jueces de los tribunales federales; son los únicos funcionarios escogidos por el Presidente que no tiene derecho a despedir a su voluntad.

Contrariamente a las propuestas de ley sometidas al Congreso, los decretos de las agencias independientes no pueden ser anulados por veto presidencial. Las cortes federales pueden oponerse a los decretos de las agencias, pero el principio mismo de la delegación de poderes jurídicos en ciertos dominios técnicos sería violado si los tribunales superiores invocasen este derecho a la ligera. De hecho, las decisiones de las agencias independientes son raramente atacadas. La justicia se fía de la competencia técnica de los expertos.

Ante los colosos industriales y financieros del mundo moderno, ciertos países han optado por la nacionalización. Pero los americanos se oponen instintivamente a estas fórmulas. Saben que su potencia productora reside en una economía libre, en la «iniciativa», en el rendimiento de cada obrero, que en todo momento ve la posibilidad de mejorar su situación personal. Creando una potencia tecnocrática, América ha logrado preservar las ventajas de la empresa privada al mismo tiempo que protege el interés público.

PREMIOS DE LA FUNDACION MARCH

MARAÑON RECIBE EL DE CIENCIAS; PEMAN, EL DE LETRAS, Y ANGLADA CAMARASA, EL DE BELLAS ARTES

Para recompensar a los españoles que, a través de una vida ejemplar de trabajo, hayan contribuído más eficazmente al prestigio cultural de España con el enaltecimiento de las ciencias, las letras y las artes, han sido otorgados en Madrid los premios de la Fundación March, dotados con quinientas mil pesetas cada uno. Este año los premios han correspondido, igual que el año pasado, a relevantes personalidades españolas, cuyos nombres tienen categoría universal. Gregorio Marañón, José María Pemán y Hermenegildo Anglada Camarasa figuran en el pedestal de la fama, y el premio que ahora reciben es el homenaje nacional a una vida entregada al servicio de sus respectivas vocaciones, en las que han alcanzado los más altos estrados. Por ello, y desde estas páginas, nos unimos al sentir hispánico y felicitamos cordialmente a los galardonados. Ofrecemos a continuación una semblanza de sus vidas.



GREGORIO MARAÑON

NACIÓ este ilustre médico en Madrid, el 19 de mayo de 1888. Estudió en la capital de España, en la Facultad de San Carlos, la carrera de Medicina, obteniendo premio extraordinario en la licenciatura y en el doctorado. En 1909—el mismo año en que se doctoró—le fué concedido el Premio Martínez Molina, que se había concedido una sola vez en fecha anterior, a don Santiago Ramón y Cajal, y que en los demás años fué declarado desierto. El doctor Marañón fué alumno interno en el hospital General y uno de los predilectos de los doctores Olóriz y Madinaveitia, con los cuales trabajó en calidad de ayudante durante algunos años. En aquel tiempo hizo frecuentes viajes al extranjero, permaneciendo en Alemania durante largas temporadas. En 1913 recibió el premio de la Academia de Medicina Alvarez Alcalá.

La fama de Marañón traspasó pronto las fronteras nacionales. En 1927 visitó La Habana para dar un ciclo de conferencias, que obtuvieron un éxito brillantísimo. Fué la personalidad más sobresaliente del Congreso Médico reunido en aquella capital, y huésped de honor de la Institución Hispanocubana de Cultura, que patrocinó las conferencias. Poco después la Universidad de Santiago de Chile le invitó para dar otro ciclo de conferencias, y en 1931 el Gobierno francés le nombró comendador de la Legión de Honor. Importantísima es su labor como publicista y enorme la complejidad de materias tratadas. Algunos de sus libros no son de mera especulación científica, sino que aparece en ellos la amplia visión de sociólogo, de pensador, transcrita en una prosa señera. *Vida de Antonio Pérez, Elogio y nostalgia de Toledo, Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*, entre tantos otros, ilustran esta afirmación.

Don Gregorio Marañón es en la actualidad catedrático de Endocrinología de la Universidad de Madrid, médico por oposición del hospital General, profesor del Laboratorio de Investigaciones Biológicas, miembro de la Real Academia Española de la Lengua y de la Real de Medicina, doctor *honoris causa* de la Sorbona, académico de honor de la Real de Medicina de Italia, de las Academias de la Historia y Ciencias Exactas de Madrid.



JOSE MARIA PEMAN

NACIO en Cádiz el 8 de mayo de 1897; cuenta en la actualidad, por tanto, cincuenta y nueve años de edad. Cursó el Bachillerato en el colegio de San Felipe Neri de aquella ciudad, y desde los primeros años se impuso en él la afición poética. Es significativa la anécdota de que, habiendo encargado el profesor de Preceptiva a seis alumnos la confección de un soneto, fué Pemán quien hizo los seis, reservándose el que creía más valioso. El profesor, no obstante, lo juzgó el peor de todos y le vaticinó muy poco éxito en la poesía. Estudió luego la carrera de Derecho en la Universidad de Sevilla y ejerció la profesión de abogado durante algún tiempo.

Su primera incursión poética consistió en una trova en décimas, que envió a unos juegos florales en El Puerto de Santa María, en los que obtuvo un accésit. Poco después apareció su primer libro, titulado «De la vida sencilla». Sus colaboraciones en la prensa fueron también por aquellos años muy numerosas. Escribió en «El Debate» y en «Blanco y Negro», y fueron protectores suyos Ortega Munilla y Rodríguez Marín. Debido a la sugerencia de un benedictino, que le habló de la necesidad de hacer teatro católico, y la promesa del señor Herrera Oria, a la sazón empresario de teatro, de que estrenaría su obra, escribió «El divino impaciente», que se estrenó en 1933 en Madrid. Fué elegido académico de la Lengua en 1936, ingresando en el año 39, al término de la guerra de Liberación. En 1941 y 1948 viajó por los principales países de Hispanoamérica. En 1935 obtuvo el Premio Mariano de Cavia de periodismo por un artículo titulado «Nieve en Cádiz», y en 1951, el Premio Ausias March por su obra «Todo el amor».

Su producción escénica es sumamente conocida y se ha difundido por todo el mundo de nuestra lengua. Destaca ella, en lo que se refiere a novela, «Doña Sol», «El vuelo inmóvil», «Historia romántica de un par de zapatos», «Vida y meditaciones de una campanilla azul», etc. En el teatro figuran: «El divino impaciente», «Cisneros», «La santa virreina», «La dulce Ofelia», «Electra», «El viejo y las niñas», «Doña Todavía», «Paño de lágrimas», «Callados como muertos», «En las manos del hijo», «La destrucción de Sagunto», etc.



ANGLADA CAMARASA

NACIÓ este ilustre pintor en Barcelona, y desde 1901 participa en las exposiciones de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París; interviene en una exposición en Berlín en 1902, en la gran exposición de Dresden de 1904 y su aportación es muy comentada en la exposición de Berlín correspondiente a 1906, lo que demuestra la popularidad de este artista más allá de las fronteras nacionales. Pese a los años transcurridos y a su edad, su pintura sigue teniendo vigencia, y en la última Exposición Nacional de Pintura celebrada en Madrid se le dedicó el homenaje de una sala como invitado de honor. En ella figuró una antología de sus obras, pudiendo observarse el mérito de su pintura, siempre fresca y jugosa. Académico de honor por aclamación de la Real de San Fernando, los cuadros de este ilustre pintor están repartidos por los principales museos de Europa y América, existiendo importantes lotes en los museos de Madrid, Bilbao, Estocolmo, Moscú, Viena, Venecia, Nueva York, Filadelfia, Chicago, Buffalo, Buenos Aires, etc. Preguntado quién fué su maestro, respondió: «Del único que recibí consejos útiles en mi carrera artística fué de Modesto Urgelle, quien protestaba mucho cuando le llamaban maestro, pues, abriendo la ventana, señalaba al exterior, diciendo: "El único maestro es la naturaleza."» Actualmente tiene ochenta y cuatro años y reside en Puerto Pollensa (Mallorca). Allí ha recibido la noticia de este galardón. Los cuadros preferidos por él, ha declarado, y que le gustaría poseer, son *Campesinos de Gandía*, de la colección Cambó, y *El tango de la corona*, de la colección March, el patrocinador del premio de su nombre. En la exposición-homenaje últimamente celebrada en Madrid vendió algunos cuadros en 145.000 pesetas, la cifra más alta alcanzada en su carrera. No pertenece a ninguna escuela pictórica determinada, siendo su arte el realismo y la selección del realismo y el decorativismo. Asegura no haber recibido ninguna influencia ajena. El célebre pintor catalán puede considerarse como el patriarca de la pintura española.

LOS PUEBLOS DEL ISLAM

Por OTTO DE AUSTRIA-HUNGRIA

(Viene de la pág. 12.) las ventajas económicas o políticas de fuerza del momento.

INFLUENCIA NORTEAMERICANA EN EL ISLAM

No cabe duda de que la influencia occidental más poderosa en el mundo islámico es hoy la de los Estados Unidos. Los norteamericanos tienen la ventaja de que su aparición en estas latitudes es relativamente temprana y que su presencia durante la segunda guerra mundial no se vinculó al concepto de colonialismo. No exigieron para sí territorio alguno ni amenazaron tampoco la integridad territorial de cualquiera de los Estados arábigos o islámicos. Pese a la propaganda enemiga, este reconocimiento es casi general, si bien la cuestión de Israel —cuyo planteamiento continúa— ensombrece este cuadro casi favorable en absoluto.

El cauce de la influencia norteamericana discurre en dos direcciones: la humanitaria y la económica. La primera presiona en particular sobre las universidades y escuelas norteamericanas, y también sobre el Punto IV. Aunque esta operación se halla todavía en sus comienzos, puede afirmarse hoy que su éxito está asegurado. Hombres del rango de Kasin Gülek en Turquía, de Abol Hassan Ebtehaj en Irán o de Halim en Libia son productos de esta penetración cultural norteamericana, que ya en la generación a la que pertenecen estas personalidades—entre los treinta y los cincuenta años—comienzan a ejercer sus efectos.

La influencia económica de los Estados Unidos se ha realizado en condiciones radicalmente distintas de las de Inglaterra. Los grandes intereses norteamericanos, sobre todo las poderosas sociedades petrolíferas y los grandes Bancos, no están en conexión con el Gobierno. Ciertamente no los perjudicará la serena y discretísima protección de las Embajadas estadounidenses. Pero, a diferencia de los intereses británicos, no están parcialmente en poder del Gobierno. Además, no pueden contar con una protección militar de su país. Es cierto que operan en el mundo islámico con la autorización expresa de su Gobierno, pero siempre con la absoluta convicción de que realizarán sus operaciones con riesgo propio. De ahí que las sociedades hayan ofrecido previamente condiciones económicas favorables para sus presuntas concesiones en aquellos países en cuyo territorio intentaban ejercer actividad económica. Particularmente en las sociedades petrolíferas hubo desde el comienzo una participación directa del Gobierno local en la empresa, principalmente en la Arabia Saudita. Por otra parte, jamás llegaron a traspasar los límites marcados por la ley, tal y como aconteció con las sociedades británicas. Antes al contrario, se constriñeron siempre al respeto íntegro de las autoridades locales y a seguir las ordenanzas como si efectivamente fueran habitantes del país.

Esta política, que en la jerga del comerciante lleva el nombre de Sociedad Petrolífera Aramco, ha provocado gestos dubitativos en muchos veteranos del anacronismo político. Sin embargo, hoy, cuando la seguridad de la propiedad ajena ya no encuentra garantías, está claro que los intereses norteamericanos están mejor situados que los restantes. Porque incluso económicamente es más ventajoso renunciar abiertamente y a corto plazo a gigantescas ganancias para contar empero con el beneplácito de los Gobiernos locales. Porque estos Gobiernos comprenden lúcidamente que sus intereses son solidarios de los intereses de las sociedades norteamericanas.

Basándose en estas dos premisas, la influencia norteamericana ha encontrado vía libre. Es elocuente que, a pesar de la crisis israelí, los norteamericanos pueden seguir permaneciendo en el territorio. Por supuesto, se sentirían con mayor poder de no haberse producido el conflicto.

DOS FACTORES: ISRAEL Y TURQUIA

Esta breve panorámica no se completaría de no hacer mención a otros dos factores: Israel y Turquía.

La creación del Estado judío por la O. N. U., dirigida por los Estados Unidos, es, sin duda, el máximo acontecimiento político de los últimos diez años en el mundo del Islam. El establecimiento de un pueblo extraño en suelo arábigo y la expulsión de su patria de más de diez millones de árabes fué ciertamente causa de profunda irritación. Pero ésta no hubiera sido nunca tan grande de no haber mediado la sospecha en los pueblos del Islam de que Israel no era sino una cabeza de puente que permitiría a las potencias occidentales cargarles de nuevo con las cadenas del colonialismo. El temor a la ocupación extranjera es todavía un recuerdo vivo y amargo en la actual generación arábiga. Y la ambición israelita de extender su reino desde el Eufrates hasta el Nilo hizo el resto. Las manifestaciones desafortunadas de los políticos norteamericanos, considerando a Israel como avanzadilla de la democracia, acabaron por robustecer la sospecha. Y el apoyo incondicional, podríamos decir el ciego apoyo, dispensado a los judíos, especialmente por Truman, ha perjudicado mucho a la buena fama de los occidentales.

La cuestión de Israel no debiera ser juzgada desde el ángulo de una política a corta vista. Es relativamente poco importante lo que se desarrolla ante nuestros ojos, tan importante como el problema de saber si la frontera del Estado judío está un poco más al este o al oeste. Se trata de una prueba a largo (Pasa a pág. 54.)

LA PALABRA, LA IMAGEN, LA LETRA...

TEATRO

«LA CIUDAD SIN DIOS», de Joaquín Calvo Sotelo.

Joaquín Calvo Sotelo, que hace un par de años obtuvo con «La muralla» uno de los más resonannantes éxitos teatrales del siglo, ha estrenado, en el teatro nacional María Guerrero, una nueva pieza, sin duda la más ambiciosa de cuantas ha escrito, si bien su realización no alcanza, ni con mucho, el nivel mínimo que la categoría del tema exige.

El asunto elegido por Calvo Sotelo—la lucha de un imaginario Estado moderno contra la religión y el intento de extirpar toda creencia para siempre—tiene indudable altura, y hace al dramaturgo merecedor de un cálido elogio. Desgraciadamente, el tratamiento que al tema ha dado deja mucho que desear. Su línea argumental no sólo carece de originalidad, sino que cuenta con un próximo y mucho mejor resuelto precedente en el cine español. En efecto, el tipo de pecador, al que es encomendado el papel de profeta, personaje central de «La ciudad sin Dios», estaba ya hecho con alguna variante, pero de manera mucho más convincente, en la película española «El Judas», estrenada hace algunos años. Pero no es en esta reiteración argumental donde radica el fallo básico de la obra de Calvo Sotelo, sino en su torpeza dialéctica. En el curso de la obra se nos dice muchas veces, eso sí, que Dios existe, pero para que Nicolai Nordson—el histrión metido a profeta por contrato profesional y personaje clave del drama—llegue a creer, es preciso que antes acontezca un milagro, y se nos antoja éste un recurso demasiado socorrido y fácil como para resultar admisible.

La interpretación, irreprochable, de modo muy especial en lo que se refiere a Angel Picazo, Juan José Menéndez—que logró dar vida propia a un comisario acartonado y topiquero—y Victoria Rodríguez. La dirección de Claudio de la Torre, acertada en líneas generales, adoleció de lentitud.

CINE

«EL MUNDO DEL SILENCIO» y «EL GLOBO ROJO»

Casi simultáneamente se han estrenado en Madrid estas dos películas francesas, las dos premiadas en el Festival de Cannes y destinadas ambas a figurar de modo destacado en las más exigentes antologías del cine universal. Justamente por su excepcionalidad, se hace MVNDO HISPÁNICO eco de su estreno en esta sección.

«El mundo del silencio» ha sido realizada por el comandante Cousteau, y constituye el más asombroso documento aportado por el cine hasta hoy. Cousteau y sus esforzados colaboradores, en el curso de un periplo por los mares Mediterráneo y Rojo, golfo Pérsico y océano Indico, con su nave «Calypso», han arrancado a las profundidades abisales secretos que sin el irrebatible testimonio de la cámara nunca habríamos aceptado como reales. Y es que esta realidad, certeramente denominada «El mundo del silencio», supera en belleza y fantasía a cualquier juliovernesca invención surgida de la capacidad imaginativa del hombre. El mundo submarino, su fauna y sus fabulosos paisajes, son mostrados a los espectadores por Cousteau en un alarde de dominio técnico, audacia y exacto conocimiento de las posibilidades del cine. La extraordinaria calidad de la fotografía añade un factor positivo más a los muchos de «El mundo del silencio».

Albert Lamorisse—inolvidable creador de «Bim» y de «Crin blanca»—es, además de director, autor del argumento y del guión de «El globo rojo». Un niño, un globo, los golfillos de Montmartre, la húmeda melancolía del viejo barrio parisiense..., y ternura, mucha ternura, han bastado a Lamorisse para lograr uno de los más perfectos poemas cinematográficos de todos los tiempos. Poema, naturalmente, sin palabras (las pocas que se dicen—¿añadidas, acaso, en el doblaje?—sobran). La imagen y nada más; como debe ser, como ha sido siempre el mejor cine. Poema para grandes y chicos, inefable cuento en el que se aceptan de buen grado todas las inverosimilitudes, todos los convencionalismos, en gracia a su hermosura. La humanización del globo, lograda plenamente en su amistad con el niño, en su entrañable escarceo amoroso con otro globo, alcanza la mejor y más ahondadora expresividad en su lenta muerte, víctima de la excelente puntería de un mozalbete de Montmartre. Pascal Lamorisse es en todo momento un niño-niño, sin ninguno de los resabios del niño-actor. La fotografía, de Edmond Sechau, y las ilustraciones musicales, de Maurice Leroux, perfectamente compenetradas con la intención de «El globo rojo».

«CALLE MAYOR», de J. A. Bardem.

«Calle Mayor», digámoslo inmediatamente, es una gran película española. Y todavía más: atendiendo a sus valores estrictamente cinematográficos, es acaso la mejor realización con que hasta la fecha cuenta el séptimo arte en España. Pero, sin embargo, no es lo que—a juzgar por su título—quiso que fuera Juan Antonio Bardem, director expertísimo y guionista bastante menos afortunado. En efecto, «Calle Mayor» alcanza su máxima temperatura artística en el instante preciso en que, alejándose de lo que, al parecer, era su propósito inicial—la crítica despiadada de la vida en una ciudad provinciana, rutinaria, aburrida, espiritualmente chata—, comienza a ser, de un modo absoluto, el drama íntimo de Isabel, solterona, víctima del más cruel e irreparable engaño. Creo que estamos ante un nuevo caso, por lo demás muy frecuente en la novela, el teatro e incluso el cine, en que un personaje adquiere la fuerza suficiente para rebelarse pirandellianamente contra su autor hasta hacerle modificar de modo radical la trayectoria que en su concepción primera debía seguir la obra. Y en esta ocasión hay que añadir que la modificación del rumbo es, además de inevitable, afortunada, porque la crítica de la vida provinciana a que antes se hizo referencia había sido enfocada por Juan Antonio Bardem atendiendo exclusivamente a sus aspectos negativos, con manifiesta parcialidad y una premeditada intención demoledora, a todas luces injusta.

El virtuosismo técnico de Bardem se nos muestra en esta nueva película suya más centrado, con una mayor servidumbre al tema, y logra secuencias tan extraordinarias como la del encuentro de Isabel y Juan en la iglesia, el paseo de la calle Mayor y, sobre todo, los diez últimos minutos de la película, que culminan en un final de sobrecogedora autenticidad.

De la interpretación, Betsy Blair destaca muy por encima de todos los demás, viviendo de manera impresionante su personaje. José Suárez, más dúctil que de costumbre; y en conjunto, todos bien. (Pasa a la pág. 66.)

JUAN EMILIO ARAGONES

Antes de visitar España

CONSULTE USTED A «MVNDO HISPANICO»

CADA año vienen a España numerosísimos hispanoamericanos. La mayor parte de ellos tienen familiares españoles, que pueden prepararles las etapas más interesantes en el país para su visita, preparación que es también relativamente fácil cuando el viajero vive en una ciudad importante, donde las direcciones de turismo o agencias de viaje pueden proporcionar la información necesaria. Pero para aquellos cuya vida transcurre lejos de estos centros y que no han venido nunca a España o lo hicieron hace muchos años, la previsión de una estancia en ella puede crearles preocupaciones y problemas, que desde nuestra revista trataremos de resolver.

MVNDO HISPANICO ha creado un servicio de información turística a la disposición de sus lectores. Desde este servicio se contestará gratuitamente a cualquier pregunta referente a un posible viaje a España.

- COMUNICACIONES TERRESTRES, MARITIMAS, AEREAS E INTERIORES QUE PUEDAN INTERESARLE.
- LUGARES INTERESANTES QUE DESEE O PUEDA VISITAR.
- RESERVA DE HABITACIONES EN HOTELES APROPIADOS.
- RUTAS A SEGUIR EN UN TIEMPO MINIMO DISPONIBLE.
- CIUDADES, MONUMENTOS, COSTUMBRES DE CADA LUGAR Y FECHAS ADECUADAS EN CADA LUGAR.
- ETC., ETC.

Con MVNDO HISPANICO colaborarán entidades y firmas calificadas para dar el mayor número de facilidades a nuestros consultantes, de manera que su visita a España podrán hacerla sin preocupación alguna y en la seguridad de que MVNDO HISPANICO resolverá todos sus problemas turísticos.

ESCRIBAN A

MVNDO HISPANICO (Servicio de Información Turística) - Alcalá Galiano, 4 - MADRID

BARCELONA





AVENIDA PALACE

Dirección telegráfica: AVENIDOTEL
Teléfono 22 64 40

AVENIDA DE JOSE ANTONIO
PASEO DE GRACIA

El hotel más moderno de Barcelona, en pleno centro de la Ciudad Condal

250 habitaciones con baño, ducha y radio
Aire acondicionado

Servicio de cocina a la gran carta

•



HOTEL ORIENTE

Dirección telegráfica: ORIENTOTEL
Teléfono 21 41 51

Situado en las típicas Ramblas, a 300 metros del puerto
200 habitaciones con baño y máximo confort



EL CORTIJO

(TEMPORADA DE VERANO)

Restaurante-Jardín y Salón de Fiestas

Instalación puramente andaluza, en el mejor emplazamiento de la ciudad

Espectáculo típico español e internacional

★

TARRAGONA

HOTEL EUROPA

ALEGRIA Y FRESCOR EN VERANO · REPOSO Y TIBIEZA EN INVIERNO
BIENESTAR TODO EL AÑO

LE BRINDA EL





EL HOTEL DE LUJO DE LA COSTA BRAVA

YACHTING · TENNIS · BAÑOS · PATINAJE · PESCA SUBMARINA

SALAMANCA (ESPAÑA)

Salamanca ocupa un lugar preeminente entre las ciudades históricas de España. Aparece en su historia con la llegada de Aníbal, el año 237 antes de Jesucristo. Sometida luego a los visigodos y más tarde a los moros; arrasada por el califa Modhafer, fué liberada y reconstruída por Alfonso VI y sus sucesores en el siglo XI. Su fecha principal es la de la batalla de Arapiles, principio de la liberación de España tras la ocupación napoleónica.

Debe su reputación mundial a su Universidad, fundada en el siglo XIII. Visitada por Cristóbal Colón, que acudió a ella con objeto de cerciorarse del fundamento de su gran sueño—descubrir, allende los mares, nuevas rutas—, nunca dejó de desempeñar un papel preponderante en la institución y difusión de la cultura universal.

La Salamanca de hoy no desmerece en nada de tan prestigioso pasado. De él ha conservado intactos innumerables testimonios arquitectónicos: la Puerta de Zamora, el hermoso paseo de la Alamedilla, la armoniosa y única Plaza Mayor, la Casa de las Conchas, la Clerecia... El visitante debe detenerse a cada paso ante algún monumento patinado por los siglos, a lo largo de sus calles, perfectamente equilibradas, y cuyo sosiego sólo se ve interrumpido, de cuando en cuando, por la risueña música de las célebres tunas universitarias.



HOTEL MONTERREY

INAUGURADO EN MAYO DE 1954

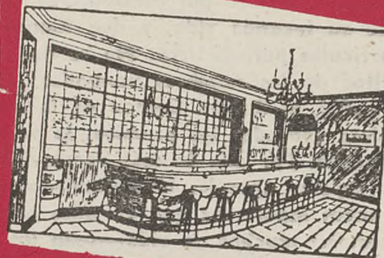


110 habitaciones con teléfono y baño

Garaje para 30 coches

BAR AMERICANO

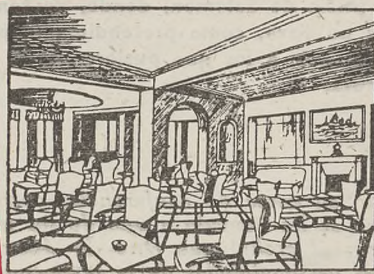




SALONES

Comedor-Restaurant para 250 personas

EXCELENTE COCINA



Emplazado en la calle de José Antonio, 15, de la Salamanca monumental, se alza el HOTEL MONTERREY, en la zona residencial más aristocrática de la ciudad, en las proximidades de su Plaza Mayor, que por su grandiosidad es única en el mundo.

Los monumentos de su fe se entremezclan con los de su ciencia: preciosa iglesia románica de San Marcos, Catedral Vieja, enriquecida con las mejores joyas de la escultura y de la pintura de la época; Catedral Nueva (siglo XVI), Escuelas Menores, Universidad (siglos XI y XVI); capilla de San Jerónimo, con sus fabulosos tesoros; Hospital del Estudio; Biblioteca, de 80.000 volúmenes; iglesias de San Millán y de San Isidro, Casa de las Conchas, convento de San Esteban, Colegio del Arzobispo, colegios de San Ambrosio y Carvajal, casa de Alvarez Abarca, médico de Isabel la Católica. En ese collar de joyas merecen mencionarse todavía los conventos de los Agustinos y de los Carmelitas, la Casa de las Muertes y, por fin, el palacio de Monterrey, bajo cuyos imponentes auspicios se ha colocado el modernísimo Hotel Monterrey.

La elegante instalación de este último, la notable decoración de su comedor y de sus salones, el confort de sus habitaciones, la excelencia de su cocina y lo esmerado de su servicio ofrecen al turista un sitio ideal para su estancia en Salamanca, merecedora de muchísimo más que un pasar precipitado, y cuya visita detenida se impone a quienquiera que haya comprendido el papel que desempeña, desde hace siglos, el foco siempre ardiente de la cultura hispánica y mundial.

DE LUNA A LUNA

Por JOSE MEDINA GOMEZ

LUNA LLENA

Recompensas y discusiones

La Fundación March, creada por el magnate de las finanzas y primera figura del capital español, don Juan March Ordinas, estableció el año pasado, y con carácter anual, unos premios de 500.000 pesetas cada uno —poco más de 10.000 dólares— para recompensar a los españoles que, a través de una vida ejemplar de trabajo, hayan contribuído más eficazmente al prestigio cultural de España con el enaltecimiento de las ciencias, las letras y las artes. En 1956 fueron diez los premios concedidos y, como recordarán los lectores de «M. H.» —pues a ese fin dedicamos un cumplido reportaje—, correspondieron a destacadas personalidades, tales como el patriarca de las letras españolas, don Ramón Menéndez Pidal; el pintor Alvarez de Sotomayor, director del Museo del Prado, etc. Tres personajes de renombre universal han sido los agraciados por ahora este año: el doctor Gregorio Marañón, para el de Ciencias; don José María Pemán, para el de Letras, y al pintor don Hermenegildo Anglada Camarasa el de Bellas Artes.

Sería por demás ingenuo pretender trazar una semblanza de los galardonados, pues sus nombres escapan de la órbita nacional para adquirir acentos mundiales. Marañón —por su doble faceta científica y literaria—, Pemán —renombrado autor teatral, fabuloso articulista y excelente orador— y Anglada Camarasa —pintor cuyas obras figuran en los principales museos de Europa y América— no necesitan presentación y, en la línea de los grandes hombres, atesoran el acervo común de la cultura. Nadie discute los merecimientos de los premiados ni este homenaje nacional que se les rinde con el dinero del señor March, pues ¿qué menos podría hacerse por quienes han dedicado su vida a lograr que España se mantenga en la brecha de la cultura, continuadores de aquellos otros que dieron a la civilización occidental el rango de «primus inter pares»?

Pero como de todo hay en la viña del Señor, es corriente oír en los corrillos intelectuales de Madrid, si no críticas hacia los galardonados, quejas por las ausencias de otros nombres igualmente valiosos. Estas quejas se apoyan en toda clase de argumentos y en primer lugar en las necesidades pecuniarias de los beneficiarios. Afortunadamente para ellos, los señores Marañón y Pemán gozan de desahogada posición, por lo que el premio tiene más de valor honorífico que de material (el doctor Marañón ha anunciado la cesión del mismo a entidades benéficas). No así Anglada Camarasa, que en unas declaraciones se ha dolido de dificultades económicas. Ante esta situación, en lo concerniente a los dos primeros, se recuerdan los nombres —para el premio de Letras— de dos Ramones: Gómez de la Serna uno, el enorme «Ramón» de las «greguerías», ausente de España en Buenos Aires y ansioso por establecerse en Madrid para pasar los últimos tiempos de su fecunda vida, y don Ramón Pérez de Ayala, escribiendo a destajo artículos periodísticos. No es de nuestra incumbencia desentrañar los méritos de los nombres barajados; si tiene más derecho Pérez de Ayala o Pemán, si Ramón Gómez de la Serna u otro. Si en nuestras manos estuviera conceder los premios, la verdad es que nos hubiéramos visto en un aprieto. Por ello lo más recomendable es adoptar una actitud expectante y esperar. Que los hoy premiados son dignos de ello nadie lo discute; entonces esperemos que en años próximos —que auguramos a los genios españoles muchos de vida— sean los otros, los ahora olvidados, quienes reciban el galardón; que los Premios March sean una especie de rueda de la inteligencia. No vamos a recurrir a un juicio de Salomón, donde, de tanto dividir, se haga el premio inoperante y no sirva, como pretendiera el patrocinador, para ayudar a un pasable subsistir a los que pusieron todo su empeño en servicio de España y la cultura.

Conferencia de postín

El Ateneo de Madrid ha inaugurado su curso de conferencias correspondiente al año 1957. Para este motivo se ha llamado a uno de los más ilustres conferenciantes de nuestra hora: al archiduque Otto de Austria-Hungría. Al acto han asistido relevantes personalidades de la intelectualidad española y destacadas personalidades del Gobierno, tales como el ministro de Información, señor Arias Salgado, que presidió el acto, acompañado de sus colegas de Obras Públicas, conde de Vallellano, y de Justicia, señor Iturmendi. En lugares preferentes figuraban los embajadores de los Gobiernos en el exilio de Polonia, Hungría, Estonia y Letonia, y el embajador de la República de Colombia, señor Alzate Avendaño; su alteza real el infante don José Eugenio de Baviera y Borbón; el embajador de España en la República Dominicana, señor Sánchez Bella; el marqués de Valdeiglesias, etc.

La conferencia del archiduque trató sobre el tema «La tensión actual en el bloque soviético», y en el curso de ella dió Otto de Habsburgo, nuestro ilustre colaborador, una magistral lección de la tesitura del mundo comunista y su crisis, tanto en el orden interno, a partir de la muerte de Stalin, como en los países satélites en los recientes sucesos de Polonia y Hungría. Con verbo preciso y sutileza de conceptos, mostró el archiduque su visión política y las soluciones para poner fin, sin recurrir a la fuerza, a la opresión soviética en la Europa Oriental, soluciones que dependen de una coordinación de nuestro mundo en una unidad de criterio. Al final de su conferencia, el archiduque Otto de Habsburgo fué calurosamente aplaudido y felicitado por la ilustre concurrencia que asistió al acto.

LOS PUEBLOS DEL ISLAM

(Viene de la pág. 51.) plazo, pues Israel tiene hoy el gran problema resuelto gracias a que los occidentales pueden enviarle la ayuda que precisan.

En otras palabras, hay que comprender que Israel es un Estado del Oriente Medio, es decir, de un mundo en el cual los árabes predominan. Su existencia dependerá más de la habilidad de los judíos en hacerse a sus convecinos y de hacerse asimilar por ellos, que son hoy sus enemigos, que de fronteras estratégicas y de millones de dólares de América. Históricamente hablando, esta tarea parece inaccesible. Los cruzados sucumbieron. Apoyados sobre Occidente durante muchos años, fueron capaces de establecer en Palestina un sistema ejemplar y un *standard* de vida soberbio. Los árabes se encontraban relegados en la infinidad de sus desiertos. Mas como los cruzados no tuvieron la habilidad de ganar simpatías, el primer gran desfallecimiento de la cristiandad les era fatal.

Si los dirigentes de Tel Aviv desean que en los siglos venideros los judíos puedan aún vivir sobre la tierra de Palestina, no deberían olvidar este ejemplo, pues Israel hoy no es más que otra cruzada nacionalista. Desde este punto de vista, los últimos acontecimientos pondrán la situación del porvenir más difícil.

Sin embargo, no hay todavía razón de pesimismo hindú.

Si América sigue con la política de neutralidad inaugurada por Dulles y el subsecretario de Estado Hoover, podrá muy bien ayudar potentemente a la evolución de una colaboración judío-árabe. Los Estados Unidos ganan cada día una posición de árbitro, y como tal, ellos dirán su última palabra.

Mientras Israel al presente agudiza la tensión, Turquía constituye un elemento satisfactorio y de influencia anticomunista. Se habla mucho de manifestaciones de enemistad contra Turquía en los países arábigos. Antes al contrario, se percibe fácilmente la influencia muy real de elementos amigos de Turquía, educados en Constantinopla junto al sultán —como, por ejemplo, Nuri as Said—, que actúan todavía hoy en los países arábigos. Ankara cuenta con aliados en la mayoría de los Gobiernos del Islam, y aun no se ha extinguido el recuerdo del califa de Estambul. Lo que en un momento crítico puede revestir la máxima importancia.

INFLUENCIA DE LA UNION SOVIETICA EN EL ISLAM

Mientras las potencias occidentales se encuentran en desordenada formación en el mundo del Islam, la Unión Soviética se ha presentado sobre el campo de operaciones con una potencia que da mucho que pensar.

Ya el antiguo Imperio de los zares había urdido intrigas, una y otra vez, en esta región. Recuérdese simplemente la política del Afganistán y del Irán y las líneas de influencia ensayadas siempre por Rusia en la Mesopotamia de entonces, hasta incluso Palestina. Por supuesto, esta política estaba determinada francamente por el paneslavismo. Los zares se consideraban como sucesores del emperador de Bizancio, y su objetivo consistía en hacerse coronar en Constantinopla. De ahí que su política en el Oriente Medio no consistiera primariamente en ocupar estos territorios, sino más bien en debilitar al sultán en Constantinopla, precipitando así la caída de su poderío.

En los tiempos aurorales del bolchevismo y hasta el comienzo de la segunda guerra mundial, la política de la Unión Soviética fué relativamente pasiva. Bien es cierto que Rusia hizo allí su circunstancial aparición para apoyar a este o al otro movimiento revolucionario. Pero se trataba de acciones esporádicas y no de intentos sistemáticos.

Con la segunda guerra mundial, la Unión Soviética surge por primera vez en el Irán. La ocupación de este país fué realizada conjuntamente por rusos y por ingleses. La caída de la República comunista de Tabris en el año 1947, como consecuencia de la presión conjunta de los Gobiernos del Irán y de los Estados Unidos, constituyó una de las primeras derrotas sensibles de los soviets, tras las grandes victorias de la segunda guerra mundial.

Poco después comienza el Kremlin el intento de crear partidos comunistas en todos los países del Cercano Oriente. Este intento terminó en un severo fracaso, con la excepción de Siria y de Bahrein. El Islam y el bolchevismo no congeniaban.

Pero desde hace unos dos años la Unión Soviética adopta una nueva táctica y desencadena un ataque sistemático contra las posiciones occidentales en el Oriente Medio. Esta ofensiva se realiza aplicando métodos diplomáticos y económicos, luego de haber fracasado los políticos.

Esta presentación repentina y poderosa podría reducirse a tres argumentos fundamentales: En primer lugar, la Unión Soviética ha perdido la esperanza de progresar en Europa, en las circunstancias actuales; de ahí que busque un campo en el cual no se hayan bloqueado los frentes. En segundo lugar, la semilla soviética comienza a florecer en Africa. Los preparativos de muchos años comienzan a dar su fruto. Pero el camino de Africa pasa a través de los países islámicos. Y en tercero y último, la Unión Soviética se ve forzada a esta política por su rivalidad con la China roja. Porque, a diferencia de la situación anterior a la muerte de Stalin, en la cual no cabía duda de que Moscú era la capital del comunismo mundial..., hoy existe un doble y equilibrado liderato en el bloque soviético: Rusia y China. El imperio de Mao Tse-Tung cuenta con una población más fuerte que la del de Krutschev. Además, en sus fronteras existen Estados a los que aspira a subyugar en un futuro próximo, para levantar a su costa un poderío tan grande, que hará *(Pasa a la pág. 66.)*

PRELUDIO AL APOCALIPSIS

EL DIARIO DE HIROSHIMA*

El hospital de Comunicaciones de Hiroshima tenía la misión de cuidar a los empleados de ese Ministerio. Era un establecimiento importante, edificado junto a la oficina de Comunicaciones, que, después de la explosión, fué transformado temporalmente es un anejo del hospital. La casa del director estaba próxima.

6 DE AGOSTO DE 1945.—Era temprano. La mañana se anunciaba tranquila y soleada. Yo miraba hacia el sur sobre mi jardín, a través de las puertas, abiertas de par en par. Vestido con un pantalón y una camiseta, estaba echado sobre el entarimado de mi habitación, fatigado por una noche de insomnio. Había estado de guardia en el hospital, formando parte del equipo de socorro previsto para caso de incursiones aéreas. De repente, un relámpago cegador me sobresaltó; luego, otro. Es extraño cómo ciertos detalles se graban en la memoria. Me acuerdo perfectamente de haber visto brillar una linterna de piedra al fondo del jardín, y me pregunté si ese reflejo provendría de una chispa de magnesio o de un tranvía que pasaba por allí cerca. La visión, aún brillante un momento antes, se hizo oscura y gris. A través de torbellinos de polvo levantados por una súbita ráfaga de viento, apenas podía ver la columna de madera que sostenía un ángulo de la casa: se inclinaba peligrosamente y el techo vacilaba de un modo inquietante.

Movido por un reflejo instintivo, traté de huir, pero unos cascotes me cerraban el paso. Avanzando a tientas, logré alcanzar la barandilla y bajé al jardín. En el mismo instante me detenía, inmovilizado por una sensación de debilidad insuperable. Con gran estupor advertí que estaba completamente desnudo. ¡Cosa extraña! ¿Dónde habían ido a parar mi pantalón y mi camiseta?

¿Qué había pasado? Todo mi costado derecho estaba lacerado de cortes profundos y sangraba abundantemente. Una gruesa astilla de madera sobresalía de una herida contusa en mi muslo derecho y un sabor tibio me corría por la boca. Tocándome la mejilla, noté que la tenía desgarrada y que mi labio inferior caía, medio arrancado. Un gran trozo de vidrio se me había clavado en el cuello. Me lo quité tranquilamente y me puse a contemplarlo en mi mano ensangrentada, con la indiferencia de un ser embrutecido por un choque tan violento.

¿Y mi mujer? Me puse a gritar, presa de pánico, llamándola:

—¡Yaeko-San! ¡Yaeko-San!... ¿Dónde estás?

Un chorro de sangre empezó a brotar de mi cuello. ¿Se me habría cortado la carótida? ¿Iría yo a morir desangrado?

—¡Una bomba de quinientas toneladas! ¡Yaeko-San!... ¿Dónde estás? ¡Ha caído una bomba de quinientas toneladas!

Pálida y desencajada, con los vestidos desgarrados y manchados de sangre, Yaeko-San salió de entre las ruinas de nuestra casa. Se sujetaba un codo con la otra mano. Verla me tranquilizó; mi propio pánico se disipaba, e intenté darle ánimos:

—No tengas miedo—le dije—. Lo importante es apartarnos de aquí lo más rápidamente posible.

Ella asintió con la cabeza y yo le hice señal de que me siguiera. El camino más corto para salir a la calle pasaba por la casa vecina. La atravesamos, pues, corriendo, tropezando, cayendo, volviendo a correr, hasta que una cosa blanda estorbó mis pies y me encontré tendido todo lo largo en la calle. Al incorporarme me di cuenta de que había tropezado en una cabeza humana.

—¡Perdone, señor! ¡Oh, perdón!—balbucí espantado.

No obtuve respuesta. El hombre estaba muerto. La cabeza había pertenecido a un joven oficial, cuyo cuerpo yacía unos pasos más allá, cogido bajo una verja de hierro que se había abatido sobre él. Nos quedamos como helados allí, y en aquel momento la casa que teníamos enfrente se puso a oscilar y se derrumbó casi a nuestros pies. Al instante, nuestra propia casa se puso a vacilar y, segundos más tarde, se derrumbaba a su vez entre una nube de polvo. A nuestro alrededor, otras edificaciones se desplomaban como castillos de naipes o basculaban en el vacío. Brotaron llamas de los escombros y comenzaron a extenderse, propagadas por un viento cada vez más fuerte.

Nos dirigimos hacia el hospital; estábamos heridos y además mi deber era estar junto a mis colaboradores. Este último pensamiento era absurdo. ¿Qué utilidad podía yo prestar, herido como estaba? Me faltaban las fuerzas. Sentía una intensa sed.

Yo continuaba completamente desnudo y, si bien no experimentaba ninguna vergüenza, estaba confuso al advertir que había desaparecido de mí todo sentimiento de pudor. Nos encontramos un soldado que estaba de pie en medio de la calzada: tenía el aspecto de un atontado. Llevaba una toalla sobre los hombros. Se la pedí para cubrir mi desnudez. El soldado me la tendió sin proferir una palabra. Un poco más allá perdí la toalla y Yaeko-San tuvo que quitarse su delantal para ceñírmelo.



Ibamos con una lentitud desesperante. Mis piernas se negaron a llevarme; no tenía ni fuerzas ni voluntad de seguir, y pedí a mi mujer, no obstante estar tan gravemente herida como yo, que se anticipara hacia el hospital a pedir que me socorrieran. Yaeko-San accedió al fin. Se inclinó sobre mí y me envolvió con una mirada. Después, sin pronunciar una palabra, prosiguió, desapareciendo de mi vista, tragada por una niebla opaca. En aquel momento era absolutamente de noche. Separado de mi mujer, me sentí invadido por un sentimiento de soledad infinita.

Debí de perder el conocimiento mientras yacía al borde del camino, porque de lo que me acuerdo después es de que la costra de mi pierna estaba arrancada y manaba la sangre de nuevo. Me puse la mano sobre la herida. Poco después cesó la hemorragia y me sentí mejor. Intenté seguir; mis movimientos eran de una lentitud angustiosa, pero mi cerebro funcionaba con agilidad.

En la penumbra distinguí la mole sombría de la oficina de Comunicaciones, un gran edificio de cemento armado, detrás del cual estaba el hospital. Cobré ánimo al ver que pronto alguien me encontraría y que, si me moría allí, se harían cargo de mi cadáver.

Me concedí algunos instantes de reposo. Comencé a ver desfilar delante de mí sombras humanas semejantes a una procesión de fantasmas. Algunos parecían presa de un dolor indecible y avanzaban con los brazos hacia delante. Estas siluetas me intrigaron, hasta que comprendí que pertenecían a gentes atrozmente quemadas, que querían evitar la fricción dolorosa de sus miembros contra sus costados en carne viva. Salió de la niebla una mujer desnuda con un niño en brazos; volví la cabeza. ¿Vendrían acaso del baño? Pero en seguida vi otro hombre desnudo también, y entonces me di cuenta de que a ellos les había sucedido lo mismo que a mí: que alguna cosa inexplicable les había despojado de sus vestidos. Una mujer mayor vino a caer a mi lado. Su cara estaba contraída por el dolor, pero de sus labios no salía sonido alguno. Todos los que yo veía tenían esto de común: parecían fantasmas, porque todos sus gestos se verificaban en un silencio absoluto. Todos nos dirigíamos lentamente hacia el hospital.

Mi enfermera personal, señorita Kado, me lavó las llagas con tintura de yodo, sin que mis gritos la hicieran cesar en su labor. Tuve que soportar la tortura. El hospital comenzó a verse envuelto en humo. Las voces de «¡Fuego! ¡Fuego!» se

(*) MICHIHIKO HACHIYA: *Le journal d'Hiroshima. 6 août-30 septembre 1945.*—Préface et traduction de Benoist-Méchin.—Editions Albin Michel, Paris, 1956.—XXI + 282 págs.



fueron extendiendo; aquello parecía un asilo de locos. Se había roto aquel angustioso silencio y yo oía las voces de mis compañeros ordenando la evacuación. Sobre mi tobillo cayó un tizón incandescente. No pude hacer más que retirarlo con la mano. Fuimos trasladados al jardín de Comunicaciones. El calor era sofocante junto a los edificios en llamas; sólo había una esperanza de salvación: abandonar también el jardín. Los que podían marchar por sí huyeron; los que no, perecieron carbonizados. Sin mis leales amigos, yo hubiera sucumbido allí mismo, pero acudieron una vez más en mi socorro y llevaron mi camilla hasta la puerta principal de Comunicaciones, al otro lado del edificio. Había ya algunos heridos allí; entre ellos, mi mujer.

Los incendios saltaban de todos lados, mientras que un viento de huracán atizaba las llamas y las propagaba de un edificio a otro. El terreno que ocupábamos delante de la oficina de Comunicaciones no era más que un oasis dentro de un océano de llamas, y no hubiéramos sobrevivido al calor, tan intenso, si no nos hubieran rociado con una manga de riego. La ducha fría acabó con mis fuerzas. Me puse a tiritar. Mi corazón se batía en retirada. Todo se me hacía un remolino ante los ojos. «Esto se acabó», dije.

Cuando volví en mí, el doctor Sasada estaba tomándome el pulso. La señorita Kado, mi enfermera, me inyectó. Comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia. Algunos creímos que iba a desencadenarse una tormenta y que acabaría con las llamas. Pero esas gotas eran caprichosas. Cayeron unos pocas, después otras pocas; eso fué todo. La voz inconfundible de la mujer del conserje, la señora Saeki, me gritó:

—Animo, doctor; el incendio se acaba. Todo el norte de la ciudad está completamente consumido. No tenemos que temer, pues.

El cielo continuaba encapotado, pero yo no hubiera podido decir si era por la tarde o a mediodía, si era el mismo día o el día siguiente. El tiempo no tenía ya sentido. Todo lo que yo acababa de vivir habría podido ocurrir en un solo instante o extenderse a través de la monotonía de una eternidad. Hiroshima no era ya una ciudad, sino un desierto incendiado. Al este y al oeste todo estaba raso. Las montañas lejanas parecían más cercanas que de costumbre. ¡Qué pequeña era Hiroshima ahora que todas sus casas estaban destruídas!

Alguien gritó:

—¡Aviones! ¡Aviones!

¿Era posible? ¿Qué quedaba ya que bombardear?

Llegó el doctor Katsubé, jefe de Cirugía de nuestro hospital. La alegría de saberle en salvo y entre nosotros nos hizo olvidar los aviones. Brazos amigos me llevaron a lo que quedaba del hospital. Yo estaba agotado. Recuerdo el dolor que me produjeron al recomponerme la cara y coser mi labio, pero no he guardado recuerdo de ninguna de las otras cuarenta heridas que el doctor Katsubé me suturó antes de anochecer. Desde mi nuevo alojamiento vi que el sol, al ponerse, dejaba unos rastros de púrpura oscura. Se diría que las llamas de la ciudad habían lamido todo el cielo. Con esta última visión me dormí.

7 AGOSTO.—Debía de haber dormido profundamente, porque cuando abrí los ojos el sol estaba ya bastante alto. No había contraventanas ni visillos para amortiguar el brillo cegador de la luz. Todo estaba en un desorden indescriptible; el hospital estaba revuelto de arriba abajo. Por todos lados gemidos de los heridos. Mi mujer estaba a mi derecha. Su cara estaba oculta por un ungüento blanco, que le daba la apariencia de un espectro. Un brazo lo tenía aprisionado en una férula. La señorita Kado, que sólo estaba levemente herida, estaba entre nosotros dos. Nos había estado cuidando toda la noche.

Reconocí a la señora del doctor Fugi. Su rostro expresaba la más profunda desolación. La señorita Kado me explicó:

—No está más que ligeramente herida, pero su niño ha muerto esta noche. El doctor ha marchado ayer tarde a buscar a la hija mayor, que ha desaparecido, y debe de andar aún buscándola por entre las ruinas.

El doctor Katsubé me examinó y me tomó el pulso.

—No tiene usted ningún punto vital afectado, si bien sus heridas son muchas.

Me las describió y me explicó cómo me las habían curado. El optimismo con que él preveía mi próxima curación me reconfortó.

—¿Cuántos heridos hay en el hospital?—pregunté al doctor Koyama, que había estado operando toda la noche.

—Unos ciento cincuenta—me respondió—. Muchos de ellos han muerto, y son tantos los que están muriendo aún, que no sabemos dónde ponerlos. No hay ni sitio donde poner los pies. Hay colocados heridos hasta en los lavabos.

No había quien cuidara de la higiene de los heridos ni quien les preparara la comida. Para agravar la situación, se habían presentado innumerables casos de vómitos y diarreas. Los heridos que no se podían mover, hacían sus necesidades allí mismo donde estaban. Los que podían andar, iban hacia las puertas y lo hacían junto al umbral. Los que entraban y salían pisoteaban todo, y de un solo día la entrada principal del hospital estaba cubierta de excrementos, sin que hubiera manera de evitarlo, porque no había orinales, ni, aunque los hubiera habido, nadie se podía ocupar de llevarlos a los enfermos. Quitar los cadáveres era relativamente fácil, pero limpiar las salas y pasillos de las deyecciones era un problema insoluble.

—¿Cuándo me podré levantar?—pregunté, dándome cuenta de las dificultades que estaban surgiendo.

—De ningún modo hasta que le sean quitados los puntos; lo menos en una semana—me contestó el doctor Katsubé.

Todos los médicos del hospital fueron viniendo a verme, a interesarse por mis heridas y a desearme el restablecimiento. El doctor Nishimura, presidente de la asociación médica de Okayama, recorrió cerca de 130 kilómetros para venir a verme. Habíamos estudiado juntos. No pudo reprimir unas lágrimas al encontrarme. Luego de preguntarme por mi estado, me contó:

—La noche pasada hemos sabido que Hiroshima había sufrido un ataque en el que había sido empleada un arma nueva. Se nos dijo que las pérdidas habían sido insignificantes, pero yo he querido cerciorarme por mí mismo. He alquilado una camioneta y he llegado a toda velocidad. ¡Qué espectáculo el que se ha ofrecido a mis ojos!

Y se puso a contar escenas espantosas que había presenciado al entrar en la ciudad. Prometió llevar recado de nuestra salvación a mi madre. Iba a preparar un equipo de médicos y de enfermeras y lo enviaría en cuanto estuviera constituído.

El doctor Katsutani, viejo amigo, había venido a pie desde Jigozen, a 16 kilómetros, para verme.

—El edificio de Comunicaciones es el único que está en pie a dos kilómetros a la redonda—dijo—. Se le veía de lejos, solitario, en medio de esta desolación. He tenido que seguir la línea del ferrocarril para llegar aquí. También la vía estaba obstruída por un montón de cables eléctricos enredados y de vagones destrozados. Al llegar al puente he visto una cosa horrible. Les costará trabajo creerme. Había un hombre montado en una bicicleta. Apoyado contra la pared del puente, parecía contemplar las ruinas. Al acercarme a él, he visto que estaba muerto. La explosión le había transformado en estatua. ¿Puede uno imaginarse cosa semejante?

Repitió muchas veces esta última frase, como para convencerse de que lo que él decía era verdad. Prosiguió:

—La mayoría de los muertos se encuentran encima o debajo del puente. Se adivina que muchos heridos se han precipitado hacia el río para beber y han perecido allí. Yo he visto en el agua muchas personas vivas que se debatían aún por entre los cadáveres, mientras la corriente los arrastraba a todos revueltos hacia el mar. Centenares y miles de hombres han debido de echarse al agua para escapar del incendio y se han ahogado... He visto un soldado cuya cara no era más que un hoyo negro, quemados ojos y orejas; las dos hileras de dientes blancos sobresalían en medio de un montón de carnes tumefactas. Me suplicó que le diera agua, pero yo no tenía. No pude sino juntar mis manos y rogar por él. No dijo ni una palabra más; la súplica que me dirigió ha debido de ser la última.

El señor Katsutani parecía experimentar una especie de alivio contándome esas escenas atroces. Mientras él hablaba, muchas personas se fueron acercando a escucharle. Uno le preguntó qué hacía él en el momento de la explosión.

—Acababa de desayunar y me disponía a fumar un cigarrillo. Vi un resplandor blanco, seguido al instante de una explosión. Una deflagración como yo no la he oído en mi vida. ¡Terrible! Presintiendo que algo grave había pasado en Hiroshima, subí a un tejado para ver la ciudad. Se veía un enorme penacho negro que subía hacia el cielo, dilatándose lentamente. Corrí al puesto militar y se lo conté al oficial de servicio, el cual me dijo, sin dar crédito a mi descripción: «No se preocupe. Una bomba, o dos, poco daño pueden hacer a Hiroshima.» Quise organizar una expedición de socorro. Cogí mi bicicleta y me vine hacia Itsukaichi. Cuando llegué, la carretera estaba obstruída por las gentes que comenzaban a llegar con heridos... Intenté saber qué había ocurrido, pero nadie me pudo dar una respuesta satisfactoria. Cuando preguntaba a estas gentes de dónde venían, se limitaban a señalar con un dedo la dirección de Hiroshima y a decir: «¡De allí!» Y cuando les preguntaba adónde se dirigían, tendían el dedo en la dirección opuesta y decían: «¡Allá!» Tenían el aspecto de completamente abobados, y todos respondían de la misma forma.

Lo que nos contaban estos hombres no dejaba lugar a dudas. Hiroshima había sido destruída hasta los cimientos. Cuando yo pensaba en los heridos agonizando en pleno sol y pidiendo de beber, me parecía un pecado permanecer donde estaba. Y me entraba un gran malestar de no poder ayudar algo a tantos heridos, en vez de obligar a mis colegas a ocuparse de mí. ¡Si no hubiera tenido esta desgracia de estar también herido, cuando tanto quehacer había!

Me sacó de estos pensamientos el doctor Hanaoka:

—Celebro que se haya usted salvado, doctor Hachiya—me dijo—. Yo, que he visto lo que ha pasado en Hiroshima, me pregunto cómo es posible que se haya salvado ni una sola persona. Alguien me ha dicho que había estallado aquí una bomba de un nuevo tipo. Me he encaminado hacia aquí y he visto esta gran desolación: desde el santuario de Gokoku hasta el hospital de la Cruz Roja, todo ha quedado completamente destruído. El hospital de la Cruz Roja, aunque con daños,

ha quedado en pie; está lleno de enfermos, y fuera, los muertos y agonizantes están colocados uno junto a otro al lado de la carretera hasta el puente de Miyuki. He visto unos tranvías parados que contenían aún a los pasajeros sentados sobre los bancos en fila. Sus cuerpos estaban completamente negros y calcinados. He visto depósitos de agua llenos hasta los bordes de cadáveres; parece ser que se han debido cocer allí vivos. En uno de esos depósitos de agua he visto un hombre vivo todavía, bien que atrozmente quemado. Estaba agachado junto a un muerto y bebía lentamente agua mezclada con sangre y despojos humanos. Aunque yo lo hubiera podido impedir, no hubiera servido de nada: había perdido la razón. En uno de esos depósitos, el número de muertos era tan elevado, que no habían tenido ni sitio donde caer. Los cadáveres habían quedado de pie, apretados unos contra otros. En la piscina de una escuela han debido de perecer de asfixia por querer escapar del incendio, porque los cadáveres no tenían señales de quemaduras. Perdonadme que os diga estas cosas así brutalmente, pero son la verdad. No comprendo cómo una sola persona ha podido escapar...

Con estos relatos, iba yo haciéndome una idea de lo sucedido. Me impresionaban, sobre todo, las caravanas de heridos avanzando en silencio como procesiones de fantasmas y respondiendo a las preguntas con esas palabras lacónicas: «Venimos de allí», «Vamos allá».

Se me dijo que ninguno de los enfermos del hospital tenía apetito y que unos después de otros empezaban a tener vómitos y diarreas. La nueva arma de que me habían hablado, ¿habría esparcido un gas tóxico o algún germen mortal? Algunos enfermos tenían cámaras sanguinolentas, y había quien había hecho cuarenta y cincuenta deposiciones en la noche. Pensé que había una epidemia de disentería y que habría que aislar a los afectados.

Continuaban entrando enfermos de todas partes. Mi espíritu se iba acomodando al caos reinante, mientras trataba de reconstruir lo que habría pasado en ese momento infernal sobre Hiroshima.

8 AGOSTO.—Mis heridas me hacían sufrir cruelmente. Mis colegas me reprendieron por la impaciencia que yo tenía. No debía estar descontento, puesto que aun vivía, habiendo pasado gran parte de la primera noche en coma y habiendo perdido una gran cantidad de sangre.

Las gentes morían tan de prisa, que yo comenzaba a considerar la muerte como una cosa natural. Las deposiciones con sangre no cesaban de aumentar y se hacía cada vez más difícil el aislar a los presuntos disentéricos. Incluso una enfermera había tenido que dejar de trabajar.

Desde el punto en que estaban nuestras camillas, sin techo, sin ventanas, sin visillos ni cristales, nada impedía el libre entrar de aire y luz. De la parte norte no se veía ni un solo edificio de Hiroshima: kilómetros y kilómetros, la ciudad era un desierto sembrado de escombros. Destrucción era decir poco; «aniquilación» podría ser más exacto. «¿Hubo en Pompeya tantas víctimas como en Hiroshima?», me preguntaba yo.

9 AGOSTO.—El doctor Hanaoka me dió una información detallada sobre el estado de los enfermos. Una de sus observaciones me chocó particularmente: cualquiera que fuera su herida, todos los enfermos presentaban los mismos síntomas: no tenían apetito, la mayoría sentían náuseas y gases intestinales; más de la mitad sufrían vómitos incoercibles. Sin duda, algunos estaban mejor que la víspera, pero las diarreas seguían siendo el problema crucial y tenían más bien tendencia a aumentar. La presencia de sangre en las deposiciones era alarmante. El aislamiento de los pacientes estos era cada vez más difícil.

Si tales enfermos hubieran sido quemados o heridos de una forma u otra, hubiéramos podido atribuir los síntomas, un tanto extraños, a sus heridas. Pero como algunos aparecían absolutamente indemnes, ¿qué habíamos de deducir sino que nos encontrábamos ante una enfermedad nueva, desconocida hasta el presente? ¿Acaso había que atribuir esos síntomas desconcertantes a una variación súbita de la presión atmosférica? Por mi parte, yo hubiera podido asegurar que no se había oído ninguna explosión cuando había estallado el resplandor de la bomba, ni luego había oído ruido ninguno al dirigirme hacia el hospital. Por eso las gentes de los lugares cercanos al lugar de la bomba la llamaban «pika» (chispa, resplandor brusco de luz). Pero los de los barrios periféricos la denominaban «pikadon», haciendo referencia a su ruido al explotar. Indudablemente, esto era debido a un cambio brusco de la presión atmosférica a consecuencia de la bomba. Pero no teníamos ni libros ni revistas—todos destruídos—para verificar estas hipótesis, y carecíamos asimismo de teléfonos y aparatos de radio para haber solicitado asesoramiento a este respecto. Estábamos alejados del resto del mundo.

10 AGOSTO.—Nos prometieron auxilios de personal y de medicamentos. Pero fué menester suprimir las consultas en el hospital, para poder atender de alguna manera a los enfermos ya alojados tan de mala manera en los locales, habilitados en pésimas condiciones. Nuestro hospital había sido creado para atender a los empleados del Ministerio de Comunicaciones y sus familias y no teníamos para el resto de los habitantes de Hiroshima más que un deber de humanidad. Si no se nos suministraban lotes especiales de medicamentos y alimentos, no podíamos ocuparnos más que de los que habían ido en los primeros momentos.

11 AGOSTO.—Corría el rumor de que Rusia había entrado en la guerra contra nosotros y que el Ejército Rojo se había extendido por Manchuria como la marea. Un teniente que vino a visitarme me confirmó la noticia, pero no hizo ningún comentario. ¡Era espantoso esto! ¡Luchábamos en dos frentes! En estas condiciones no había ya esperanza. Yo sentí un enorme peso sobre mi pecho. Más tarde supimos que Nagasaki había sido bombardeada con un arma misteriosa y que los efectos habían sido los mismos que en Hiroshima. Allí también se había visto un resplandor cegador seguido de una terrible deflagración. La palabra «pikadon» ya era normal en nuestro lenguaje. Sin embargo, algunos heridos, que se habían encontrado en el momento de la explosión en el centro de la ciudad, persistían en decir simplemente «pika». Los que se encontraban fuera de la ciudad hablaban más bien de «pikadon», y esta palabra fué la que prosperó (sin duda porque la mayoría de los que hubieran podido decir «pika» habían muerto).

Apenas acabábamos de saber lo del bombardeo de Nagasaki, vino un hombre de Fuchu, portador de una noticia extraordinaria. Afirmaba que el Japón poseía también esa arma misteriosa, pero que se la había tenido en secreto porque era tan espantosa que se evitaba hablar de ella. Nos aseguraba que una escuadra especial de aeronáutica naval acababa de lanzarla sobre el continente americano. Esta noticia era cierta, porque la había recogido del gran Cuartel General.

Si San Francisco, San Diego y Los Angeles habían sido alcanzadas como Hiroshima, ¡en qué caos no debían de haber caído esas ciudades! ¡Por fin, el Japón devolvía el golpe! El ambiente de la sala se transformó de pronto, y por primera vez desde la explosión los heridos se pusieron habladores y hasta contentos. Algunos hasta llegaron a entonar cantos de victoria.

Aunque no me habían quitado los *catguts*, fuí en el portaequipajes de la bicicleta del doctor Hinoi a gestionar unos envíos de medicamentos. ¡Qué desolación contemplar las ruinas de la ciudad llena de escombros! Tuvimos que dejar la bicicleta infinidad de veces. Volvimos en seguida, no sin hacer una visita al hospital improvisado en el sótano de las Galerías Fukuya, en donde los enfermos estaban sometidos a condiciones peores aún que las nuestras.

De los 190 médicos que había en Hiroshima,



90 habían muerto en la explosión de la bomba. Muchos de mis amigos estaban entre las víctimas. No podía apartar mi imaginación, al regresar, de lo que acababa de contemplar en la ciudad.

Después de descansar unos instantes, decidí hacer una visita a las salas. No era mi vestimenta la más propia para presentarme ante los enfermos, pero eso me hubiera preocupado más en otra ocasión. Y además no tardé en darme cuenta de que, a pesar de mi camisa remendada, yo era uno de los mejor vestidos, y hasta me sentí avergonzado de ello al ver la miseria de los que me rodeaban. Allí, una mujer vieja, a punto de morir, yacía sin más vestido que una camisa; en la colchoneta de al lado, un joven horriblemente quemado estaba desnudo del todo. Más allá, una pobre madre agonizaba con el pecho al aire y un niño entre sus brazos. Una joven, a quien las llamas sólo habían perdonado la cara, yacía entre sangre y pus...

Me esforcé por consolar a todos los que pude, aconsejando paciencia y asegurando que—como había tenido ocasión de observar—nuestro hospital se podía considerar favorecido.

Vuelto a mi camastro, me costaba trabajo tranquilizarme. Repasaba los relatos oídos el primer día. ¡Qué cosa tan frágil el hombre ante semejantes fuerzas de destrucción! Después del «pika», la población entera había quedado rebajada al nivel de los animales. Los que aun eran capaces de andar, se iban en silencio hacia los arrabales y las colinas vecinas como seres desprovistos de inteligencia y de voluntad. Cuando se les preguntaba de dónde venían, tendían un dedo en dirección a la ciudad y decían: «¡De allí!» Cuando se les preguntaba adónde se dirigían, tendían un dedo en la dirección opuesta y contestaban: «¡Allá!» Estaban tan embrutecidos, que obraban como autómatas. Su comportamiento había chocado a todos los que los habían observado. Visitantes venidos del exterior habían visto con estupefacción largas filas de personas seguir como sonámbulos un sendero estrecho y pedregoso, mientras una carretera amplia y asfaltada se prolongaba paralelamente al sendero a algunos metros de distancia. Esos observadores no llegaban a comprender que asistían al éxodo de una población que había perdido todo reflejo y que marchaba como en una pesadilla. Un pueblo físicamente deshecho abandonaba una ciudad físicamente destruída. Nadie había escogido su itinerario. Cada uno no hacía más que seguir la sombra silenciosa que le precedía.

Cuando cayó la noche, yo no sabía ni dónde estaba. Todos mis puntos de referencia habituales habían desaparecido. Me sentía como suspendido fuera del espacio y del tiempo.

12 AGOSTO.—El comandante Fujihara me vino a visitar.

—¡Es terrible cosa la explosión de una bomba atómica!—dijo.

—¡Una bomba atómica!—grité, incorporándome—. ¿No es eso el género de bomba de que se ha dicho que era capaz de pulverizar toda la isla de Saipan, empleando solamente diez gramos de hidrógeno?

—Eso es—afirmó el comandante—. He recogido esa información en el hospital naval de Iwakuni. Se están disponiendo a cuidar allí a los heridos de Hiroshima, que parecen haber contraído una terrible enfermedad.

El comandante no supo explicarme sino que uno de los síntomas era la disminución muy marcada de los glóbulos blancos de la sangre. Quise procurarme un microscopio, pero todos estaban inutilizados.

A la tarde giré una visita a los enfermos del piso bajo. Los síntomas gastrointestinales habían aumentado, sin relación con la gravedad o la naturaleza de las heridas. Y lo mismo pasaba con otro síntoma que comenzaba a presentarse a la vez en heridos y no heridos: ulceraciones dolorosas y purulentas en boca y garganta. Me hizo sufrir la indiferencia con que los encargados de la incineración de los cadáveres cumplían su labor, llevados por el hábito que habían adquirido a fuerza de tanto verificarlo. No pude protestar. Me hube de consolar pensando que, después de todo, en mi hospital se incineraban los cadáveres uno por uno y no en grupos de cien, como se hacía por ahí fuera.

Estaba profundamente deprimido. No podía dormirme. En la sala se había instaurado una conversación general.

—Corre la voz—decía uno—de que las ruinas de Hiroshima contienen un gas que mata a todos los que lo respiran. Gentes venidas a la ciudad después de la explosión han caído malas e incluso han muerto algunos.

Yo había renunciado a creer que hubieran sido lanzadas bacterias mortales o un gas tóxico, pero esos rumores no dejaban de ser inquietantes. ¿Se habría lanzado al mismo tiempo una bomba asfixiante? Yo me acordaba de que habían muerto personas que parecían completamente sanas dos o tres días antes. Y algunos habían muerto cuidando enfermos. Mas si se hubiera tratado de un gas tóxico, hubiera alcanzado a todos por igual; no podía tratarse de un gas envenenado. Pero el rumor se acreditaba cada vez más. No podía explicármelo.

13 AGOSTO.—Había empezado a coger fuerzas. Me dolían menos las heridas. Salí a hacer



gestiones a la Prefectura para pedir un nuevo lote de medicamentos. El doctor Kitajima estaba alterado.

—¿Qué pasa?—le pregunté, temiendo una mala noticia—. Tiene usted un aspecto raro.

—¿Sabe usted que se ha lanzado sobre Hiroshima una bomba atómica? Pues bien, yo he oído decir que nadie podrá ya vivir aquí durante setenta y cinco años.

—Una de nuestras enfermeras ha muerto súbitamente ayer—repliqué yo, como para confirmar el sentido trágico de sus palabras.

Me arrepentí en seguida de haber dado el más mínimo apoyo a eso que yo creía un rumor sin consistencia. Había decidido no dejarme impresionar y conservar mi sangre fría.

—¿Qué pasa en Manchuria?—pregunté, para cambiar de tema.

—Malo—respondió el doctor Kitajima—. El enemigo ha penetrado ya en Corea.

Volví al hospital profundamente desalentado. Trataba de reflexionar. «Una sola enfermera, una sola, ha muerto desde la explosión. Mis heridas van curando. Eso de que Hiroshima no va a ser habitable en setenta y cinco años es una tontería. Eso no es más que una mentira lanzada por el enemigo para sembrar el pánico.» A fuerza de repetirme esto, acabé por tranquilizarme.

14 AGOSTO.—A poco de salir el sol se dió una alarma aérea. Pero nadie se movió. Todos los enfermos permanecieron en sus lechos mirando tranquilamente a través de las ventanas. ¿Íbamos a volver a vivir por segunda vez los mismos horrores? Pronto oímos el ruido ensordecedor de los aviones. Los enfermos capaces de andar se dirigieron a los refugios, pero los acostados hubieron de permanecer en donde estaban. ¡Qué tristeza pensar que no podíamos hacer nada por ellos! Una sola cosa me consolaba: haber hecho lo necesario para que todos los funcionarios de Comunicaciones y sus familias fuesen hospitalizados en el primer piso del inmueble.

Durante algunos minutos, yo perdí completamente la cabeza y me precipité al sótano, donde estaban reunidos una gran parte de los enfermos. Ninguno de los miembros del cuerpo médico estaba allí, y en seguida me di cuenta de que, si yo me quedaba, mientras tantos y tantos enfermos quedaban arriba, expuestos al peligro, daría un mal ejemplo y deshonraría al hospital. Si la muerte iba a visitar de nuevo la casa, el deber me mandaba permanecer en mi puesto. Recuperando el control de mis nervios, abandoné el sótano y dije a todos los enfermos que me encontré que procuraran ayudar a trasladar a los que no podían dirigirse allí por sus propios medios. En seguida me instalé en el centro del hospital. Los que permanecieron en las salas, impotentes, miraban a través de las ventanas, escuchando el zumbido de los aviones que sobrevolaban la ciudad.

Oímos los zambombazos mezclados al opaco traqueteo de los antiaéreos. Para consuelo nuestro, nos dimos cuenta de que el bombardeo no iba dirigido a nosotros, sino a la base de Iwakuni. Decreció el tronido y acabó por extinguirse. Cuando volvió la calma, todos estaban felices de pensar que habían salvado la vida una segunda vez. Durante largo rato permanecí silencioso, echado sobre mi colchoneta, dando vueltas y vueltas a mis pensamientos. ¡Qué duro es al hombre morir cuando ha salvado ya una vez su vida por milagro! El día del «pika» yo no había tenido miedo ni un instante; pero hoy quería vivir, y la sola idea de la muerte me llenaba de terror.

Había cogido la costumbre de dormir una siestecilla después de la comida y pasar después la visita médica. Mis visitas no tenían nada de común con las que se ve en los grandes hospitales, en las que el doctor pasa con su bata blanca, escoltado de una multitud de internos y de enfermeras, rodeados de gran aparato científico. Yo hacía mis rondas completamente solo, vestido con una camisa y un pantalón remendado, y mi porte no evocaba por nada la dignidad profesional. Pero como todos estábamos vestidos por el Servicio Social de la ciudad, el cual nos daba, al fin y al cabo, lo mejor que tenía, no teníamos ninguna razón para quejarnos. Además, mis inspecciones no tenían nada absolutamente de profesional, en el sentido de que mi trabajo se limitaba a procurar levantar la moral de tal enfermo, a dar valor a tal otro o a cambiar algunos dichos jocosos con un tercero. Porque eso era todo lo que yo podía hacer.

A mi vuelta aquella tarde, mis compañeros de sala discutían apasionadamente a propósito de una importante emisión de radio que había sido anunciada. Cada cual trataba de adivinar a su gusto cuál sería el objeto de ella. Rehusé tomar parte en la discusión, considerando que cada día me traía suficiente cantidad de problemas para poder privarme de anticipar los del día siguiente. Por lo demás, no teníamos receptor ninguno, lo cual era, por otro lado, para mí, una bendición, porque estar privado de algunos de los pretendidos beneficios de la civilización me daba una libertad de espíritu y de acción que los demás no podían conocer con sus teléfonos, sus aparatos de radio y sus periódicos. Haberlo perdido todo en el fuego y no poder ya poseer nada era un privilegio inapreciable. Yo experimentaba por este hecho una agilidad de corazón

que no había sentido desde hacía largo tiempo.

El señor Mizoguchi se había procurado una candelilla y a su exigua luz habíase organizado en el comedor una tertulia íntima. Como siempre, la conversación giraba sobre el «pika». Hablaba el señor Mizoguchi:

—El viento sopló cuando yo estaba en el jardín y vi que grandes bolas de fuego comenzaron a rodar en mi dirección. Espantado, salí del jardín a toda carrera y logré alcanzar la orilla del río Ota, donde me encontré mezclado a un grupo de muchachas jóvenes. Jamás había yo visto semejante multitud. La masa era tan densa, que no se podía dar un paso. El espectáculo que ofrecía era indescriptible, porque era un gentío casi enteramente compuesto por personas gravemente heridas. Me daban pena, sobre todo, las mujeres, porque estaban completamente desnudas.

Y, dirigiéndose hacia mí, prosiguió:

—Usted estaba también desnudo, doctor Hachiya, cuando le trajeron al hospital, y podrá fácilmente comprender la confusión de esa gente. A mi entender, se habrían desgarrado los vestidos al trepar sobre los escombros para salir más pronto de sus casas incendiadas. Y usted, doctor, ¿qué hacía en aquel momento?

—Yo estaba en mi casa—contesté—, y creo que llevaba puesta una camiseta y un pantalón. Pero cuando salí de la casa estaba completamente desnudo. Incluso mi calzoncillo se había volatilizado. Había estado de guardia con el turno de alarma desde la víspera por la tarde hasta las cuatro de la madrugada; terminado mi servicio, había vuelto a mi casa a descansar. Pero no pude dormirme, por no sé qué razón, y estaba soñando, tendido sobre el entarimado...

El señor Mizoguchi me interrumpió:

—¿No han notado ustedes una cosa curiosa, a propósito de los vestidos? Recuerden el traje de la señorita Omoto. Era de color claro, salvo unas piezas negras en las mangas, y ella no se ha quemado más que en los brazos. Si su vestido hubiera sido enteramente blanco, acaso no se hubiera quemado en absoluto. Doctor, ¿es verdad que las telas de color son peligrosas? Me han asegurado que éstas se prendían más de prisa que las otras.

Algunos casos venían a corroborar esa sospecha.

15 AGOSTO.—Este era el día en que debía tener lugar la anunciada emisión especial de radio. A pesar de mi resolución de evitar especulaciones inútiles, yo había acabado por sucumbir a la tentación general y, habiéndome entregado a una especie de debate personal, había llegado a la conclusión de que el comunicado en cuestión nos anunciaría que el enemigo había desembarcado en nuestras costas. Sin duda, el Gran Cuartel General quería exhortarnos a combatir hasta el fin. ¡Qué desesperada situación! Nuestro ejército había empezado a perder la guerra desde el mes de abril, cuando escasearon las armas y la moral; había sido deficiente desde entonces.

Recibimos la orden de reunirnos en la gran sala de honor de Comunicaciones. Un técnico había logrado instalar un receptor de radio con piezas sueltas, y cuando penetré en la sala estaba ya toda llena. Me adosé a la puerta de entrada y esperé. Al cabo de unos minutos la radio se puso a zumbar. Yo oí una voz confusa, de la que no pude captar sino palabras aisladas. Una frase, oída al pasar, parecía decir: «Soportad lo insoportable.» En seguida el altavoz calló. La emisión había terminado. El señor Okamoto, jefe de Comunicaciones, que había estado de pie al lado del aparato, se volvió entonces hacia nosotros y nos dijo:

—La alocución ha sido dada por el emperador en persona. He reconocido su voz. Acaba de anunciarnos que hemos perdido la guerra. Yo os pido que continuéis trabajando como si nada hubiera pasado.

Yo me había preparado a oír un comunicado que nos prescribiera cavar trincheras y combatir hasta la la muerte, pero ese menjase inesperado me aplanó. ¡En verdad había sido la voz del emperador, y él nos había leído la proclama, anunciando la capitulación! Una nube cayó sobre mi cerebro, y mis glándulas lacrimales se bloquearon. Como los demás oyentes, me había puesto en firme cuando se nos había dicho que era la voz del emperador. Durante largo rato permanecimos inmóviles y silenciosos. Luego, las tinieblas invadieron mis ojos, mis glándulas se pusieron a temblar y sentí un sudor frío correrme a todo lo largo de la espalda.

Al cabo de un rato volví al hospital y me dejé caer en mi camastro. Sin cesar, me resonaban en los oídos las palabras: «Hemos perdido la guerra.»

La sala estaba tranquila. Nadie hablaba. Al fin, el silencio fué roto por una explosión de sollozos. Miré alrededor; nadie se hacía el fuerte. Todas las caras expresaban una desolación absoluta. Poco a poco, algunos empezaron a cuchichear, luego a hablar en voz baja, y, al fin, se desencadenó la cólera de algunos que no querían rendirse a la evidencia. Todo el hospital era un solo grito de indignación. Muchos de los que habían sido partidarios de la paz, incluso los que habían maldecido la guerra cuando la explosión, exigían a grandes gritos que la guerra continuara. Ahora que la capitulación estaba hecha, nadie podía calmar ya a los que habían oído la noticia. Habiéndolo perdido todo, no teniendo ya posibilidad de perder más, se llenaban de rabia. Yo comencé a experimentar la misma indignación. La sola palabra «capitulación» había sido para las almas un choque mucho más grande que el bombardeo de la ciudad para los cuerpos. Cuanto más pensaba en ello, más avergonzado y miserable me sentía. Pero la orden de capitular era una orden del emperador; no podíamos hacer sino inclinarnos ante su voluntad. Su prescripción de «Soportad lo insoportable» no podía significar más que una cosa: teníamos que poner a prueba nuestra paciencia. Yo me repetía sin cesar las palabras de su majestad; per a pesar de todos mis esfuerzos, no lograba sobreponerme a la desesperación.



Al girar mi visita, aquel día no podía fijar mi espíritu en los casos individuales. Me contenté con ir de cama en cama, diciendo a cada enfermo lo que pude para calmar su angustia:

—La situación no es nada brillante, pero el emperador ha expresado su voluntad.

Las enfermeras continuaban entregadas a su trabajo como si nada hubiera pasado. Esas almas inocentes, que continuaban cumpliendo su deber, difundían a su alrededor tal atmósfera de sosiego, que su sola presencia terminó por serenarme. Al darme cuenta de que una mujer que tanto había pedido la muerte para librarse de sus sufrimientos no estaba en su sitio, pregunté por ella. Me contestaron que había muerto la noche anterior.

—Ha muerto sin haber sabido lo de la capitulación. Eso nos concuela.

En el pasillo fuí detenido por un soldado, que me preguntó:

—Doctor, ¿qué debemos hacer nosotros?

—Yo no sé dónde está tu unidad—le respondí—. Pero tú puedes permanecer aquí hasta tu completa curación. No te preocupes. Yo tomo la responsabilidad.

—¿Cuándo desembarcarán?—me preguntó.

—Poco importa. Tú estás herido. Déjame a mí el cuidado de explicar tu caso. Si fuera necesario, yo te ayudaré a evadirte; pero, por lo que más quieras, no hagas ninguna locura. Y harás bien en transmitir esta consigna a tus camaradas.

—Bien, doctor; yo les transmitiré sus órdenes —respondió con sosiego.

Después, saludándome con aire marcial, dió media vuelta y se retiró, arrastrando la pierna en su pantalón, todo manchado de sangre.

El poco valor que me quedaba lo perdí en cuanto se puso el sol. Todos en la sala se inquietaban por la suerte del emperador; y yo también experimenté un gran sentimiento de tristeza pensando en él. Subí a la terraza y, prosternado, mirando al este, rogué a Dios que le concediera la paz del espíritu. Estuve andando de parte a parte durante un buen rato; luego me senté a contemplar las ruinas de la ciudad, solitaria, en la noche. El río Ora lucía débilmente como un cinturón de seda, y se buscaba un camino sinuoso a través de las tinieblas. Toda la ciudad estaba sumida en la oscuridad. Al este, el perfil del Futabayama se destacaba contra el cielo sombrío, como trazado con tinta china. ¡Aun en una nación vencida, los ríos y las montañas permanecen los mismos! Me sentí invadido por una indecible soledad, mientras pensaba en el porvenir que nos esperaba.

16 AGOSTO.—Nuestra sala había pasado una noche agitada. El envalentonamiento de querer proseguir la lucha había quedado como paralizado por el duelo de la derrota. Nos preguntábamos cuándo haría su aparición el enemigo. Estábamos todos angustiados. Durante la noche, un destacamento aéreo había lanzado unos mensajes de «¡Continuad la lucha! ¡No Capituléis!» Y supimos que la flota imperial se había lanzado al ataque en Shikoku. Algunos consideraron esto como una buena noticia, pero yo temía que fuera una tentativa loca y desesperada de algunos jóvenes oficiales por salvar su honor. Muchos enfermos lanzaron exclamaciones de alegría, pero yo confieso que, por mi parte, no puede refrenar un sentimiento de tristeza, pensando en los que habían preferido la muerte a la rendición. El hospital estaba dividido en dos clanes: uno confirmaba la capitulación; el otro, la desmentía.

Yo consagré una parte de la mañana a establecer unos historiales para todos los enfermos que se encontraban aún en el hospital, cosa que no habíamos podido hacer hasta entonces. El doctor Katsubé se encargó de reunir, con la mayor precisión posible, todas las observaciones objetivas o subjetivas que pudiéramos hacer sobre cada enfermo. No teníamos ni microscopios, ni reactivos, ni laboratorio; pero todos los síntomas que pudiéramos describir tendrían quizá gran importancia para el futuro. Pues nunca pueblo alguno de la historia había estado sometido a los efectos devastadores de una bomba atómica.

Se decía que había habido disturbios a consecuencia del anuncio de la capitulación.

17 AGOSTO.—Al hacer mi visita al hospital por la tarde, me di cuenta de que un enfermo de cada cinco o seis tenía petequias en el cuerpo. Estas hemorragias subcutáneas eran grandes en algunos enfermos, mientras en otros aparecían pequeñas; estos últimos no las habían observado, pero los que las tenían grandes me preguntaron qué les ocurriría. No tardé en descubrir que la tendencia a tener hemorragias subcutáneas era

más acusada en los que se habían encontrado cerca del centro de la explosión que en los que habían estado lejos, y que muchos pacientes que parecían no haber sido heridos presentaban ahora numerosos síntomas de ese orden. Como esos puntos no eran dolorosos y no provocaban ninguna comezón, yo era incapaz de explicar su presencia. Cuando comuniqué mi observación a los doctores Sasada y Shioto, me aconsejaron que examinara mi propia piel. Con gran alivio comprobé que no tenía nada.

Se me comunicó que un contingente de estudiantes de Medicina iba a llegar para ayudarnos. Nos habían prometido otra ayuda semejante las prefecturas cercanas. Pero supe también que estaban en marcha sobre Hiroshima unas turbas considerables, dispuestas a proceder al pillaje de las ruinas.

18 AGOSTO.—Cuando comenzó el día, el cielo estaba claro, pero no tardaron en aparecer unas nubes en el horizonte, y tuvimos, por fin, la lluvia que habíamos deseado desde tanto tiempo. Comencé mi jornada temprano. El número de defunciones había decrecido considerablemente, pero por lo menos uno o dos enfermos morían cada día, y yo había constatado en ellos la aparición de petequias. El número de enfermos afectados de ellas aumentaba de día en día. La señorita Yoshida las tenía más numerosas que ayer, y la máscara de la muerte se había fijado sobre su cara. Sus heridas ya no estaban húmedas y sanguinolentas, sino secas y recubiertas de una costra dura. No llegaría a otro día con vida.

Un síntoma nuevo se manifestó este día. Muchos pacientes comenzaban a perder sus cabellos. Tenían un color cadavérico; y yo me dije que si hubiéramos tenido microscopios, habríamos descubierto, sin duda, la causa de su palidez mediante análisis de sangre.

El señor Hirohata, empleado de Teléfonos, había estado trabajando en el inmueble cuando explotó la bomba. Aunque se encontraba a menos de 400 metros del hipocentro, no había recibido ninguna herida.

—¿Cómo ha podido usted salir indemne—le pregunté—mientras que todos los que le rodeaban han caído muertos o heridos?

—Yo he sido protegido por un espeso muro de cemento—me contestó—. Por el contrario, todos los que se encontraban cerca de las ventanas han caído instantáneamente, o han muerto ulteriormente a consecuencia de sus quemaduras. En el momento de la explosión, el equipo de noche estaba a punto de ser relevado por el equipo de día. Lo menos cuarenta personas han muerto ante la entrada del edificio. Finalmente, quince empleados del servicio de instalaciones estaban fuera, con el torso desnudo, haciendo gimnasia, y han muerto todos en el acto. Y dígame, doctor, el ser humano que se quema vivo, se empequeñece, ¿no es así? Algunos segundos después de la explosión, todos esos desgraciados tenían el aspecto de muñecos. ¿Por qué mis cabellos se caen, y por qué estoy tan débil? Me inquieta esto, doctor, porque me han dicho que yo iba a morir; esto les ha pasado ya a muchos de mis amigos que, no osbtante, parecían no haber sido heridos por el «pika».

—Señor Hirohata—le contesté para tranquilizarle—, no creo que tenga usted que preocuparse. Como muchos otros, usted ha experimentado una prueba atroz, y desde entonces no ha dejado de trabajar en la oficina. Su debilidad no tiene nada de sorprendente. Vuélvase a casa, guarde cama y coma todo lo que pueda encontrar de más nutritivo.

Había algo en este pobre hombre (su manera de estar sentado, el tono de su voz, el color de su piel) que me daba la convicción de que iba a morir. Pero ¿iba yo a decírselo?

Nuestras camas fueron trasladadas a otra nueva pieza. Las ventanas estaban orientadas hacia el sudeste, lo que representaba un cambio de visión de 90 grados con relación a nuestro cuarto precedente. Desde aquí yo podía ver la estación de Hiroshima y más allá la de Kaita. Se distinguían también, al fondo de un horizonte brumoso, las ciudades de Seno y de Hachihonmatsu. Como lo que se encontraba en primer plano había quedado pulverizado, yo podía contemplar absolutamente todo lo largo de la línea del ferrocarril. Estando en la ventana, vi llegar un tren, que se detuvo. Racimos de gentes iban colgadas de los vagones, como enjambres de abejas en el tronco de un árbol. En el momento en que el tren se detuvo, alguien se puso a orinar a través de una ventanilla, otros descendieron para hacer otro tanto a lo largo de la vía. Mientras yo observaba ese espectáculo lamentable—bien feliz de no tener que encontrarme en medio de aquella baraúnda—, la locomotora silbó dos veces y el tren reanudó su marcha. Muchos viajeros quedaron en tierra, pero esto no pareció afectarles. Como si ello no tuviera ninguna importancia, los olvidados prosiguieron camino a pie, con un aire cansino y resignado. ¡Qué humilde se vuelve uno cuando ha perdido la guerra!

Este día tuvimos una buena noticia: la señora Okura, esposa del odontólogo, vivía. Cuando sobrevino la explosión, el doctor Okura y su mujer quedaron medio aplastados bajo los escombros de su casa. El logró desembarazarse y oyó a la señora Okura que pedía socorro. Pero antes de que pudiese llegar hasta ella, la casa se había transformado en un brasero, y él había tenido que renunciar a salvarla. Cuando el incendio se extinguió, el señor Okura volvió, con la muerte en el alma, a las ruinas de su casa, y encontró una osamenta calcinada no lejos del lugar donde había oído gritar a su mujer. Creyendo encontrarse en presencia de los restos de su esposa, los había recogido piadosamente y los había depositado sobre el altar del hospital. Algunos días más tarde, el señor Okura llevó esos huesos a la casa de campo de su familia. Y allí encontró a su mujer, indemne y en perfecta salud; había logrado escapar de la casa en llamas y había sido recogida por un camión militar, que la había llevado allá. Esta historia parecía demasiado bella para ser verdadera. Y, sin embargo, lo era, lo que me convenció, una vez más, de que no hay que desesperar nunca.

19 AGOSTO.—El señor Yoshida murió. Una de sus últimas palabras fué para quejarse de que ya no veía. De un lado a otro del hospital, el número de muertos aumentaba. Casi todos tenían púrpura, que se traducía por manchas rojizas bajo la piel, debidas a hemorragias graves. No teníamos ningún medio de luchar contra ese síntoma terrible. En lo que concierne a los enfermos afectados de petequias, parecían ir mejorando, pero no por eso dejaban de requerir toda nuestra atención.

Hube de levantarme a ver a una joven, gravemente herida, que se había vuelto loca de repente. Los enfermos de alrededor estaban espantados de los horribles aullidos que daba. Viendo que no podría hacerla volver a la razón, le hice administrar dos inyecciones de morfina.



Completamente desvelado, e incapaz de volverme a dormir, me puse a dar vueltas a un montón de pensamientos en mi cabeza. Al día siguiente de la explosión, habíamos creído que bastaría cuidar a los que habían sido heridos o quemados; actualmente sabíamos que eso no era verdad. Los que parecían en vías de curación presentaban de pronto otros síntomas, absolutamente inexplicables, que traían consigo la muerte. Estábamos desesperados. Después de haber decrecido la curva de mortalidad, ahora otra vez tendía a elevarse. Al principio habían sido nuestra preocupación los trastornos gastrointestinales; ahora lo eran las petequias, síntoma que, como los anteriores, no tenía ninguna relación con la mayor o menor gravedad o género de las heridas. Y lo peor de todo era que algunos, que se habían sentido suficientemente restablecidos para ayudarnos a cuidar a los demás enfermos, comenzaban ahora a presentar manchas rojas bajo la piel. Se nos presentaban casos de personas aparentemente sanas en las que se presentaron las petequias y que murieron antes que otros que estaban gravemente heridos. ¡Puede imaginarse qué siniestra significación había tomado para nosotros la aparición de esas manchitas oscuras!

20 AGOSTO.—El microscopio que tanto deseé, llegó, al fin, del hospital de Comunicaciones de Tokio. Montamos rápidamente el aparato, y procedimos inmediatamente a hacer recuentos globulares, que nos dieron resultados de 3.000 glóbulos blancos—es decir, algo menos de la mitad de lo normal—en algunos enfermos. Mis sospechas se confirmaban. Los enfermos sufrían una enfermedad de la sangre caracterizada por una agranulocitosis, es decir, por una supresión progresiva de los leucocitos o glóbulos blancos.

21 AGOSTO.—El número de los visitantes aumentaba de día en día, y todos deseaban contar y volver a contar lo que ellos habían visto y oído o pensado el día de la explosión. A fuerza de oírles repetir sus historias, empecé a cansarme; pero este cansancio no desmoralizaba nada a mis interlocutores.

—Doctor, ¿dónde estaba usted en el momento de la explosión?—me solían preguntar.

E inmediatamente, sin dejarme tiempo de colocar una sola palabra, la emprendían con la descripción de lo que les había ocurrido a ellos. Cada vez procuraban persuadirme de que su caso era único. Y hay que reconocer que algunos tenían historias verdaderamente extraordinarias.

El número de enfermos afectados de petequias seguía aumentando, y algunos de ellos se quejaban de un síntoma nuevo: al tirar de sus cabellos, se les iban por mechones enteros. ¡La caída de los cabellos! Era un síntoma suplementario, pero innegable. Inconscientemente, me llevé la mano a la cabeza y di un tirón. Sin duda, mi cabellera no estaba muy poblada, pero la cantidad de pelo que me quedó en la mano me sobresaltó. Los enfermos tenían ahora una razón más para atormentarse; pero nadie, ciertamente, estaba más atormentado que yo.

22 AGOSTO.—La alopecia, es decir, la caída de cabellos, se había convertido en un síntoma más temeroso que las petequias. Algunos enfermos los habían perdido todos, como si tuvieran la cabeza afeitada. Uno que había perdido todo su pelo en los primeros días tenía el cráneo negro, como si se lo hubieran pintado de carbón. No nos era posible establecer relación entre las petequias y la caída de cabellos, porque los dos fenómenos se presentaban, a veces, con una o dos horas de intervalo. Cuando se presentaban los dos síntomas simultáneamente, estaban siempre acompañados de un agravamiento del estado general.

Fuimos al cuartel general de una unidad que se había establecido cerca de Hiroshima a solicitar prendas de vestir y ropas de cama para nuestro hospital. El centinela, lo mismo que el oficial que nos atendió, estaban sin armas. Con-

ñeso que la vista de estos militares, despojados de su sable y de su mosquetón, me deprimió profundamente, porque nada podía mejor simbolizar la derrota.

Los doctores Katsubé y Hanaoka me comunicaron los resultados de sus primeros exámenes hematológicos, que no eran nada tranquilizadores.

23 AGOSTO.—Mi mujer, a quien había desaparecido la fiebre, estaba con escalofríos. Yo no sabía lo que tenía, porque no parecía estar mala. Nos puso de mejor humor comprobar que al doctor Sasada le habían desaparecido las petequias, lo que indicaba que esas hemorragias no llevaban consigo inevitablemente la muerte. ¡Reconfortante descubrimiento! Pero en otras salas no había motivos así para el optimismo. Los enfermos que no estaban atacados de alopecia se pasaban el día dándose tirones del pelo, mientras que los que perdían el cabello estaban convencidos de que no iban a tardar en morir, y yo no podía dejar de compartir su inquietud. El caso del doctor Sasada, ¿no sería únicamente la excepción que confirma la regla?

Un enfermo me detuvo al pasar, y me preguntó, con un fulgor de angustia en los ojos:

—Doctor, me parece que sus cabellos están más escasos; ¿o es ilusión mía?

—Yo tenía muy poco pelo ya al nacer—le respondí—, y, ciertamente, el tiempo no ha contribuido a aumentarlo; ¡pero usted sabe, lo mismo que yo, que nadie ha muerto jamás de calvicie!

Mi respuesta estaba inspirada a la vez por el deseo de no perder el ánimo y por el miedo. Yo no revelé a ese enfermo que yo también me había dado tirones del pelo..., como todo el mundo. En el fondo, experimentaba una gran angustia, y nada me servía mi aire despreocupado para engañar a nadie, porque cuanto más trataba de disimular mi inquietud, más se pintaba ella en mi rostro.

Di la vuelta por las salas tratando de levantar la moral de los enfermos. Obraba más como «consolador» que como «médico». Pero ¿no emplean los chinos el mismo vocablo para designar estas dos actividades humanas?

Mi mujer continuaba con fiebre ahora.

24 AGOSTO.—Los enfermos completamente calvos o que continuaban perdiendo sus cabellos no manifestaban sino muy pocos síntomas subjetivos. Esto era suficiente para que nos asegurásemos de que la alopecia no podía ser ya considerada como signo de una muerte cierta. Mi mujer continuaba con fiebre y escalofríos.

Había infinidad de gentes, venidas de fuera, al pillaje de Hiroshima. Sin fuerza policial de ninguna clase, la ciudad se iba a corromper; me avergonzaba de ello.

En medio de la noche, una luz vacilante iluminó de repente mi ventana. Asomándome a ver de dónde procedía, vi que estaban incinerando los cadáveres del señor Sakai y de la señora Hamada, que habían muerto aquel día.

25 AGOSTO.—Continuaban los pillajes en la ciudad y afectaban incluso a nuestros depósitos, desguarnecidos. Las gentes trataban de llevarse cosas de las que nos habían dado en el almacén del 5.º Batallón.

En la visita de hospital noté que todos los enfermos cuidados en el hospital tenían petequias y alopecia, y, sin embargo, su estado general no parecía haber empeorado, de forma que reinaba en las salas un nuevo brote de optimismo. Muchos me preguntaban si sus cabellos volverían a nacer. No sabía nada sobre ello, pero les contesté afirmativamente. Sabía que abusaba de su confianza hablándoles así, pero pienso que se me excusará, teniendo en cuenta el placer que yo les proporcionaba. La mayoría de los enfermos estaban en que la explosión de la bomba había desarrollado un gas mortífero, y no se podía tratar de convencerlos. Algunos aseguraban que gentes llegadas a Hiroshima *después* de la explosión ofrecían los mismos síntomas que los que se encontraron en aquel momento en la ciudad. Mi único comentario fué que la estomatitis o ulceración de la boca era un síntoma inquietante, y que se había dado en gentes no heridas pero que habían cuidado a enfermos. Volvía el sentimiento de pánico sobre todos nosotros, y, sin embargo, ¡era necesario intentar a cualquier precio disimular los temores!

26 AGOSTO.—El doctor Katsubé y yo decidimos que debíamos practicar autopsias para tratar de investigar las causas de las muertes, y se dispuso lo necesario para ello. Por su parte, el doctor Kanaoka nos informó que las proporciones de glóbulos blancos habían cesado de disminuir.

—¿Ve usted—dije a este último—cómo no había rumor más absurdo que el de que Hiroshima fuese a ser inhabitable durante setenta y cinco años?

Luego me dediqué a desmentir tal rumor ante todos los enfermos a quienes se lo había oído propalar. Presencié una autopsia, verificada por el doctor Katsubé, y de acuerdo con sus observaciones, hice fijar en todas las salas del hospital una declaración sobre el verdadero estado de nuestras investigaciones acerca de las posibles causas de las muertes, haciendo una clasificación de los enfermos que debían permanecer sometidos a vigilancia médica y los que podían dedicarse a sus ocupaciones y abandonar el hospital.

28 AGOSTO.—Había descuidado a mi mujer, no prestando atención a su tos y a su expectoración. Estaba con una grave neumonía, y pude trasladar su cama a mejor sitio. El encargado de la farmacia me proporcionó una de las mejores sulfamidas. Me hice grandes reproches y me dispuse a seguir más de cerca su situación.

29 AGOSTO.—Dormí muy mal, porque la enfermedad de mi mujer me inquietaba mucho. Si me hubiera preocupado más de que no pasara frío y no hubiera sido afectada por la humedad... Indudablemente, teníamos que haber tenido más cuidado, pues había algún otro enfermo que podría estar a punto de contraer una afección pulmonar.

Hacia el mediodía nos llegó la noticia de que el protocolo de rendición incondicional iba a ser firmado, en los primeros días de septiembre, a bordo del crucero *Missouri*, anclado en la bahía de Tokio.

—¿Qué sucederá si el emperador es hecho prisionero?—preguntó uno, angustiosamente.

—No diga usted esas cosas tan terribles—protestó la señora Saeki—; el emperador no ha hecho nada malo.

—Dicen que va a ser llevado a las islas Ryou-Kyou para ser encarcelado allí—dijo otro.

«¡Es imposible!», me dije yo, al escuchar la discusión. Pero ¿era realmente imposible? La historia estaba llena de acontecimientos de ese género.

El estado de mi mujer continuaba estacionario. La señorita Kado la cuidaba con gran competencia y me evitaba a mí intervenir en inyectarla. Un médico no está nunca en disposición de cuidar convenientemente a los suyos.

30 AGOSTO.—Las heridas que yo había recibido en la cara, en los hombros y en la espalda estaban curadas del todo. Pero la herida del muslo en este día me hacía sufrir, acaso por causa del tiempo húmedo, y tuve que volverme a acostar. Para no estar del todo ocioso, pedí al doctor Katsubé que me enviara un microscopio para examinar algunas muestras de sangre. Me costó trabajo reconcentrarme en un trabajo que desde hacía tanto tiempo no había verificado.

3 SEPTIEMBRE.—Mi mujer se puso mucho mejor. Asistimos a una conferencia del doctor Tsuzuki sobre sus investigaciones respecto a las enfermedades derivadas de la explosión de la bomba atómica.

Por estos días se anunció que íbamos a tener de nuevo luz eléctrica. También hubo quien dijo que en Comunicaciones tenían algunos periódicos; corrí al punto, por si podía saber algo acerca de la capitulación, pero no era verdad; nadie tenía tales periódicos. Todos estos días estuve lar-



gas horas dedicado a la recolección de observaciones médicas sobre las enfermedades a que habíamos hecho y continuábamos haciendo frente, y redactando unos informes, en la esperanza de que pudieran ser útiles a la investigación de causas y remedios. Un periodista recogió uno de esos informes y lo hizo publicar en un periódico. La fisonomía del hospital cambiaba de día en día. Sólo de vez en cuando se registraba un deceso.

13 SEPTIEMBRE.—Se dijo este día que los aliados se aprestaban a desembarcar en el Japón. Este rumor provocó un comienzo de pánico entre la población, pánico que se transmitió a nuestro hospital e incitó a muchos enfermos a irse huyendo. En general, las mujeres eran las más afectadas por el miedo, porque alguien había dicho que ellas serían todas violadas. Yo no sé lo que habría podido provocar ese pánico, porque ya se había comprobado que ingleses y americanos se habían paseado por las ruinas de Hiroshima desde el comienzo de septiembre. A pesar de mi convicción de que los occidentales eran gentes civilizadas que no se habrían de comportar como salvajes, en cuanto a esposo, yo me volví como los demás, y preparé lo necesario para que mi mujer dejase Hiroshima lo más pronto posible.

18 SEPTIEMBRE.—Cuando me desperté, el enorme tifón del día anterior había pasado. Al asomarme al jardín, vi que estaba sembrado de cartas y tarjetas postales. Bajé y recogí todas las que pude, y di la alarma en Comunicaciones; la mayoría eran certificadas. En seguida bajaron y se pusieron a buscar las cartas esparcidas por el viento. Este espectáculo me recordó un hecho que he olvidado relatar: el día del «pika» fueron encontrados papeles, procedentes de Hiroshima, en localidades situadas a veinticinco, treinta y treinta y cinco kilómetros de la ciudad, que habían sido proyectados por la violencia de la explosión.

En una conversación, oída al pasar, me enteré de que un hombre había tirado al mar a su amiga, en un acceso de cólera, porque la había visto pasear con un soldado de las fuerzas de ocupación. La actitud de este joven era característica de los que habían sido educados en el odio al enemigo.

20 SEPTIEMBRE.—Venciendo cierta repugnancia, hube de recibir a un oficial americano, a quien enseñé el hospital. Pero estaba más interesado en los efectos del tifón del día pasado que en los de la bomba atómica. Me hizo pasar mal rato. El guardia que le escoltaba, y que nos sirvió de intérprete, sabía muy poco de japonés, y lo poco que hablamos fué muy pobremente retransmitido. Yo conocía el inglés escrito, pero no era capaz de hablarlo ni de entender lo que se me dijera en ese idioma. Decidí, en adelante, hacerme entender por escrito, si tenía que recibir a otros americanos. El Japón había sido vencido, y estábamos como en un campo de prisioneros: era de capital importancia para nosotros tratar de expresarnos en la lengua del vencedor.

24 SEPTIEMBRE.—Me desperté con cólico, y después sentí una debilidad inexplicable. ¿Habría yo respirado, después de todo, un poco de ese gas maligno de que hablaban las gentes, en el curso de mis peregrinaciones por las ruinas? Me subió la fiebre. Mi corazón se puso a latir con violencia, y mi debilidad aumentó casi hasta la postración.

25 SEPTIEMBRE.—Estaba extenuado. ¿Iría yo a pagar también mi tributo a las radiaciones?

26 SEPTIEMBRE.—Mi estado continuaba estacionario: tenesmo, diarrea, dolores abdominales y debilidad. Añadimos codeína a las medicinas que había empezado a tomar y me sentó bien; pude dormir algunos ratos.

27 SEPTIEMBRE.—Atribuí mi mejoría a la codeína. Hice deposición sólo dos veces.

28 SEPTIEMBRE.—Tenía mejor apetito; pero a pesar de mis progresos, estaba lejos de encontrarme restablecido.

29 SEPTIEMBRE.—Me quedé en la cama toda la mañana. Me convencí de que había tenido una crisis de enterocolitis, y me decidí a seguir escrupulosamente un plan.

Dos jóvenes oficiales del ejército de ocupación me vinieron a ver. Aunque no tenía muchos ánimos, decidí recibirlos y estar tan amable con ellos como pudiera. Traté de mostrarles en el hospital lo que me pareció que podría interesarles más. Esta visita nos impresionó más favorablemente que la del día pasado, por la actitud cortés y la llaneza de modales de los oficiales. Cuando se marchaban, dijeron en japonés: *«Konnichi-wa»* (es decir, «Buenas tardes»), en lugar de decir *«Sayonara»*, y esto hizo reír a los que estaban presentes. Yo también reí, y los jóvenes oficiales rieron conmigo. Pero luego me di cuenta de que, al salir a recibirlos, en lugar de decirles *«How are you?»*, les había saludado con *«Good bye»*; en fin, que la broma se aplicaba también a mí.

Esta noche la señora Hiyama dió a luz un hijo. Me dió mucha alegría y mucha tranquilidad comprobar que la criatura era absolutamente normal. Era el primer nacimiento que se registraba en el hospital desde el «pika».

30 SEPTIEMBRE.—Me desperté un poco antes del alba, y me sentí mucho mejor.

Por la tarde fuimos visitados por dos grupos de militares. Los americanos examinaron atentamente todo lo que yo les mostré. Uno de ellos, al parecer oficial, estaba junto a una ventana contemplando las ruinas de la ciudad. Por medio del intérprete, me dijo, al cabo de un buen rato:

—Debe de haber aún cadáveres entre los escombros. Yo tengo el presentimiento de que si esos muertos no son quitados pronto y si estas ruinas no son allanadas rápidamente, persistirá el rencor entre los dos países. ¿Qué opina usted?

—Estoy enteramente de acuerdo—le respondí—. ¿No podrían ustedes enviar aquí una de esas máquinas que han utilizado en otros sitios para allanar los escombros?

—Nada de eso—replicó el oficial—. América no puede permitirse el lujo de enviar aquí un material tan costoso. ¿Y qué piensa usted del bombardeo?

—Yo soy budista—le contesté—, y desde la infancia se me ha enseñado a resignarme ante la adversidad. He perdido mi hogar y mi fortuna, he sido herido, y, sin embargo, me considero como un privilegiado, puesto que la vida mía y la de mi mujer han sido salvadas. Le estoy reconocido al cielo, bien que hayan caído muertas personas de todas las casas que rodeaban la mía.

—Pues yo no puedo compartir sus sentimientos—dijo entonces el oficial, con un aire sombrío—. En su lugar, yo intentaría un proceso al país responsable.

Permaneció aún largo rato en la ventana, con la mirada fija en las ruinas. Al fin, marchó con su grupo. Después de su partida yo repetía a mis amigos lo que él me acababa de decir.

—¡Intentar un proceso! ¡Intentar un proceso!

Cien veces me repetía yo estas palabras. Cuanto más vueltas les daba en mi cabeza y más me esforzaba en captar su sentido, más grande se volvía mi convicción de que habían de quedar en mi mente incomprensibles para siempre.



Alfredo Sánchez Bella

(*Viene de la pág. 46.*) moso título, justamente otorgado a quien supo ser embajador de América en el protocolo periodístico como director de MVNDO HISPÁNICO.

M. Z.

SEMBLANZA BIOGRAFICA DE ALFREDO SANCHEZ BELLA

Sánchez Bella nació el 2 de octubre de 1916 en Tordesillas, partido de Molina de Aragón, provincia de Guadalajara. Su nombramiento de embajador de España a los cuarenta años compendia una existencia dedicada a servir a la patria, que para él—en su visión ecuménica de la Hispanidad—se desborda de las fronteras propiamente españolas para extenderse por toda la órbita de la comunidad hispanoamericana de naciones.

Sánchez Bella estudió el Bachillerato en Valencia, y allí se doctoró en Filosofía y Letras. En su historial universitario y científico figura su labor pedagógica en Valencia y su actuación como vocal de la Junta Bibliográfica y de Intercambio Científico del Ministerio de Educación Nacional, vicesecretario general del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, colaborador de la Sección Hispánica del Instituto de Estudios Políticos, miembro fundador de la Sección Cultural del Consejo de la Hispanidad, secretario primero y subdirector después del Colegio Mayor Jiménez de Cisneros, director del Seminario de Problemas Actuales Hispanoamericanos y catedrático de Historia e Instituciones del Mundo Hispánico en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid.

Este español infatigable es autor de diversas publicaciones, entre las que citamos a «Política y Universidad», conferencia pronunciada en el paraninfo de la Universidad de Valencia en 1940; la edición crítica de *El perfecto desengaño*, obra inédita del marqués de Valparaíso (con notas críticas y un prólogo), 1940; *Epistolario del conde-duque de Olivares, Hacia una nueva cultura hispánica, Carlos V y San Francisco de Borja, Un coloquio memorable en torno a la Compañía de Jesús*, más una serie incontable de colaboraciones en *Escorial, Hispania, Haz, Cisneros*—que dirigió—, *Libertad, Animos, Las Provincias, Diario de Valencia, El Noticiero*, MUNDO HISPÁNICO—que igualmente ha dirigido—, etc. En preparación tiene, al escribir esta semblanza, un estudio sobre *Don Francés de Alava, Organización y sistema de la investigación científica en el mundo, Hacia la Hispanidad* e *Historia de Hispanoamérica* (en cuadros sinópticos).

Afiliado a los Estudiantes Católicos, formó parte de la Junta Federal y presidió la Asociación de Filosofía y Letras de Valencia antes de 1936. Por aquellos tiempos fué también presidente de las Juventudes Católicas en la archidiócesis de Valencia y dirigió las revistas estudiantiles *Animos* y *Libertad*. Iniciada la guerra de Liberación, fué detenido y permaneció en la Cárcel Modelo de Valencia durante siete meses. Tras pasarse a las filas nacionales por el frente, hizo la campaña como soldado de la 5.ª División de Navarra y en la primera bandera de Falange de Valencia. Nombrado oficial de propaganda, fué agregado a los Cuerpos de Ejército de Castilla y Galicia. Fué el primer oficial que entró en Valencia a su liberación, haciéndose cargo de los servicios de prensa y radio, que puso inmediatamente en marcha, fundando y dirigiendo, por orden del mando militar, el periódico *Avance*. Por méritos de guerra se halla en posesión de la medalla de Campaña, cruz roja del Mérito Militar, medalla de Sufrimientos por la Patria, cruz de Guerra, y por sus servicios en tiempos de paz posee la encomienda de Isabel la Católica.

Terminada la lucha, fué secretario de la Delegación Provincial de Educación de la Falange de Valencia y asesor cultural del Sindicato Español Universitario. Dirigió Radio Valencia y Radio Levante desde la entrada de las tropas en la capital levantina hasta el mes de septiembre de 1941.

Posteriormente, y en calidad de secretario de la presidencia internacional de «Pax Romana» y director de la Oficina de Publicaciones de la misma, ha representado a los universitarios españoles numerosas veces en el extranjero.

Pero donde verdaderamente descuella la labor de Alfredo Sánchez Bella es en el campo de la Hispanidad. En 1940 creó y fué el alma de la Sección Hispanoamericana del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pasando después a desempeñar la misma actividad en el Consejo de la Hispanidad. De febrero a junio de 1946, visitó Venezuela, el Brasil, Uruguay, la Argentina, Chile y Perú, siendo su aportación decisiva para lograr la crecida y brillante aportación americana al Congreso Internacional de «Pax Romana» que se celebró en El Escorial, y que es considerado como el punto de arranque de todo el brioso movimiento hispanista presente. Creado el Instituto de Cultura Hispánica, se dedicó a él por entero, desempeñando los cargos de secretario general, subdirector y director. En 1947 y 1956 realizó un extenso recorrido por Hispanoamérica, visitando muchos países y estableciendo en ellos las bases para la creación de Institutos nacionales vinculados al de España.

Noble, profunda y abnegada es la trayectoria de Alfredo Sánchez Bella en su vinculación con la Hispanidad. Pocos hombres como él han comprendido su trascendencia. De los balbuceos de las primeras horas se ha pasado, gracias a su empeño, a la espléndida realidad presente. Afortunadamente para la causa hispánica, desde su nuevo cargo de embajador de España, Alfredo Sánchez Bella sigue en la brecha.

Blas Piñar

(*Viene de la pág. 46.*) apareciendo diversos trabajos de su especialidad, en los que Blas Piñar revela su atención hacia los problemas del Derecho. Algunos de los títulos de estos trabajos señalan sus preocupaciones: *La adopción y sus problemas jurídicos, La adopción en el nuevo Código civil filipino, La prestación alimenticia en el Derecho civil español, La legitimación por concesión real* y *La función social del Notariado*.

Mientras tanto, Blas Piñar forma parte de comisiones y centros de estudio y se llena de interés por lo hispanoamericano, como lo más selecto de las nuevas generaciones españolas. Participa en las Juntas de gobierno del Instituto de Cultura Hispánica y se prepara así, significativamente, para la continuidad en esta empresa. Es decir, el estudiante, el católico y el universitario llega al Instituto enraizado, muy hondamente, en el concreto amor a las cosas españolas y americanas y con el empuje de quien ha vivido en el cotidiano riesgo de pensar las cosas, de ir haciéndolas y de saber formular, ante cada problema, un planteamiento profesional limpio y riguroso.

Bueno será recordar que Blas Piñar, que ha viajado mucho por la Península, por sus pueblos y sus ciudades, ha pasado también el Atlántico en 1956, cuando representó a España en el Congreso Internacional de Cultura Católica celebrado en Ciudad Trujillo. Un año antes había formado parte del Congreso Internacional de «Pax Romana» desarrollado en Nottingham.

Hombre entero, Blas Piñar se precia de ser lo que es: católico, universitario y hombre de leyes, vocado al gran tema de las relaciones hispanoamericanas. Muchas más cosas pudieran decirse, pero el hecho cierto es simplemente éste: Blas Piñar asienta su diaria existencia, cara y cruz de cada día, sobre esa triple expresión que, por otra parte, ha sido leyenda, norma y tradición en el Instituto. A cada cual lo suyo.

Ahora está la tarea.

E. R. G.

Los ojos que nos miran

(*Viene de la pág. 22.*) de Goya no se apagó. Luce con su inmortalidad toda la obra de los artistas que le siguieron, con la constante española de trascender. Desde el romanticismo y el modernismo hasta todos los «ismos» posteriores al impresionismo francés, se ve cómo los artistas españoles, a través de cualquier movimiento artístico, dan su vibrante mensaje emocionado y bello a través de la forma, el color y la luz.

Sentado esto, se nota que existe en la historia universal del arte un hueco. Sería interesante hacer la del retrato. Podría iniciarse con el de Alfonso el Sabio galopando, miniatura en «El libro del ajedrez», y esta historia daría sin duda el sobresaliente a España en esta preocupación del arte español por inquirir, profundizar, sacar a la luz y plasmar en formas y colores todo lo inmaterial que hay tras los rostros y las pupilas del retrato.

Pero todo retrato es también la ventana por donde se asoma a su mundo circundante la personalidad del autor. De modo que en la antológica del Retiro, además de mirarnos el siglo de personajes allí retratados, nos escruta la constante vocación inquisitiva y profunda del genio español.

M.-F. A.

El arte más difícil

(*Viene de la pág. 39.*) catura personal como un género menor dentro del arte, y les preguntan: «¿Cuántos pintores, escultores, grabadores, etc., existen o han existido en el mundo, y cuántos artistas se han dedicado a la caricatura personal?» Hay que convenir en que un caricaturista puede ser fácilmente pintor o escultor, pero difícilmente uno de éstos podría ser caricaturista personal.

Si a nadie se le oculta que la caricatura es un arte de y para minorías, convengamos en que la caricatura personal moderna, ennoblecida por el humorismo, es algo aún más serio y trascendental.

Y para proclamarlo así ofrecemos estos modelos de simplificación, de inmaterialidad, de expresiva sencillez —fruto de vencidas dificultades—, en las caricaturas que ilustran estas páginas. Son sus autores de aquellos que hace tres años se agruparon en España para lanzar al mundo su mensaje de autenticidad.

Aquí están representados: Luis Lasa, con las caricaturas de Di Stéfano, Chamaco, Cantinflas y Eduarzo Carranza; Francisco Martínez, con la de Enrique Larreta; Luis Marquerie, con la de Agustín Lara, y las nuevas firmas de Kiko y Poli Niebla, que presentan, respectivamente, las caricaturas de Jacinto Benavente y Wenceslao Fernández Flórez.

Todos ellos parecen buscar la máxima perfección del dibujo en una línea o un punto que bastaran por sí mismos para resumir todas las actitudes y todas las expresiones vitales.

En efecto, estos caricaturistas hispanos recaban para sí le derecho al humorismo, desleído antes en la literatura y aun en la pintura. Ellos lo han concretado, lo han simplificado, le han dado esa escueta expresividad de sus dibujos.

Se ha dicho que ningún dibujo puede ser una verdadera caricatura si no nos hace pensar. Pues estos dibujos no sólo nos adentran en la misteriosa ecuación de su logro, sino que los vemos como un puro pensamiento resumido en una línea milagrosamente expresiva.

Así son estos caricaturistas hispanos e hispánicos, que dicen prodigiosamente con unos trazos la psicología de su pueblo.

JOSÉ M.ª GARCIA BARÓ

PABLO SERRANO

(*Viene de la pág. 21.*) estatuas, la captación del clasicismo, la pureza de un desnudo sometido a las leyes imperecederas de la creación, la crisálida rocosa en la que ya se insinúa un dios petrificado. En el rincón, el academicismo desechado; en primer término, el clasicismo conquistado. En el rincón, el cuerpo mortal; en el primer término, el cuerpo glorioso.

Amontonada en el estudio de Montevideo está toda la historia de Pablo Serrano. Apenas algún leve vestigio de su llegada a las tierras del Plata, adolescente aún, desde Crivillen, su pueblo natal, en el Aragón más áspero (1931). Después, las obras-huellas de los años en que se va desechando el lastre del aprendizaje; las de los años en que se conquista el maestrazgo—que en él es doblemente efectivo por ostentar una cátedra de profesor de modelado en aquella Escuela Nacional de Bellas Artes—; las obras, en fin, de la lograda madurez, las que le valieron el Premio de Escultura en la Bienal de Montevideo, y, juntamente con Angel Ferrant, el Gran Premio de Escultura de la III Bienal Hispanoamericana de Arte.

Para el esquema orsiano, las posibilidades optativas de la escultura se cerraban en una alternativa rígida: «O se hace un dios, o se hace un *bibelot*.» Pablo Serrano hacía, por entonces, dioses. Queremos decir que su interpretación del elemento humano consistía en desposeerlo de temporalidad, en fijarlo en su gesto más eterno, en arquetipizarlo. Era natural que don Eugenio se sintiese bien en aquel taller de juveniles proyectos para el olimpo.

Pero en la trayectoria de Pablo Serrano, los dioses no fueron un punto de llegada, sino apenas un jalón del camino. Si tratáramos de resumirla, diríamos que su trayectoria es una marcha desde lo circunstancial y cotidiano hasta el arquetipo, desde el

arquetipo hasta el hombre diferenciado, desde el hombre diferenciado hasta la primera materia de toda la creación. Sí, porque, a raíz de su instalación en el mundo de los dioses, a Pablo Serrano empezó a interesarle el mundo de los pequeños mortales. De pronto se dió cuenta de que había matado sin piedad a todo lo que delata la condición de hombre: una cierta mirada perdida en el vacío, un gesto de candor, las huellas que el tiempo va grabando sobre los rostros.

Pablo Serrano regresó al mundo diferenciado, pero algo había ganado en su expedición a las alturas gloriosas: había sabido prescindir de un elemento conturbador en todo arte que se llama «la vulgaridad». Por otra parte, su percepción del elemento arquetípico le serviría también para elevar hasta el plano genérico su nueva descubierta de los gestos cotidianos. Así es como entra en el mundo de la expresión. Por eso los retratos de Serrano están, en cierto modo, en un orden del expresionismo, es decir, en aquel en que se sabe acentuar el rasgo más peculiar del personaje frente al resto de su conjunto, que es lo que lo hace más afín con la familia de los hombres.

La última aventura plástica de Pablo Serrano es la consecuencia directa e inmediata de su reencuentro con la grey diferenciada o, para decirlo con palabras de Unamuno, «con el hombre de carne y hueso». Una vez en contacto con los hombres, ¿por qué no tomar contacto con su carne y con sus huesos? Esto es el comienzo de su última experiencia.

Todo escultor es un hermano entrañable de su materia base. Quien modela el barro debe sentir la sensación oscura de que de nuevo está amasando la greda para el primer hombre. Así fué como Pablo Serrano caminó desde el hombre a su materia. ¿Sabéis del goce de un escultor palpando la textura de los materiales primarios, dejando deslizar el tacto por las sinuosidades pétreas, acariciando la obra de los primeros días de la creación?

En realidad, Pablo Serrano ha regresado desde los dioses hasta los mitos, tal vez desde el olimpo hasta el infierno, desde un mundo glorioso a un mundo plutónico. Un día, en las laderas del Vesubio, quiso identificarse con la lava volcánica y acarreó a su taller algunos pedruscos. Después los combinó con el hierro.

Los nuevos personajes de Serrano son apenas un pretexto para hacer expresivos los dos nuevos elementos combinados. Si para otros escultores la utilización del hierro y de la piedra tiene como finalidad una conjugación del espacio, para Serrano, el espacio, con el que inevitablemente tiene que contender en este nuevo aspecto de su lucha, se da exclusivamente en función de su materia. Porque él ha marchado hasta la exclusiva descubierta de la materia virgen de toda creación.

Pero estos personajes son por ello consecuencia incuestionable de estos dos elementos. Ha descendido a los infiernos pulsando su arte, como Orfeo pulsando su lira. Ignoramos si logrará salir de este nuevo universo, es decir, ignoramos si logrará partir hasta un nuevo mundo de dioses o de hombres.

J. M.ª M. G.

La condesa de Quintanilla

(*Viene de la pág. 27.*) **otros. Todos son extraordinarios. Si me han elegido en Nueva York, es por la sensación que causan en el extranjero mis trajes españoles.**

Una tercera camilla, más inesperada que las anteriores, cruza ante nosotros. La condesa se acerca a ella. El más pequeño de sus hijos—cuatro años—va también camino del quirófano. Dentro de unos momentos la condesa de Quintanilla saldrá del sanatorio con sus tres hijos sin amígdalas. Subirá a su coche, serena y sencilla como siempre, admirablemente española, camino de su casa en Madrid. Todavía ha quedado en el aire su última contestación.

—Lo decidido en Nueva York es injusto. Conozco muchas mujeres en distintos países mucho más elegantes. En todo caso debería hacerse antes en cada país una selección previa. Lo absurdo e incomprensible es que en Nueva York no se haya incluído a las mujeres francesas y españolas y decir que las americanas son o somos las más elegantes del mundo, cuando lo más que podríamos ser, según este resultado, es las más elegantes de Norteamérica.

M.-F. A.

Sao Paulo: La ciudad que más crece en el mundo

(*Viene de la pág. 33.*) meras consecuencias para no perder un título—la ciudad que más crece en el mundo—que tanto abrillantó y abrillanta a su blasón de armas: «No soy conducida: conduzco.»

Volvamos una vez más a la estadística. Por cada 1.000 habitantes nacen 26 y mueren 10. Se celebran anualmente más de 25.913 matrimonios. Esto significa un claro superávit en su crecimiento, mas aun no lo es todo. Miremos hacia la corriente migratoria y tendremos la respuesta final. Dividamos ésta en dos partes: la primera, compuesta por los habitantes del norte y el nordeste brasileños, que se encaminan hacia el sur en busca de mejores condiciones de vida; la segunda, integrada por los extranjeros, que marchan a América a la conquista de mayores facilidades en un mundo nuevo. Desde 1882 hasta nuestros días, más de 2.000.000 de italianos llegaron al Brasil. Los portugueses se colocan en segundo lugar, con 1.500.000; en tercero, los españoles, con más de 600.000, y los japoneses, con 200.000, en cuarto lugar.

Naturalmente, la corriente migratoria extranjera, como la nacional, se localizó preferentemente en la región sur del país, en los Estados de Río Grande do Sul, Paraná, Santa Catarina, São Paulo y Río de Janeiro. Destácase el Estado de São Paulo, con sus 600.000 extranjeros actuales, de los cuales 300.000 residen en el municipio de São Paulo; entre ellos, 36.600 españoles, divididos en 17.535 hombres y 19.064 mujeres.

EL MAYOR CENTRO INDUSTRIAL DE AMERICA DEL SUR

São Paulo, en sus 1.593 kilómetros cuadrados de superficie, cuenta con la cifra sorprendente de 9.000 establecimientos industriales y 18.898 comerciales. La industria ocupa a más de 400.000 operarios. El comercio, a 100.000. El capital aproximado de las industrias paulistas equivale a pesetas 7.666.986.000, superando su producción anual los 23.000.345.000 pesetas. El comercio vendió en el último año la cifra escalofriante de 30.803.030.000 pesetas.

El movimiento bancario acompaña al crecimiento humano e industrial de la capital. El número de cheques que circularon el año pasado sobrepasó los 5.271.550. Su valor ascendió a 200.000 millones de pesetas, y la media general por cheque se elevó a 40.000 pesetas.

Los empréstitos bancarios alcanzaron el montante de 12.000 millones. El de depósitos subió a 24.000 millones, y los giros comerciales sobrepasaron los 150.000 millones.

La industria consume anualmente 1.792.554.000 Kw./h., y de gas, 78.453.000 m³.

El 23 por 100 de la población se ocupa en las industrias de transformaciones; el 7 por 100, en el comercio de mercancías manufacturadas, y el 40 por 100 no tiene remuneración, debido a que hay 200.000 alumnos matriculados en el curso primario, 50.000 en el secundario y 10.000 en el superior.

LA CIUDAD Y SU LADO HUMANO

Aunque la inmigración podría haber desnivelado la igualdad aproximada entre hombres y mujeres, son estas últimas las que continúan llevando ventaja en el número.

Hay más de dos millones y medio de blancos y unos 200.000 negros, procedentes de la época de la esclavitud, que tan magníficamente supieron superar los brasileños bajo la corona de los Braganza, habiéndose alcanzado hoy una igualdad de derechos y obligaciones entre todos los componentes de la sociedad brasileña. Los amarillos alcanzan la cifra de 100.000, igual que los pardos.

Brasileños por nacimiento, sólo dos millones, con 18.000 naturalizados; los restantes son extranjeros, representando el 15 por 100 de la población paulistana.

Saben leer y escribir casi tres millones, con 300.000 analfabetos, cifra que deberá reducirse a un mínimo insignificante dentro de algunos años.

En cuanto a la religión, dos millones practican la católica romana, 300.000 pertenecen a las diversas sectas protestantes, 200.000 son espiritistas y más de 50.000 siguen el judaísmo, sin contar otras religiones menores, como el culto de Ubanda y los católicos brasileños.

Circulan en la capital 100.000 coches, 60.000 camiones y 5.000 autobuses, número récord, pues São Paulo, hasta hace poco, no poseyó ninguna fábrica de automóviles.

Su aeropuerto—el de Congonhas—ocupa el tercer lugar en el mundo por la intensidad del tránsito, después del de Nueva York y Chicago. El número de aterrizajes se elevó a 50.000, desembarcando en él más de 500.000 pasajeros y embarcando parecido número. La carga desembarcada subió hasta los 10 millones de kilogramos, embarcando 15 millones.

La prensa diaria cuenta con siete periódicos matutinos en lengua portuguesa, de los cuales dos son dedicados al deporte, y tres en lenguas extranjeras: *Noticias Alemanas* (en alemán), *Diario Japonés* (en japonés) y *Fanfulla* (en italiano). Hay tres vespertinos; dos, con dos ediciones.

Cuenta São Paulo con 12 estaciones de radio y tres de televisión, número este que se elevará a cuatro mediado el presente año.

Entre las distracciones predilectas del paulistano se encuentra el cine. Posee la capital más de 100 salas, valoradas en 70 millones de pesetas. Sus 6.000 calles, 300 avenidas, 500 plazas y 50 jardines son iluminados con 30.000 focos. Los paulistanos se alojan en 500.000 edificios.

São Paulo es, finalmente, el orgullo del Brasil y el orgullo de la obra de colonización evangélica. En el pasado y en el presente, como en el futuro, la Península Ibérica fué, es y será venerada con emoción por los que conocen realmente su obra. Y São Paulo la conoce.

JUAN M. MARTIN MATOS

La sombra de Gibraltar, proyectada ante el mundo

(*Viene de la pág. 7.*) justificar la usurpación de soberanía con flagrante violación del Derecho internacional, ni siquiera el realismo más crudo podría servir hoy para cohonestar su subsistencia. El Gobierno español, celoso, tanto como de su derecho imprescriptible, de la paz y el equilibrio universales, confía en que el sentido jurídico de la otra parte ha de facilitar la resolución, por vía bilateral, de este permanente conflicto, sin verse obligado a acudir ante las Naciones Unidas para buscar en ellas el apoyo moral y jurídico que le ofrecen las disposiciones de la Carta.»

Sobre la mesa de las Naciones Unidas ha quedado planteada de esta manera, con energía pero con serenidad, en los mismos términos en que lo ha hecho varias veces el Generalísimo Franco, la reivindicación española de Gibraltar.

Cómo se ingresa en la Academia Española

(*Viene de la pág. 41.*) se consigue el «acuerdo», la paz académica queda salvada por un armisticio semanal: la reunión y la votación queda suspendida hasta el próximo jueves, y las reuniones se van sucediendo de esa forma hasta que se consigue la protocolaria «unanimidad». Unanimidad que, más que un suceso real, corresponde a una característica cortés y eminentemente interesante de la «manera académica», puesto que a veces las discrepancias se suceden hasta el final. Pero el simple voto mayoritario termina por producir, salvo excepciones curiosas, la unanimidad.

En general, en las ocasiones de elección de sucesión, todos los académicos formulan su voto. Los que están fuera, de una manera ostensible y manifiesta, lo dejan embarcado en una terna.

En línea sintética podría decirse, pues, que, una vez que se ha producido, por defunción de uno de los académicos, la vacante de un sillón, se procede en las reuniones de octubre, esto es, en los comienzos del curso académico, a la presentación de una o varias ternas, que recomiendan la elección de determinado sucesor. De no haber acuerdo inmediato, y desde ese momento, los académicos se reúnen semanalmente en la Real Academia hasta que los votos formulan, sin ninguna clase de dudas, la mayoría. Lo cortés y normal es que entonces se considere el ingreso del

nuevo académico como realizado por unanimidad.

LOS PEQUEÑOS PROTOCOLOS

Es evidente que los presuntos o posibles académicos conocen y saben que van a ser presentados por una terna determinada. En función de ese caso, la protocolaria cortesía académica tiene una forma especial de manifestarse.

El candidato visitará, uno por uno, a los académicos, para hacerles presente, de una manera clara, que conoce, sabe y desea la elección. Las visitas son breves o largas, según el talante especial del visitante y el grado de simpatía que por él sienta el académico; pero lo normal es que, de forma personal, o habiendo anunciado su visita por una tarjeta, el candidato haga el recorrido, el peregrinaje, por no menos de veinte casas.

Ocurre en ocasiones que los concurrentes, por su propia decisión, para no comprometer el puesto de alguien supuestamente más destacado o que, por determinadas circunstancias, se encuentra más próximo a la mayoría, dejan la lid, declarando con ello su manifiesta aprobación del candidato presentado. Estas razones corteses tienen, naturalmente, profundos significados posteriores, pero el hecho cierto es que se producen con relativa frecuencia.

Algunas de las consideraciones que determinan, en ocasiones, la retirada de un candidato, van apoyadas en el conocimiento de determinados supuestos, tal vez más sutiles que concretos, pero importantes, del funcionamiento de la Academia.

Uno de ellos es el que, tácitamente, inclina la balanza en la elección del candidato aquella personalidad que reúne, en cierto modo, condiciones profesionales o literarias semejantes a las que tuviera el candidato anterior.

Aunque esto puede ser un caso excepcional, sí existen determinados sillones que suelen quedar siempre dentro de una fisonomía profesional o intelectual. No se trata, como podría suponerse, de un sentimiento más o menos clasista de la Academia, sino de la razón de las propias funciones de ésta, que necesita, aparte del gran número indiferenciado y calificado de académicos, al tiempo, por el bello empleo del lenguaje, de aquellos otros de índole más especial o que, en razón de sus profesiones determinadas, traen a la Academia el bagaje considerable del léxico vital en que se desenvuelven.

Tal es, pues, en líneas generales, la suave, fecunda y difícil senda que lleva al sillón de la Real Academia Española.

E. R. G.

La primera colección Primavera-Verano

(*Viene de la pág. 29.*) en los que un cinturón ancho ascendente por el busto sigue recordando la línea Directorio o Princesa.

Dos modelos muy juveniles de falda amplia a quillas, acompañados de bolero suelto, que levantaron un murmullo de aprobación.

Algunos trajes negros de vestir, clásicos y elegantes, para que no faltase nada en la colección.

Los trajes de *cock-tail* y de noche en alegre colorido, como ya hemos apuntado antes, de talles ajustadísimos, nos daban la impresión de rosas invertidas, cuya corola fuese la cabeza de la bella modelo. Enormes caídas de glacé en tono contrastante, como nota característica, pendían de la espalda, y que a un joven espectador que tenía a mi lado, culto en pintura, sin duda, hizo exclamar: «¿No os recuerda mucho esta idea al cuadro de Zurbarán *Santa Cecilia*?»

Y, para terminar, hablemos de sombreros. Fueron valientes y atrevidos, no podemos negarlo, producto de una imaginación joven y lozana, que supo plasmar con acierto las travesuras de su fantasía. Algunos diminutos y colocados en el nacimiento de la frente; otros, voluminosos, en forma de amplio cono, recubiertos con gran profusión de flores pequeñas de un solo color.

Después de los aplausos, premio a esta labor tan perseverante y acertada, las damas y caballeros que asistimos al bello espectáculo de ver florecer la primavera en enero, fuimos obsequiados con una exquisita cena fría.

PILAR DE ABIA

Agustín de Foxá

(*Viene de la pág. 42.*) a hablar de Manolete. Allí vi por primera vez las iguanas.

—¿Por qué piensa en ellas ahora?

—Yo soy un hombre melancólico y vuelto quizá hacia el pasado. Las iguanas son un poco el dragón de las hadas.

LA VIDA DESDE EL PRINCIPIO

El viajero no está siempre de viaje. Ahora recupera fuerzas para partir nuevamente. Mientras tanto, desde el principio, repasamos su vida. La recorremos de punta a punta, buscando en ella, en el ir y venir de la conversación, el resorte mental del escritor. Para Agustín de Foxá no es doloroso ir hacia atrás, recordar.

—Soy madrileño, pero no sé si es posible hablar de ese paisaje como centro de mi existencia infantil. Yo creo que tuve otros. Fundamentalmente, el que ocupó mi imaginación de niño fué el paisaje familiar de los Foxá en el Ampurdán. Teníamos allí un castillo, que se convirtió, ya le digo, en una especie de cuento infantil para mí.

Los azares de la existencia habían obligado a los Foxá a venderlo. Ahora, por cierto, mientras el diplomático estaba en Cuba, se permitió la dulce humorada, ya muy alta la curva de la vida, de recuperarle. Es decir, de regresar al paisaje heredado.

—Estas cosas sólo pasan en Europa. Me costó algo así como 3.000 dólares. Poco más o menos, el valor, entonces, de un coche con refrigeración. Y ya ve usted, se trata de un castillo de la Edad Media.

Agustín de Foxá se ríe silenciosamente recordando la compra.

—Lo encontré muy bien, pero sin mis antepasados. El dueño anterior, que, al fin y al cabo, tenía derecho para hacer lo que quisiera con su casa, los había trasladado a una iglesia.

—¿Encontró el paisaje juvenil?

—Es un paisaje de almendros, denso.

IDEAS SOBRE LO ESPAÑOL A TRAVES DE LAS REGIONES

Este apasionado de lo español tiene dos viejas sangres con él.

—Mi padre me transmite la herencia catalana, mientras, al revés, mi madre me da la sangre de Castilla. Creo que las dos juntas producen el más alto producto español. Yo mismo siento perfectamente el gran latido de las dos, aunque literariamente yo sea un mediterráneo.

Ya estamos, por un azar, en el tema de los sentidos, del escape vital del hombre. Foxá, un lírico sensual en la literatura.

—Si quisiera emplear la austeridad en los conceptos, la sequedad, no sería auténtico. Lo predominante en mí es ese sentido feliz y ubérrimo de lo mediterráneo.

NIÑEZ Y POESIA

Recientemente, en conversación con Alfonso Reyes, la gran figura americana de las letras, me decía algo curioso e importante: «Al final de la vida, lo que me atrae más es la poesía. Creo que acabaré como empecé: haciendo versos.» Agustín de Foxá me repite, en cierto modo, idénticas palabras:

—Un poeta tiene que conservar mucho del acento infantil. Tiene que ser niño, y más aún: ser poeta no es otra cosa que dejar vivo al niño que éramos.

—¿Cómo ve usted su niñez, Foxá?

Un momento de pausa. Tristeza por primera vez.

—Creo que fué siempre melancólica. Es un poco la imagen de un mundo con coches de caballos. El trote lento y parsimonioso de la vida. Vivía en una casa llena de cuadros y cortinajes, y nunca he podido desprenderme completamente de aquella vieja piel. Veo todo siempre hacia aquel pasado melancólico y nostálgico. Es otro tiempo.

Es curioso ver así la vida de los demás. Tal como si se viera en un espejo de marco dorado. Más real que una reconstrucción cinematográfica. Y, repentinamente, llegan los recuerdos graves:

—Mi primera impresión de dolor, que nunca, por cierto, he podido olvidar, fué la muerte de mi compañero de pupitre en el colegio: Guillermo Azpiroz. Me parecía imposible. Desde el mirador de los marianistas vi pasar el entierro. Nos reunimos allí un montón de niños.

—¿Le preocupa la muerte?

—La idea de la muerte la he tenido constantemente conmigo. Hasta qué extremo será así lo entenderá cuando le diga algo extraordinario: siendo niño inventé, para jugar con mis hermanos, el teatro. Los muñecos, los personajes, vivían y morían como en todos los teatros, pero sólo que en el mío la idea y la necesidad de la muerte iban acompañadas, para darle un carácter más real, de la idea de la destrucción. Reyes y guerreros, si el azar del juego los condenaba a la muerte, eran destruídos.

Ese es el drama completo. El no poder retroceder.

—La muerte cobraba entonces un dramatismo extraordinario entre nosotros. Sabíamos que era irreparable y que el juego terminaba destruyendo los juguetes que no habían alcanzado otro plazo vital.

Sería importante ver con más calma el hondo sentido que existe depositado en ese recuerdo infantil. Sus causas. Pero Agustín de Foxá prosigue:

—El amor, en el fondo, es el revés de la muerte. Por eso es el gran tema entre los hombres. Desde mi punto de vista personal, por eso no he dejado de agarrarme desesperadamente al amor. Pero no quiero ser hipócrita. No el amor filantrópico y del espíritu, sino el tremendo amor a la vida.

Ese es el dolor también. Agustín de Foxá habla ahora con repentina violencia.

LA VIDA COMO REALIDAD

Agustín de Foxá ha tenido una infancia libre de preocupaciones materiales. Al revés, todo fué confortable. Las imágenes de aquellos días surgen por sí solas: escopetas, caza, coches de caballos. Pero no existe—hay que decirlo—la menor petulancia en ello.

—Yo nunca he dado importancia a ser aristócrata. Lo fuí siempre.

—¿Cuándo recibió el título?

—Me lo cedió mi padre a los siete años. El era conocido por el de marqués de Armendáriz y prefirió transmitírmelo. Total, que la niñez me dura mucho tiempo. Creo que casi hasta los dieciséis años o quizá hasta mi ingreso en la Universidad, que es, verdaderamente, mi contacto con la vida, con la realidad.

—¿Por qué razón?

—Porque la Universidad española era un poco España. Nada más llegar me di cuenta que llegaba a otro mundo, que nuevas formas de vida histórica y política aparecían. Piense que seguía viviendo en una casa isabelina de la calle de Atocha con panoplias en las paredes.

A pesar de ese contraste, Agustín de Foxá se sintió bien y formó parte de los jóvenes grupos españoles que buscaron, por uno u otro caminos, la expresión política de la nueva imagen del mundo que llegaba. Había que renunciar a muchas cosas.

—Tengo que decirle que mi madre, una castellana austera y sobria, me ayudó mucho en aquellos momentos. Era una naturaleza comedida, menos soñadora que mi padre y yo mismo, y podía entender mejor aquella situación que comenzaba.

Cuando salió de la Universidad con su título de abogado, Agustín de Foxá tenía decidido ya el rumbo que iba a tomar: la diplomacia.

AÑOS DE VIAJE POR EL VIEJO MUNDO EUROPEO

A los veinticuatro años, Agustín de Foxá es nombrado tercer secretario en la Legación española de Bucarest. Allí está un año. El sentimiento, potentísimo, de viajar y conocer nuevos horizontes, le dura aún hoy. Ahora mismo acaba de decírmelo:

—Es mi gran atracción.

Aquellos años son también una lección de Historia. El Imperio austrohúngaro ha muerto. El rey Carol, gran fantasma del pasado, era todavía representante de aquella vieja Europa.

—Fuí feliz allí, pero pude ver pronto, en plena juventud, la Europa revolucionaria y despoetizada. Cuando estuve en Turquía, el sultán había desaparecido y la nación se llenaba con un nuevo hombre: Mustafá Kemal Pachá, creador de la Turquía contemporánea...: las mujeres se habían quitado el velo de la cara y todo estaba en trance de variación.

—¿Qué pensó entonces?

—Llegué a la convicción absoluta, que ya había tenido antes en la Universidad, de que asistíamos a una lucha entre dos grandes sentimientos: la poesía y la justicia. Yo, al final, aunque melancólicamente, también me incliné por la justicia y participé de las jóvenes creaciones políticas.

Como español, Agustín de Foxá recibe una impresión que todavía mantiene hoy intacta: la de los judíos españoles que salieron de nuestras tierras en el siglo XV y mantienen, pese a todo, el idioma.

—Estando en Sofía les oí cantar en la iglesia, de forma impresionante, la *Elexia de la salidura de la España*. Es algo emocionante. Hablan en ella del paisaje y de las frutas, los naranjos y los trigales, para terminar, dolorosamente, diciendo: «Y Dios nos arrojó de la España, que era como un paraíso en la tierra...»

EL ESCRITOR Y ACADEMICO, DE CARA A AMERICA

El nuevo miembro de la Real Academia de la Lengua Española lleva a ella, con la finura del estilo literario, una experiencia importante: la de los años de América. Las Academias no son ya—hoy al menos—refugio de minoría de historiadores y literatos, sino un centro de trabajo. Existe, además, un hecho cierto y que, de una forma u otra, vinieron a ratificar los académicos hispanoamericanos recientemente: la Real Academia tiene que estar constantemente en contacto con la otra vertiente atlántica, donde, al tiempo que el idioma adquiere nuevas vibraciones, posee, sorprendentemente, y en amplios núcleos indígenas y ciudadanos, un profundo sabor arcaico. Las mismas palabras

casi que aprendieran con los evangelizadores. Ante este hecho—al tiempo arcaísmo y renovación—, la presencia de un escritor español que ha pasado tantos años en América y la conoce con la sensibilidad del escritor hacia el idioma, es una cosa importante.

—Yo creo que escribo desde niño. Creo que hacia los doce años escribí unos romances, ¡fíjese!, a la batalla de Lepanto y al Cid Campeador. Creo que el último era malísimo.

—¿Su primer libro?

—Tenía veintiséis años cuando se publicó. Recuerdo que lo escribí en Bulgaria. Tenía este bello título: *La niña del caracol*; pero creo que se salvan de él sólo dos o tres romances. Precisamente aquellos más palatinos, en la línea de Alfonso X, que formulaban un hallazgo literario más auténtico, quizá un reflejo de la atmósfera familiar. Por lo demás, estaba muy influído por Lorca.

Agustín de Foxá nació en 1906. Cuando vino a España con su primer libro estaba en la mitad del recorrido vital. Pasó aquí, sin salir de su marco, durante cinco años.

—¿Qué hace?

—Por un lado, escribir. Por otro, participar de la vida política de mi país. Es el tiempo que entro en contacto con José Antonio. Más tarde nuestra amistad se afianzó e hicimos juntos numerosas excursiones a la geografía y a los monumentos históricos. Recuerdo mucho las salidas a El Escorial.

—¿A qué da más importancia de aquella época?

—Personalmente, estaba muy desorientado. José Antonio me aseguró en una serie de cosas. Por ejemplo, me hizo entender que era posible la revolución dentro de las ideas de la Patria, cosa que yo creía irreconciliables.

Ahora la conversación sigue por los rumbos de la vocación del escritor. Esa extraña magia.

—Mi vocación ha sido total y permanente. Creo que regula mi existencia, y hasta tal extremo es así, que, de una forma u otra, todo cuanto veo me sirve de referencia literaria.

De todos sus libros, el escritor tiene siempre, por cualquier razón, uno que es su preferido. ¿Cuál es el de Foxá?

—Quizá el éxito vaya unido a ello; por eso yo recuerdo siempre mi libro *Madrid, de corte a checa*. El protagonista de la novela es el propio Madrid. Yo estaba movilizado; era sargento, y, por una serie de circunstancias, pude ver el último baile de Palacio. Más tarde conocí a los hombres de la República, y después, el Madrid de la revolución. Ese Madrid es el del libro. También recuerdo un éxito teatral: *Baile en Capitanía*, que ahora pasará al cine.

Pero Agustín de Foxá ha hecho teatro, periodismo y poesía. En total, seis libros de versos, una novela, cuatro obras de teatro, más otra en colaboración, y el constante y fugitivo mundo de los artículos, que, según su propia expresión, es lo que mejor hace.

A los veinticinco años de vida literaria, Agustín de Foxá hace esta declaración:

—Ha sido una desgracia para mí —como literato, se entiende—no tener que vivir de la literatura. Si hubiera sido así, estoy seguro de que hubiera hecho más y mejor.

—¿Por qué razón?

—En la vida, por leyes auténticas, hay que profesionalizarse en todo. Mientras tanto, no pasa de ser divertimiento, aunque se tenga, como yo, una verdadera y profunda vocación.

La conversación se acaba. Agustín de Foxá piensa que es viejo. Como yo proteste, me dice:

—Bueno, más viejo que joven.

Es la hora de las últimas palabras. Un ciclo distinto de la existencia comienza, según él, a los cincuenta años.

—Ahora, frente a la vida como goce, pienso en la vida como deber. Estoy en disposición de trabajo.

—¿Volverá a América?

—Siempre estoy en ella.

ENRIQUE RUIZ GARCIA

LA PALABRA, LA IMAGEN, LA LETRA...

(*Viene de la pág. 51.*)

FRAY NICOLAS DE OVANDO, GOBERNADOR DE LAS INDIAS, *por Ursula Lamb. — Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo.—Madrid, 1956.—254 páginas: 60 pesetas.*

La profesora norteamericana Ursula Lamb, esposa del Premio Nóbel de Física Nuclear 1955, ha acometido la empresa de estudiar la figura espléndida de Ovando, comendador de Alcántara y gobernador de las Indias, uno de los hombres de mayor interés histórico y vital de la Conquista. Tanto la labor de gobernante como la constante preocupación económica y social del genial extremeño, todo lo que constituye la órbita biográfica de este hombre de España, en el que la nobleza y el desinterés fueron norma indeclinable de su vida, han sido tratados aquí con una sólida y cuidada documentación, que no quita en ningún momento flexibilidad y gracia al relato.

El libro lleva unos comentarios preliminares de Miguel Muñoz de San Pedro, conde de Canilleros y de San Miguel, en los que se dice: «La profesora Lamb ha pasado años de estudio y meses de peregrinación por los archivos españoles, laborando con su propio valer y esfuerzo las páginas eruditas y meditadas de este libro.» Al lado de tantos estudios superficiales y de tercera mano que se han hecho y se siguen haciendo sobre las figuras de Indias, este libro de la profesora Lamb señala, en efecto, la excepción. Su presencia en los lugares originarios y sus estudios directísimos sobre textos desconocidos han terminado en este logro feliz.

HAITI, PUEBLO AFROANTILLANO, *por Ricardo Pattee.—Ediciones Cultura Hispánica.—Madrid, 1956.—448 páginas: 149 pesetas.*

La colección «Pueblos Hispánicos», después de sus volúmenes sobre el Uruguay y El Salvador, nos ofrece ahora este libro sobre Haití, debido a la pluma del profesor Pattee, catedrático de la Universidad de Letras Laval, en Québec (Canadá). Su constante interés por el estudio de los problemas antillanos y su dilatada estancia en el país de su estudio le han servido para poner su capacidad de investigación y su sereno criterio histórico al servicio de unas páginas que serán ya pieza fundamental para el conocimiento de la tierra y del pueblo haitianos. El estudio geográfico e histórico está acompañado de sendos capítulos sobre vida económica, cultura y educación, con estadísticas y cifras al día, que hacen del libro un documento precioso y eficaz de consulta. Aparte de un portfolio con fotografías varias del país, se incluye también una cuidada y amplísima bibliografía haitiana.

J. G. N.

Los pueblos del Islam

(*Viene de la pág. 54.*) rá de Peiping la capital del mundo comunista. Para hacer frente a esta amenaza de su situación, el dictador del Kremlin necesita urgentemente una expansión de su esfera de influencias. ¿Y dónde mejor ha de conseguirlo que en el mundo del Islam?...

Los grandes estrategas de la Unión Soviética, a cuyo frente se encuentra el superdotado Daniil Semenovich Solod, han reconocido abiertamente que la bolchevización de los países del Islam sólo es posible a consecuencia de grandes conmociones. De ahí que las intenciones de la política soviética se centren en provocarlas. Y entretanto, consolidar sus posiciones por medios económicos y diplomáticos.

Además, la Unión Soviética aspira a cortar a Occidente las fuentes petrolíferas. En este caso, el pensamiento del Kremlin no consiste en explotar inmediatamente el petróleo en su provecho. Porque para ello Rusia no dispone de maquinaria adecuada ni de técnicos. Pero bastaría con privar a Occidente de las interminables reservas en petróleo del Irak, Irán y Arabia. Para los soviéticos está claro que sólo es posible gracias a la sustitución de los correspondientes Gobiernos actuales por extremistas fanáticos.

Pero sólo es posible provocar la caída de los regímenes actuales por medio de acontecimientos externos. Los agentes soviéticos son excesivamente débiles para las revoluciones intestinas. De ahí el suministro masivo de armas, según el patrón exacto de los abominables «reyes de la munición» de Suramérica. De ahí también la provocación y atizamiento de una posible guerra en Palestina o cualquier otra clase de posibilidades de conflicto armado.

Se ha dicho que los rusos son proárabes y antisemitas; sin embargo, no es verdad. El Kremlin apoyaba a los árabes mientras éstos estuvieran conflagrados en una guerra en Palestina. Luego se les ha dejado caer, con apelación a las Naciones Unidas. Los rusos saben que Israel puede alcanzar hoy un triunfo sobre el ejército aliado de los árabes. Tal es precisamente la aspiración de la Unión Soviética. Porque esta derrota de los árabes a manos de los judíos dejará libre el camino del poder a los elementos fanáticos y radicales, en todos los Estados, desde la frontera pérsica hasta Túnez. Estos elementos nacionalizarían los pozos petrolíferos, provocando así un caos económico, que abriría en breve la vía a los grandes planes soviéticos.

Y si seguimos con atención la actividad de las misiones comerciales rusas y de los países satélites, llegaremos a la conclusión de que estas misiones preparan ya el terreno para ocupar algún día la posición que dejó libre la expulsión de los comerciantes occidentales.

Esta ofensiva está ahora en sus comienzos. De ahí que su peligrosidad sea nada común, porque está hábilmente enmascarada y porque sus intenciones no son apreciadas claramente por la mayoría de los Gobiernos interesados. Pero ésta es la política que, de diverso modo, puede determinar los grandes acontecimientos de los próximos años.

DEFENSA OCCIDENTAL ANTE EL AVANCE SOVIETICO EN EL ISLAM

La defensa occidental ha de organizarse a la luz de este avance soviético. Pero esta defensa sólo será posible si las potencias occidentales saben llegar al establecimiento de un frente unitario y confiar la dirección de éste a aquellas naciones que todavía hoy pueden contar con amistad en el mundo islámico.

En Londres se nos dice repetidamente que habría que pensar en una acción militar que depositase definitivamente en manos occidentales los más importantes territorios petrolíferos. Albergar semejantes pensamientos o hacerlos realidad es sencillamente suicida. Porque los acontecimientos más recientes han señalado precisamente que las acciones militares en las circunstancias actuales producen efectos contrarios a cuanto se había previsto. Cuando ya no es posible resolver el problema de una islita como Chipre, ¿cómo habría de ser posible en los amplios espacios del Islam?

La única política razonable consiste en cuidar los vínculos amistosos con el Islam. Existen ya algunas naciones—Turquía, Pakistán, Irán e Irak—que reconocen claramente que el peligro principal procede de Rusia. A este grupo se incorporarán los restantes países islámicos en el momento en que podamos convencerlos de que Occidente ya no tiene ambiciones imperialistas y colonialistas, sino que intenta únicamente vivir en paz y en amistad con los Estados islámicos. Ha de ser misión del mundo libre fomentar los pasos que conduzcan a la unión de los Estados islámicos y, al propio tiempo, apoyar la consolidación económica interna de estos Estados, gracias a una ampliación considerable y a la internacionalización del programa del Punto IV. Este trabajo debería realizarse conjuntamente entre Norteamérica y Europa. Y aunque esta operación fuera costosa en un principio, de ella se derivarían inmensas ventajas políticas y económicas a largo plazo. Porque los cuatrocientos millones de mahometanos no sólo constituyen un aliado de valor infinito, sino que representan un mercado grande y rico, cuya importancia sólo puede aumentar con el futuro.

Pero junto a estas consideraciones materiales existen todavía fuerzas más poderosas que nos unen al Islam y que pueden ser de importancia decisiva precisamente en lucha contra la expansión comunista. Ya hemos señalado anteriormente que el poderoso vínculo que une al mundo del Islam es la religión. Esta religión es asimismo hoy espiritual y viva. También se ha dicho que, en el contacto con el mundo moderno, el Islam atraviesa por un proceso de espiritualización que le acerca indefectiblemente al cristianismo. Es éste un proceso que ciertamente no se produce de la noche a la mañana. Pero tiene significación histórica. Ante todo, hemos de comprender que sólo podremos iniciar un diálogo prometedor con el Islam si volvemos a ser buenos cristianos. Porque sólo así hallaremos el idioma que comprenderán nuestros compañeros de mañana.

Justamente en este campo se nos brinda una hermosa tarea. Entre todos los Estados que revisten importancia entre Rabat y Karachi, ninguno mejor calificado que la católica España para asumirla. He aquí, pues, señores, para vosotros, una tarea digna de vuestros antepasados los conquistadores.

O. DE A.-H





LA RENDICION DE GRANADA

FRANCISCO PRADILLA (Museo de Arte Moderno. Madrid)

En las páginas 40, 41, 42 y 43 ofrecemos una expresiva selección de las obras producidas por el arte español en los últimos cien años y que se reúnen actualmente en Madrid, en el Palacio de Exposiciones del Retiro.